

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



ARTHUR FERRIER

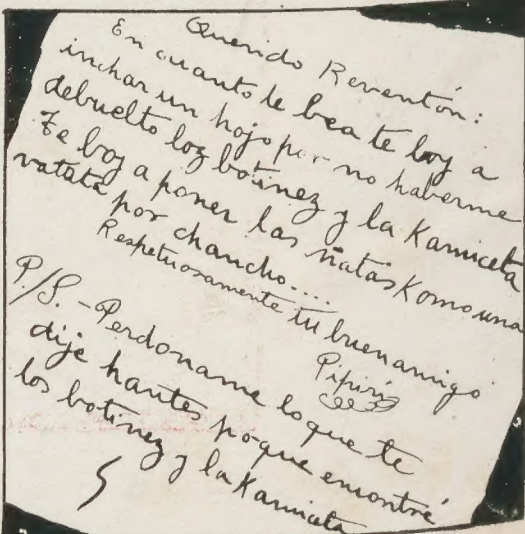
"LA MISIVA"

Por Arthur Ferrier

N.º 828

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, marzo 6 de 1928

N.º 828

No hay que molestarse, por Rojas



—Pero don Hipólito; es usted un comodón, no se mueve para comer.

—¿Y para qué me voy a mover si me ponen los bombones en la boca?



(Conclusión)

El dueño de la tienda en que trabajo, era uno de los que más me incitaban a caer: empezó con promesas, con halagos; me ofrecía todo lo que yo quisiera pedirle a cambio de mi amor... Yo lo escuchaba resignada, porque no tenía más remedio que soportar sus insultos... Si hubiera tenido el menor desquite con él, quizá me hubiera quitado el único medio de vida que tenía...

Mi silencio a sus proposiciones lo interpretó, sin duda, como una conformidad, y cada vez apretaba más su asedio; pero, al cabo del tiempo empezó a convencerse de que no conseguía nada... Entonces dejó su tono amable y se mostró exigente, llegando a amenazarme con quitarme el destino si no lo complacía... Yo le lloré y le supliqué...; todo en vano... El no buscaba más que la manera de satisfacer sus deseos; tenía en su mano todo mi porvenir, y era capaz de sacrificarlo en aras de su egoísmo... Fué una lucha cruel y tenaz por las dos partes: yo estaba decidida a salvar mi honra a costa de todo; pero eran mi madre y mi hermana las que más hubieran padecido con mi terquedad... Si yo me libraba de las garras de aquel malvado, las mataba a ellas; si quería salvarlas, tenía que hundirme yo... ¿Qué hubieras hecho tú en mi caso?

—No sé, Matilde, no sé... Es inconcebible que haya hombres tan crueles y tan mezquinos, sobre todo con una mujer como tú...

—Cada uno usa las armas que tiene para vencer... El trataba de rendirme por hambre... y lo consiguió.

—¿Matilde!

—¿Qué querías que hiciera?... Si yo hubiera estado sola en el mundo, no hubiera conseguido nada...; todo lo hubiera arrojado con tal de no entregarme a un hombre que, sólo por su modo de tratarme, me repugnaba; pero ¿cómo iba a llevar la miseria a mi casa pudiendo remediarla?

—A costa de la mayor vergüenza...

—Yo la sufrí por ellos.

—Para eso hubiera sido mejor morir...

—Y yo sola lo hubiera hecho; pero no podría envolver a los míos en el sacrificio... La prueba de que no lo hice por mí, es que sigo llevando la misma vida de trabajo y privaciones que antes; yo no he ganado nada, ya que he tenido que ocultar mi pecado; fui mala por ellos, así por caridad y por amor a mi madre, uniendo al sacrificio constante de mi vida, la vergüenza de una mancha imperdonable, el dolor de soportar a un hombre a quien odio, y la desesperanza de no poder soñar con un amor noble y verdadero que me redima... Ahora comprenderás por qué no quise nunca ser completamente tuya... No fué por pudor, por cálculo, ni por falta de cariño; yo deseaba entregarme a ti con la misma ansia que tú sentías de hacerte tuya; pero me horrorizaba compartir contigo las caricias de otro hombre... Quería darte sólo mi alma, era lo único de mí ser que estaba libre de impurezas.

—No sé qué decirte, Matilde... Me es imposible reprochar tu conducta, porque veo en ella un fondo de abnegación y de sacrificio sublimes; pero, aunque comprenda que fué tu inmensa bondad la que te arrastró al pecado, has venido a matar con esta confesión todas las ilusiones que había puesto en ti.

—Ya sabía que habías de odiarme en cuanto lo supieras, y ese es el único castigo que me duele.

—No es a ti a quien odio; al contrario, quizá te quiera ahora más

CÓMO CAEN ELLAS

POR CARIDAD

Por Luis de León

que antes... Es ese hombre el que me ha herido... es de él de quien quisiera vengarme... Si yo hubiera dejado de amarte, nada me importaría lo que has hecho; serías una de las muchas mujeres que han pasado por mi vida sin dejar de ella más que un recuerdo doloroso, que acabaría por borrarse... Pero es preciso que busquemos una solución

ma pura...; y de ésta estoy seguro. Aun creo que tu carne está libre de toda mancha, que yo no encierro la castidad de una mujer en lo que oculta o descubre de su cuerpo sino en la ilusión o el dolor con que se entrega...

—Piensa en lo que dices, Carlos... No vayas con tus palabras más lejos de donde puedes ir con tu co-

EVOCACION

Yo la llamé del hondo misterio del pasado, donde es sombra entre sombras, vestigio entre vestigios, fantasma entre fantasmas...

Y vino a mi llamado, desparramando razas y atropellando siglos.

Atónitas, las leyes del tiempo la ceñían, el alma de las tumbas, con fúnebre alarido, gritábale: ¡detente! — Las épocas asían, con garfios invisibles, su brial descolorido.

Mas, ¡todo inútil! Suelta la roja cabellera, la roja cabellera que olía a eternidad, aquella reina extraña, vestida de quimera, corría desolada tras de mi voluntad.

Cuando llegó a mi lado, le dije de esta suerte:

—¿Recuerdas tu promesa del año Mil?

—Advierte

que soy tan sólo sombra...

—Lo sé

—Que estaba loca...

—¡Me prometiste un beso!...

—¡Lo congeló la muerte!

—¡Las reinas no perjuran!...

Y me besó en la boca.

Amado NERVO

a esto, porque yo no me resigno a vivir sin ti.

—¿Me querrás aún siendo la amante de otro hombre?

—¡Calla, Matilde!... No sabes el daño que me haces con decir eso...

—¿Crees que yo no sufro sólo con pensarlo?

—A mí no me importa lo que has podido hacer hasta ahora; no he buscado nunca en tu amor la satisfacción de un capricho, y, por lo tanto, no puede dolerme el pecado que has cometido; no me interesa poseer tu cuerpo virgen, sino tu al-

razón...; no me engañes a mí, ni trates de engañarte a ti mismo.

—Una falta de amor, no hubiera sabido perdonártela; una fatalidad no puede ser motivo suficiente para matar el cariño que te tengo.

—¿Y te resignarás a que compartas con otro tus caricias?

—¡Eso no!... Borraremos el pasado para labrar una vida nueva que nos salve a los dos...

—¿Qué es lo que quieres?

—Que dejes a ese hombre; que no seas más que para mí.

—Tal vez me pides un imposible.

—¿Matilde!

DEBER

Dormía y soñé que la vida era belleza, desperté y hallé que la vida era deber.

¡Deber! Idea maravillosa, que no obras ni por tierna insinuación, ni por amenaza, sino simplemente mostrando tu ley desnuda en el alma, imponiendo de ese modo por ti misma, siempre la obediencia; delante de ti las pasiones se acallan cualesquiera que sean sus rebeliones secretas.

KANT

—Piensa en lo que dices, mira lo que deseas, y comprende mi situación.

—¿Pero es que tú no estás decidida a dejarlo todo por mí?

—¿Crees sinceramente que debo hacerlo?

—¿Acaso tú lo dudas?

—Me parece que todavía no me has comprendido.

—Es que me da miendo verte vacilar en estos momentos.

—Y tú piensas que lo hago por mí, que, si no acabo de resolverme a ser solamente tuya, es por egoísmo, porque con eso perdería unas cuantas monedas... ¿Acaso disfruto yo de ellas? ¿Suponen para mí la menor comodidad, el más pequeño desahogo?... Si estuviera yo sola en el mundo, no dudaría un momento; es decir, en este caso, ni siquiera hubiera llegado a venderme, y, por lo tanto, no tendría por qué vacilar...; pero una vez que he comenzado mi sacrificio y he dado en él el paso más grave, debo continuar hasta el fin.

—¿Entonces piensas seguir como hasta ahora?

—¿Y qué remedio me queda?... Comprende que, por egoísmo y por amor, me iría contigo..., con cualquiera otro mejor que con ese hombre...; pero ¿y mi madre?, ¿acaso tengo derecho a dejarla abandonada?

—Yo creí que tu arrepentimiento sería sincero, y que estarías dispuesta a corregir tu falta.

—Para arrepentirme después, hubiera empezado por no pecar.

—No sé si eres demasiado buena o demasiado hipócrita; hasta ahora me has estado engañando, y cuando he descubierto tu mentira, quieres que siga tolerando tu falta.

—Yo no te he pedido nada, Carlos; fuiste tú quien se ofreció a transigir con ella.

—A olvidar el pasado, que no es lo mismo.

—¿Y crees que yo deseo continuar así?... No te pido que tú me des el dinero que me hace falta, porque sé que no lo tienes; y, aunque lo tuvieras, jamás lo recibiría de ti; nunca podría soportar la idea de que tú sospecharas que también me vendía contigo... Enséñame un modo de ganar honradamente lo que necesito, y verás cómo, entonces, todo lo dejo por ti.

—Eso es pedirme casi un imposible.

—Todo es imposible para nosotros.

—Lo único que puedo hacer, es ofrecerte todo el fruto de mi trabajo.

—Y si a ti te sucede como a mí, que apenas puedes ir viviendo miserablemente...

—Ya vendrán días mejores.

—¿Y mientras llegan, qué hago con mi madre? ¿Condenarla a morir?... No tenemos solución... Yo comprendo que me desprecies, que no me quieras tal como soy; pero tú debes también comprender, que yo no puedo obrar de otra manera...

—Porque no me quieres...

—Eres demasiado egoísta, no piensas más que en ti. Debes suponer que mi dolor por nuestra separación, será aún mayor que el tuyo; los hombres, por mucho que caigan, siempre podéis levantaros; las mujeres, una vez dado el primer tropiezo, no nos queda más solución que seguir rodando hasta el fondo. ¿Crees que aunque no te quisiera podría cambiar por el tuyo el amor de ningún hombre? Por desgracia te he conocido demasiado, para no comprender que es imposible encontrar otro como tú... Al perderte, pierdo toda la fe que podía tener en salvarme; tú quizá puedas algún día rehacer tu vida; a mí sólo podías haberme redimido tú, y, al

marcharte de mi lado, me destrozas para siempre...

—No es que yo me marche, sino que tú me echas.

—No he tratado de hacerte el menor reproche; comprendo que me abandones; no te guardo el menor rencor; no eres tú el culpable de esta desgracia...; lo soy yo...; y, tampoco, lo es la fatalidad que se ha ensañado en perseguirme...

—¿De modo que no hay solución?

—Comprende que no puede haberla. Dejaría yo de ser quien soy, para sacrificar por egoísmo la vida de los míos...

—Piensa en lo que dices, Matilde.

—Ojalá pudiera hacer otra cosa...

—Entonces... ¿no nos veremos más?...

—No...

—Si todo es inútil, más vale que no sigamos hablando.

—Sólo te pido que sepas comprenderme, que no me juzgues una mala mujer, que no olvides nunca cuál fué la verdadera causa de nuestra separación.

—Es que si no creyera que, a pesar de todo, eres buena..., ¡te mataría!

—¡Carlos!

Se abrazaron cariñosamente. Los ojos de los dos se humedecieron con lágrimas amargas que salían lentamente... Al cabo de un rato, se separaron... Salió él con la cabeza baja, andando despacio, y tambaleándose como un borracho...; ella, entonces, rompió a llorar fuertemente...

VI

La vida de Carlos sufrió una transformación radical. Había fracasado completamente; ni su arte ni su corazón, lograron imponerse; le abrumaba esa triste desesperación de la impotencia; no había conseguido triunfar en nada, y, en cambio, destruyó su alma y malgastó el escaso caudal que había recibido de herencia... Se despreciaba a sí mismo. El, que se consideró en otros tiempos capaz de vencer todos los obstáculos que se interpusieran en su camino, y de llegar por su propio esfuerzo a la cumbre de la gloria, de la felicidad y de la opulencia, vió que no servía ni aún para procurarse el necesario sustento.

Empezó a arrastrar una existencia azarosa y desigual. Comía mal, vestía peor, y se veía obligado a escatimar hasta el último centavo. Se presentaba ante sus ojos la necesidad de llevar una vida bohemia, que tanto le había agradado leer en otros, y con la que hasta alguna vez soñó como medio eficaz para fortalecerse, pero que encontraba insoportable cuando tuvo que sufrirla.

La necesidad le hizo ser osado: recurrió a toda clase de medios y humillaciones para ganar un peso, pero apenas si conseguía ir tirando de la vida como de una carga pesada y enojosa. Dió sablazos a los pocos amigos que tenía, se ofreció a toda clase de trabajos, algunos de ellos vergonzosos, no hubo resorte que no intentara tocar, y, a pesar de todo, no encontraba un medio de ganar lo suficiente para vivir.

Cuanto más tiempo pasaba, más le atormentaba el recuerdo de Matilde. Muchas veces pensó que quizá fué demasiado cruel con ella, que tal vez se había sentido excesivamente escrupuloso al no aceptar que compartiera su amor con las caricias de otro hombre. Debía haber sido egoísta, y haber transigido con todo... Lo mejor hubiera sido no darse por enterado de lo que ocurría; seguramente ella le hubiera ayudado en aquellos momentos de contrariedad, salvándolo de su desesperación y de su miseria... Decididamente, no era posible ser digno si se quería vivir.

En sus andanzas por los antros más bajos tropezó con una chiquilla que encerraba en su cuerpo marchito, un alma que aun sentía la ilusión de vivir.

Carmela fué una linda muñeca que siguió un camino contrario al resto de las mujeres. Empezó por ser viciosa, egoísta, perversa, cruel, y acabó siendo cariñosa, resignada,

los dos se consolaban sufriendo juntos su miseria, y compartían cariñosamente el dinero que ganaba él con su trabajo, o ella con su desvergüenza. A Carlos le parecía esto depresivo; se consideraba completamente encanallado; pero, ante todo, necesitaba vivir... Además tranquilizaba su conciencia pensando que todo aquello lo hacía Carmela



UVALINA "BIOL"

(MERMELADA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO
LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN
COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

sufrida, ansiosa de encontrar un cariño que la redimiera, después de haber despreciado tantos como se le habían ofrecido.

Carmela se enamoró locamente de Carlos, al oírle contar sus tristezas; éste no la quería, pero encontraba cierto alivio al sentirse amado de tal modo por aquella mujer.

Fueron amantes mucho tiempo;

por amor, y que él no usó jamás la violencia para conseguir nada de ella, como hacían la mayor parte de los hombres de su categoría.

Una noche, ya de madrugada, entraron Carlos y Carmela en un bar sucio y solitario. Se respiraba allí una atmósfera densa y cargada... Aquel día apenas habían comido, y fueron a reparar sus fuerzas con el

dinero que Carmela acababa de ganar... Al poco tiempo de llegar ellos, entraron unos cuantos hombres. Por su porte y sus palabras, denunciaron al momento su calidad... Era un grupo de artistas que había ido a dar con sus huesos en aquel lugar, después de haber pasado unas horas buscando en el vino el alivio a sus tristezas.

Se sentaron todos en torno de una mesa, y pidieron unas frituras y unas botellas... Al cabo de un rato, uno de ellos se levantó, y, subiéndose en una de las banquetas, empezó a recitar unos versos... La voz del poeta era campanuda y sonora; la poesía era vibrante... Una salva de aplausos coronó el final... Después otros dijeron composiciones suyas... Carlos los escuchaba con una atención, que no pasó desapercibida para el que parecía el jefe de aquella camarilla; una de las veces, se le saltaron a Carlos las lágrimas, al escuchar un canto a la bohemia, que reflejaba fielmente su propia vida... Todos notaron la emoción de Carlos, y uno de ellos se aproximó a él diciéndole cariñosamente:

—Acércate a nosotros si quieres... Tú también pareces poeta y desgraciado, que, en realidad, vienen a ser una misma cosa... Bebe este sagrado vino, que es lo único que puede hacernos olvidar nuestras desdichas...

Carlos aceptó la galante invitación, y se unió a ellos con Carmela... Animado por el alcohol que había ingerido en más cantidad de la acostumbrada, se sintió como en una reunión de camaradas a los que no tenía por qué ocultar ninguna de sus intimidades.

—Yo no puedo corresponder a vuestro obsequio con una invitación, porque carezco de todo recurso.

—Eso no es un pecado entre nosotros — interrumpió uno.

—Al contrario; quizá sea nuestra mayor gloria — añadió otro.

—Pero quiero pagar de algún modo vuestra cortesía — continuó Carlos, — y voy a recitar unos pobres versos que compuse en tiempos en que aun tenía alguna ilusión por vivir.

—¡Muy bien!

—¡Bravo!

—Es un compañero más.

—Ya decía yo que tenía cara de poeta.

Después de varias exclamaciones parecidas, se hizo un silencio solemne.

Carlos se sintió de pronto un poco azorado. Era la primera vez que iba a exponer una de sus obras al juicio de gente extraña... ¿Serían aquellos, amigos nobles o censores mordaces?... De buena gana hubiera callado, pero ya no podía retroceder...; y empezó a recitar una de las poesías que compuso en sus días de ilusión con Matilde:

IDILIO FAMILIAR

Tendremos una casa muy sola y muy
(pequeña)
Como un nido en el árbol más alto de
(un jardín,
Pasaremos la vida siempre alegre y ri-
(sueña;
Una vida de amores, que nunca tendrá
(fin.
El nido estará siempre adornado con flo-
(res;
Las más bellas pinturas los llenos cu-
(brarán,
Alfombras y tapices de todos los colores
Los suelos llenarán
Tendremos un piano;
La música arrancada por tus manos,
Será nuestra pasión.
La mágica poesía nos llevará a lejanos
Países de ilusión.
Llegarán del invierno las veladas,
Y, entonces junto al chispeante hogar,
Esas noches eternas de las grandes ne-
(vadas
Que recuerden los cuentos de príncipes
(y hadas,
Nosotros pasaremos en dulce bienestar.
Tú harás de flores una guirnalda,
Yo mis canciones escribiré,
Tú tendrás rosas sobre la falda,
Yo, en mis cuartillas, versos tendré...

EL MOMENTO OPORTUNO

Cuando el hombre se halla en uno de esos momentos en que la reflexión acalla las pasiones, debe trazarse una norma de conducta para el porvenir y sujetarse rigurosamente a ella, apartándose de cuantas ocasiones amenacen quebrantar su propósito. Ha de aprovecharse de los buenos impulsos como de la voz divina que le exhorta a tomar resoluciones eficaces y acostumbrarse a obrar según la razón que hará la virtud agradable.

El retraimiento nos librará de esas malas compañías que sólo sirven para alimentar funestas inclinaciones... A las sensaciones dañinas y malévolas, se opondrán otras inocentes, y, sobre todo, lecturas amenas y todo cuanto invierta la emoción de sinistra en placentera.

G. G. LEIBNITZ

Y cuando alguna vez levantes la cabeza
Para mirarme a mí
Verás siempre mis ojos con fijeza
Dirigidos a ti...

El éxito de Carlos no pudo ser más rotundo. Le aclamaban como si fuera el héroe de aquella legión. Su vanidad le hizo creer que los aplausos eran sinceros... Carmela lloraba ante la emoción del triunfo de su amado.

Le pidieron que recitara otra poesía, y Carlos, animado por la victoria conseguida, no se hizo rogar, y recitó otros versos entre el aplauso y el entusiasmo de sus admiradores.

Cerca ya del amanecer se disolvió la reunión; todos brindaron a Carlos su amistad, y le insistieron para que fuera por las noches al Monopol, donde solían ir a tomar café. Carlos aceptó gustoso el ofrecimiento, y prometió acompañarles alguna vez.

Quedó solo con Carmela saboreando las mieles de aquella victoria, que, obtenida entre gente de arte, era un feliz augurio... Volvió a sentir el optimismo de sus primeros días de lucha...; estaba seguro de que, al fin, vencería... Comunicó su entusiasmo a Carmela que estaba loca de alegría; casi le impresionaron más que a Carlos los aplausos que éste recibió...

VII

Carlos empezó a frecuentar la tertulia del Monopol. Al principio fué recibido por los artistas con gran simpatía: todos lo adulaban, y trataban de distinguirlo con su amistad; él no podía disimular su satisfacción; notaba que se imponía a los demás, que sus palabras eran siempre escuchadas con cierto respeto, y que nadie se atrevía a contradecirlo, porque esto era lo mismo que ir a un fracaso seguro.

La admiración de que gozaba, fué causa, sin embargo, de que naciera entre sus compañeros una envidia sorda y ruin que empezó a dejar sentir sus efectos; lo admiraban con cierto recelo, veían en él, más que al amigo, al adversario que trataba de alcanzar la gloria con que todos soñaban. Siempre es peligroso unirse con gente del mismo oficio.

Para Carlos no pasó nada desapercibido, y aquella deslealtad le produjo un gran desconsuelo: vió que los hombres que él juzgaba escogidos, eran quizá los más miserables, ya que manchaban su ambición por el ideal con la fea condición de la envidia y la baja. Seguramente, si él hubiera sido un pobre diablo, lo hubieran tratado mejor; quizá sólo buscaron, al ofrecerle su amistad, que fuese el caballo blanco de la reunión, ese individuo que se necesita en todas partes para hacerle víctima de la burla y el desprecio... Lo cierto era, que trató de cultivar la amistad de aquellos hombres creyendo que podrían servirle de apoyo para subir, y se encontró con que, en vez de ayudarlo, eran unos enemigos irreconciliables que sólo procuraban hundirlo.

Acabó, sin embargo, por sentir el desquite de aquel desencanto. El más viejo de todos, un conocido novelista que había logrado imponerse, si no con su talento, con su habilidad y desvergüenza, y que contaba con numerosas amistades en el mundillo literario, se fué con él una noche después de terminada la tertulia, y empezó a decirle:

—Me ha sido usted francamente simpático, Carlos; y, si no lo toma usted a mal, voy a darle unos cuantos consejos que creo han de servirle mucho.

—Puede usted decirme todo lo que guste.

—Me parece que a usted no le conviene reunirse con nosotros...

—¡Por Dios!...

TRES LIENZOS

UN HIDALGO

Anda siempre vestido de negro. Su tizona, cuando choca en las piedras, hace un ruido sonoro. De su gola de encajes pende un gran collar de oro. Y hay algo melancólico en su cara burlona. En las tardes de otoño, por el solar desierto, arrastra la tristeza de su larga figura. Y, en los altos retratos, los nobles de armadura lo contemplan, severos, cual si no hubieran muerto. A veces, enroscado en el puño el rosario, al convento descende, bajo el brazo un breviario, y allí, con los abades, gusta de platicar. Luego retorna al viejo caserón, taciturno, donde suele, rodeado del silencio nocturno, en hazañas magníficas y batallas soñar...

UNA DUEÑA

Parece un mueble negro con su verdugadillo la acerba dueña escueta de la infanta blonda. —Pone una mueca extraña en su rostro amarillo, a veces, el recuerdo de una pena muy honda. La Infanta y las meninas bordan casullas de oro. El lebrél, fatigado, descansa en el rincón. Del capellán que duerme, el ronquido sonoro se escucha; y ella reza en su enorme sillón. Tiene las manos blancas y blancos los cabellos. Es dama de alta alcurnia. Y lanza mil destellos en su diestra afilada el escudo condal. —A veces, sigilosa, tentada del demonio, cruza el salón y llégase a la capilla real a prenderle unos cirios a Messer San Antonio.

UN PRELADO

Lleva el hábito sobrio con lánguida elegancia. Ocupa en el gran coro la silla episcopal. Usa un lente anticuado de verdoso cristal. Y es el vástago de una vieja casa de Francia. Ama el arte. Parece un prelado italiano del siglo diez y seis. Es un tanto humanista. Gústale las alhajas, y una gruesa amatista titila en su nerviosa y bien cuidada mano. Ha estudiado la heráldica, y habla de su nobleza cuando a los viejos condes, orgulloso, confiesa. Imita a Monseñor de Richelieu en el modo. Por conseguir la púrpura y el capelo romano, intriga con un duque, su pariente lejano. Y tiene la sonrisa del que lo sabe todo.

Manuel B. MUJICA LAINEZ

—No le extrañe mi revelación... quizá un poco brusea y algo extraña, pero a la que guía un noble afán de hacer algo por usted... No hay gente peor que los artistas. Son... y yo me incluyo entre ellos porque nunca he tenido la preten-

sión de hacerme pasar por literato, algo así como una aristocracia del espíritu; y todo lo que huele a aristocracia, sea cualquiera su clase, viene a ser, al fin, un foco de bajezas y ruindades. ¿Usted ve lo que pasa con los aristócratas de la san-

LA FELICIDAD

Si con frecuencia meditas y reflexionas sobre ella, la felicidad llegará a ser habitual en vosotros y os dará mucho poder para el bien.

Todos somos capaces de fomentar el hábito de ver las cosas por su más luminoso aspecto y todos podemos ejercitar la voluntad de modo que el pensamiento convierta a los objetos favorablemente a nuestro mejoramiento y felicidad, en vez de transformarlos en tales que darían opuesto resultado.

M. J. SAVAGE.

gre? Son una casta que a sí misma se ha dado el calificativo de noble, y que no tiene de tal más que el nombre... En todo muestran su orgullo, su altivez, su desprecio hacia los humildes, a la vez que se rebajan del modo más vergonzoso con los señores; creen que la Humanidad se ha creado con el solo fin de llenarlos de privilegios y comodidades; que la organización más perfecta del mundo es aquella en que los demás hombres trabajan para ellos; y, después de todo, son la gente entre la que se ven más inmundicias y desvergüenzas...; aunque, entre ellos, todo lo perdona con tal que se adornen sus tarjetas con una corona... Pues algo de eso sucede a los artistas: se creen seres escogidos, distintos a los demás, cuando la mayor parte son gente inútil que no sirve para nada práctico y que se refugia en el arte buscando en él un modo descansado de vivir y de encumbrarse a costa de la imbecilidad de los demás. No hay en el mundo, plaga peor que los intelectuales de oficio... Entienden de poco y quieren saber de todo... ¿Qué se presenta un problema social, político, jurídico... de cualquier clase? El que se considera ofendido o postergado, que muchas veces no es más que un gran desaprensivo a quien la justicia le impide seguir cometiendo abusos, recaba la opinión de los intelectuales que siempre tratan de dar la nota agradable, aunque no sea la justa; y, sin saber siquiera el fondo del asunto ni la razón que pueda asistir a su apadrinado, lanzan un manifiesto protestando de los que ellos llaman atropello... Consideran a los demás, seres inferiores, incapaces de ver nada con claridad; en cambio ellos, con eso de ser intelectuales, se creen con derecho a opinar de todo... Naturalmente, existen sus honrosas excepciones; pero son los menos, y suelen vivir apartados de nuestros corrillos, y, en el fondo, sienten un íntimo y noble desprecio hacia los que se titulan sus compañeros... Créame usted, Carlos, los artistas no son hombres excepcionales; desean, como todos, asegurar la comida, y es natural que miren con recelo a quien puede ser un rival poderoso...

—Sí...; creo que tiene usted razón...; pero no acabo de comprender por qué me dice todo eso...

—Quizá me he extendido demasiado en el preámbulo, que le dije con el único objeto de hacerle comprender lo peligrosa que resulta la compañía de nuestros queridos compañeros de arte...

—¿Cree usted que yo he hecho el menor caso de sus adulaciones?

—Por mucho que se desprecien, siempre nos agrada oír todo lo que se diga en alabanza nuestra; pero tenga usted mucho cuidado con el valor que le da a esa opinión de nuestros amigos, que si delante de usted todo son buenas palabras, luego harán lo que puedan por estorbarle... Y usted dirá: ¿a qué viene este sermón de un señor que apenas hace un mes que me conoce?... Pues, se lo voy a explicar: yo quiero ser su amigo, un amigo sincero y leal, que ha de ayudarlo a conseguir lo que usted se propone...; no sé si usted es o no un gran literato; lo que hasta ahora conozco de usted, no es suficiente para formar un juicio exacto y definitivo; pero me basta para saber, que, si no posee usted un talento extraordinario, tiene en cambio un gran corazón... Quizá no domine usted aun la técnica teatral; pero sabe usted sentir las cosas, y eso es lo principal para ser artista... Y ahora vamos a lo que puedo hacer por usted. Yo conozco bastante al empresario a quien tiene usted entregada su última obra, y, si usted me autoriza, hablaré con él pa-

ra que la lea, cosa que, probablemente, no habrá hecho aún, con la seguridad de que ni él, ni usted, ni yo perderemos el tiempo...

—Figúrese usted lo que yo lo desearé...

—Pues deje usted el asunto en mis manos, y verá lo poco que tardamos en salir de dudas.

Casi no hablaron más aquella noche. Carlos estaba loco de contento con la protección generosa que le había ofrecido Federico; con ella, conseguiría triunfar... Volvieron a él aquellos días felices en que sólo soñaba con alcanzar la gloria que a cada momento veía realizada...

A Carmela casi la tenía olvidada; verdaderamente, nunca la había querido. Fué para él, más que un amor, un vicio en el que se hundió buscando el olvido a su desgracia. Cuando éstas disminuyeron, sintió la menor necesidad de ampararse en el cariño que Carmela le ofrecía, y cada vez se acordaba menos de ella. Para Carmela fué este desprecio un nuevo acicate...; sentía crecer por momentos su amor; no se resignaba a perder a Carlos, y lo buscaba por todas partes, acosándolo con su presencia... Carlos le hacía toda clase de desprecios, pero no conseguía quitársela de encima; era para los dos un tormento aquella pasión de la mujer caída.

No tardó mucho en llegar lo que Carlos esperaba. Gracias a la recomendación de Federico, estrenaron su comedia... El éxito fué rotundo; el público y la crítica estuvieron acordes en apreciar en Carlos un autor de positivos méritos, y de un porvenir brillante...

Carlos sufrió la noche del estreno las emociones más extrañas. Se jugaba en aquellos momentos su porvenir, y estaba como poseído de una borrachera que le impedía darse cuenta de nada...

Al abrazar a su protector después de terminada la representación, se le saltaron las lágrimas como a un lechiquillo...; luego, cuando se marchó a su casa y se encontró solo en su alcoba, lo invadió una tristeza inexplicable... Por primera vez, desde hacía mucho tiempo, se acordó de Matilde; pensó en lo dichosos que hubieran sido los dos al saborear juntos aquella noche de gloria, al verse, en fin, redimidos de la miseria... Pensó que quizá estuvo demasiado cruel con quien, en realidad, sólo había cometido un pecado por caridad... Debió fijarse más en la pureza de su alma que en las miserias de su carne, y cayó en la vulgaridad de despreciarla por una falta material que no era más que un reflejo de su bondad excesiva...

¿Para qué le servía su triunfo si no tenía a quién ofrecérselo? ¿Qué más le daba verse ante un porvenir brillante, si todo su dinero no había de servirle para encontrar un amor sincero?

Carlos sentía la amargura de la soledad... Veía la gloria como una hermosa mujer codiciada, que nos cansa apenas la hemos conseguido... Recordó aquel hermoso párrafo del maestro: "No hay laureles, ni flores, ni coronas que alivien una frente cargada de tristeza, como una mano cariñosa que se pose en ella..." Y, en su fuero interno, sintió cierta envidia noble y consoladora, hacia esos hombres que marchan por el mundo ignorados por todos, pero sintiendo constantemente en su fatiga, el consuelo y el aliento de un amor...

VIII

Habían pasado varios años. Carlos llegó a ser autor famoso; las empresas se disputaban sus obras, los editores pagaban por sus libros cuanto él quería; los periódicos le ofrecían crecidas sumas por su co-

laboración. No podía atender a tantas demandas; aun dedicando al trabajo todas las horas de que disponía, le era imposible satisfacer a todos.

Ganaba dinero de sobra. Aunque llevaba una vida espléndida y gastaba sin tino, siempre ingresaba más que salía... Se veía amado

saborear su victoria... El hombre necesita para vivir tener la constante esperanza de un ideal que nunca acabe de conseguirse; él había llegado demasiado pronto hasta el fin, y ya no podía tener la menor ilusión... Es decir, aún le quedaba una, la más fuerte de todas, había mantenido siempre: soñaba



Cuando se agotan las fuerzas nerviosas

la más mínima emoción nos desespera, el menor ruido nos hace enloquecer y cualquier nimiedad nos asusta. Todo trastorno, intranquilidad, desesperación o emoción puede remediarse mediante las bienhechoras Tablettes „Bayer“ de Adalina, tranquilizadoras de los nervios. Fortalecen el sistema nervioso y proporcionan al mismo tiempo un sueño tranquilo y reparador que nos consuela de todas nuestras contrariedades.



Tabletas Bayer de Adalina

„No tiene los efectos nocivos del Bromuro“

por las mujeres, envidiado por los amigos, halagado por el público, mimado por la crítica, que, en poco tiempo, lo había glorificado; no podía pedir más; alcanzó todo lo que soñaba...; y, sin embargo, no era feliz. La misma facilidad con que conseguía el dinero y rendía a las mujeres; la prontitud con que llegó a triunfar, no le dejó tiempo para

con un amor desinteresado, y cada vez veía más lejos la posibilidad de alcanzarlo... No podía ya creer en ninguna mujer; todas iban a él deslumbradas por su fama de artista; no buscaban en su amor la satisfacción de un anhelo noble y puro, sino el deseo de verse envidiadas por las demás, al ser dueñas del corazón de un hombre cubierto

de gloria y que tantas deseaban poseer.

En estos momentos de abatimiento, siempre se acordaba de Matilde; en ella fué en la única en quien pudo creer; ella le amó cuando fué pobre y se veía despreciado por todo el mundo, con un cariño lleno de abnegación, nada comparable a la aberración pasional de Carmela... ¡Si él hubiera sabido conservar a Matilde!... Muchas veces pensó en buscarla, para ofrecerle de nuevo su corazón; pero nunca acababa de decidirse; ya era tarde para resucitar una pasión que había muerto de un modo tan necio...

Fuó para él aquel amor, esa ráfaga de felicidad que pasa por nuestra vida, y que cuando se nos escapa no volvemos a recogerla más.

Sin darse cuenta, Carlos empezó a transformar poco a poco su vida; se cansaba, se aburría, y buscó la manera de evitar aquel hastío en que vivía constantemente. Sus tertulias de cafés y saloncillos, no le interesaban lo más mínimo; para escuchar una conversación amena se tenían que oír sandeces, que no merecía la pena perder el tiempo de manera tan estúpida... Las mujeres lo distraían más; pero tampoco eran lo bastante para llenar una vida; para un momento de placer que daban, ¡había que soportarles tantas impertinencias!...

Lo que más absorbía a Carlos era el trabajo; pero no siempre se encontraba con humor para escribir...

Empezó a frecuentar los centros galantes; al principio, lo distraía algo la novedad de aquel espectáculo que había presenciado tan pocas veces; pero también acabó por cansarle.

Una noche se le ocurrió entrar en una sala de juego; empezó a poner dinero sobre la mesa, y la suerte le fué propicia: ganó poco, porque sus posturas fueron modestas...; pero encontró en aquel entretenimiento algo que distraía completamente su imaginación...

Carlos se hizo jugador; los ratos de ocio que tenía, los pasaba alrededor del tapete verde... Ganaba unas veces, perdía otras; pero siempre se sentía invadido por una fiebre absorbente y consoladora... El dinero que dejaba apenas si le hacía mella, y bien merecía la pena gastárselo en un vicio que ahuyentaba de su mente toda clase de tristezas y preocupaciones.

Una noche en que la fortuna se le mostraba francamente adversa, se encontró con Matilde frente a él... Iba elegantemente vestida; sus labios y mejillas las coloreaba con un rojo artificial que daban gran realce a su hermosura... Se miraron ambos un instante sin saludarse siquiera... Luego se buscaron varias veces sus ojos, sin atreverse a mirarse fijamente... Para Carlos, fué esta una emoción infinitamente superior a la que sus pérdidas le producían... Quedó desconcertado; no sabía qué hacer; hubiera corrido a estrechar su mano, a buscar en ella un refugio a su dolor; pero no se atrevía... Además, aquella Matilde no era la de antes, la que él hubiera deseado encontrar... Ahora estaba convertida en una de tantas vendedoras de placer... Casi no concebía la transformación; en su intimidad guardaba un recuerdo tan dulce, tan puro de sus amores con Matilde, que nunca pensó que pudiera caer de aquella manera...

Cuando sólo le quedaban unas monedas en el bolsillo, se decidió a marcharse; pero no se resignaba a perder la ocasión que la casualidad le presentaba de hablar con Matilde... Temblando como un colegial, se acercó a ella; la borrachera producida por el juego, le dió las fuerzas que le faltaban...

Se saludaron con cortedad, aunque en los dos se notaba el ansia

VIDAS EJEMPLARES

Fuí simple campesino y hoy he llegado a millonario, triunfando en los negocios, pero no porque tuviera más talento ni mayor capacidad que otros que no triunfaron, sino porque dediqué perseverantemente, todas mis energías al trabajo. He conocido a muchísimos que me aventajaban en aptitudes y conocimientos, pero que fracasaron en cuanto emprendían por falta de determinación y constancia.

Tuve confianza en mí mismo y me dije: Si Rockefeller pudo hacer lo que ha hecho con el petróleo, ¿por qué no puedo yo hacer lo mismo con el tabaco? Desde muy joven formé el propósito de poseer un gran negocio a toda otra cosa. Trabajaba desde por la mañana muy temprano hasta altas horas de la noche. Me entristecía al dejar el trabajo y me alegraba al emprenderlo.

Todo joven de mediana inteligencia puede alcanzar el éxito si quiere aplicarse al trabajo. No es necesario un talento superior, pero es imprescindible una voluntad fuerte y determinada a triunfar.

Jaime B. DUKE

de hablarse... Pasados los primeros momentos de natural azoramiento, volvió a renacer en ellos la confianza... Juzgando aquel sitio poco a propósito para contarse sus intimidades, decidieron marcharse de allí... Tomaron un auto y dieron las señas de un restaurante... Por el camino apenas hablaron... Carlos, ni siquiera se atrevía a mirarla; no intentó hacerle la menor caricia; la seguía considerando una mujer honrada y severa, incapaz de la menor desvergüenza... Ya en el reservado, empezaron sus confidencias... Fué Carlos, aparentando una gran serenidad, el primero en hablar.

—Cuéntame qué es de tu vida... —dijo en tono afectuoso, y dando a Matilde unos cariñosos golpecitos en la espalda.

—Ya lo ves... —contestó ella humilde y avergonzada.

—Veo lo que eres ahora; pero no puedo figurarme todo lo que te ha sucedido en estos años en que hemos estado sin vernos.

—Pues ya puedes suponerlo...

—Supongo que no tendrás inconveniente en contarme tu vida; si sientes el menor escrúpulo, no te volveré a preguntar nada. No quiero ser inoportuno...

—Es que, en realidad, no tengo nada digno de referirse...

—A mí, sabes que siempre me interesan tus cosas...

—Antes, quizá; ahora...

—Lo mismo que otras veces...

—En este momento, es posible que sientas un poco de curiosidad; no creo que pases de ahí... Pero me cuesta tan poco trabajo complacerte, que voy a hacerlo. No esperes oír nada extraordinario: mi historia es la corriente entre las mujeres de nuestra clase.

—Supongo que no te compararás con las demás...

—¿Por qué no?... Hago lo mismo que ellas...

—Pero, seguramente, sin que te haya dominado el afán de riquezas...

—¿Qué más da?... Tú ya sabes cómo caí... Aquel hombre que me arrastró al pecado valiéndose de su poder y de la miseria en que yo vivía, acabó por abandonarme... Y no fué esa su mayor crueldad; lo peor es que, además, me quitó el pan que ganaba honradamente en su casa, con el pretexto de que su mujer lo había descubierto, y de que yo había sembrado la discordia en su hogar... Todavía se atrevió a echar sobre mí la culpa de lo que había sucedido... Después de esto, las necesidades que cada día eran más apremiantes, mi madre que necesitaba cada vez más cuidados, y yo que no podía ganar un peso con mi trabajo: no tuve más remedio que caer...

—¿Y tu madre?

—Murió hace más de dos años; al poco tiempo la siguió mi hermana; me encontré sola, acostumbrada a ganar el dinero vendiéndome, y no tuve fuerzas para regenerarme... Esta es toda mi historia...

—¿Y vives contenta?

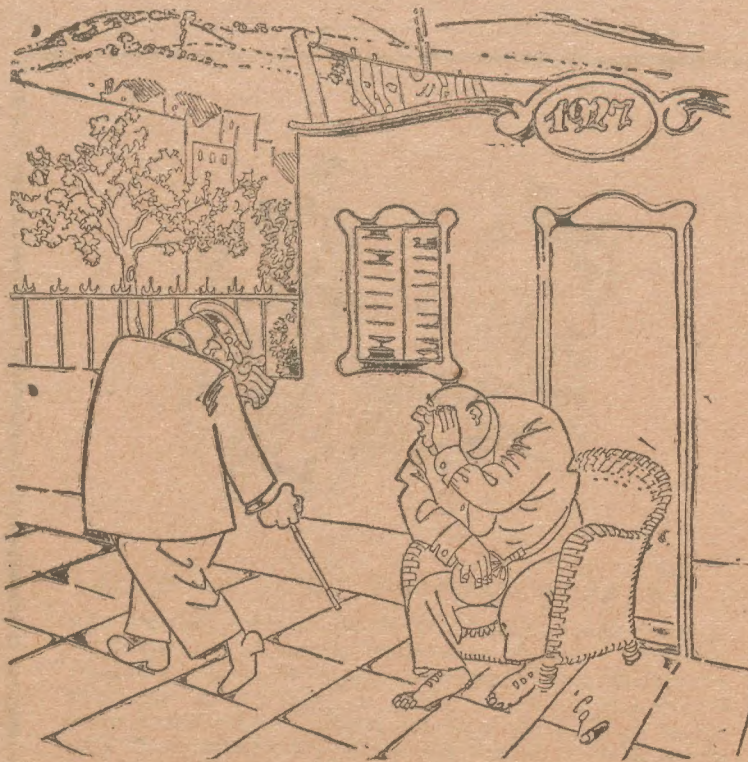
—Ni siquiera lo sé... Me hago la ilusión de que gozo, de que me divierto; pero las personas que tenemos la alegría por oficio, quizá sea ella nuestro mayor castigo... Los únicos ratos que paso, si no los que estoy sola, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, haciéndome la ilusión de que todavía puedo aspirar a redimirme... La vida de vicio que me veo obligada a llevar, es una pesadilla constante, de la que nunca podré librarme...

—Eso no... ¿Quién sabe si aún encontrarás un amor que te salve?

—Las mujeres como yo, a lo más que pueden aspirar, es a tropezar con un hombre que se encapriche con nosotras; y aparte de que estos entusiasmos siempre acaban; ¿creer

que aunque duraran eternamente serían lo bastante para satisfacerlos?... Con lo más que puedo soñar, es con vivir sin esa preocupación que da el que todos los días se nos presente el pavoroso proble-

ma de ganarnos el pan...; ser feliz, ni siquiera puedo pensarlo... Y ahora, hálame de ti... Conozco algo de tu vida, porque un hombre como tú, no puede permanecer oculto... Sé que, al fin, triunfaste, que



El señor sordo. — ¿Va usted de paseo?

El otro, que también es sordo. — No: voy de paseo.

El señor sordo. — ¡Ah! Creí que iba usted de paseo.

EL PALACIO

En el tranquilo barrio suburbano ha venido el palacio burgués a recrearse; frente a las pobres casas que se mueren de viejas levanta la orgullosa juventud de sus mármoles. Hasta la misma luna anarquista y romántica ha olvidado su lírico ambular por la calle y la envuelve en la red de luz de la lisonja y con lengua servil las frías piedras lame. Las casitas humildes que la miran, se dicen: —La luna es un poeta con hambre.

DESPERTAR

El pueblo que despierta, escucha entre risueño y sorprendido, que con la mano inmaterial de un canto le da los "buenos días" el camino.

JOYERIA

Los sueños, que son novios de las joyas, pasean sobre el escaparate su mirada indiscreta. El rubí vierte sangre como una boca fresca; la perla en un estuche parece una princesa... ¿Qué de cosas se dicen los amantes! ¿Qué pena cuando se van los sueños, cuando las joyas quedan!

¿Qué lástima que mientras los sueños están libres, las joyas están presas!

Manuel BENAVENTE

EVITE EL SUDOR

DE SUS PIES, MANOS Y AXILAS

CON

VASENOL

ANTISUDORAL

ganas mucho y gozas de la admiración de todo el mundo...

—Sí...

—Tú conseguiste lo que querías.

—Todo... no.

—¿Aún te quejas?... No creo que tengas motivos...

—¿Crees que toda la felicidad está en el dinero?

—Si no toda, por lo menos con él se evitan muchas amarguras...

—Son quizá mayores las contradicciones que da, que los placeres que proporciona... El dinero, si acaso, puede servirnos para hacernos olvidar en ciertos momentos nuestro dolor.

—¿Te parece poco?

—Todo el mundo desea con más afán aquello de que carece... Hubo un tiempo en que yo me hubiera considerado feliz con lo que hoy tengo; pero, en cuanto lo he conseguido, he visto que me falta lo principal para ser dichoso.

—¿Entonces no eres feliz?

—Quizá me pase a mí con mi arte lo mismo que a ti con tu sacrificio: ambas cosas nos sirven para vivir con cierto desahogo...; pero nada más...

—Veo que eres demasiado ambicioso.

—¿Te contentarías tú con ser rica?

—Creo que no.

—Pues eso me sucede a mí... Nosotros pudimos haber sido felices, si la fatalidad no se hubiera interpuesto en nuestro camino... Sé que me quisiste con todo el amor que yo necesito... Quizá estuve demasiado cruel contigo, sin pensar que, al abandonarte, arrojaba de mi lado la felicidad...

—No fué la culpa tuya... ni mía... Quizá si tú hubieses tolerado mi falta, yo habría acabado por despreciarte... No hubiese tenido fe en un amor que transgiera con una deslealtad... Así conservé siempre un recuerdo dulce de ti, y de otra manera me hubieras parecido un vividor indigno de la menor consideración... Durante todo este tiempo, he seguido queriéndote como entonces; hice de tu amor un culto misterioso, algo sublime y divino, que nunca podría alcanzar... He gozado y he sufrido mucho por ti...; sentía los aplausos que te prodigaban como algo mío... La noche que estrenaron tu primera obra, aquella que yo te copié, estuve en el teatro... Dudo que tu emoción fuese tan grande como la mía; muchas veces, pensé que iba a enfermar del corazón...; con tanta violencia me latía... Cuando te vi salir a recoger la ovación con que premiaron tu acierto, lloré como una chiquilla...; ni siquiera tuve fuerzas para unir mi aplauso al de los demás... Estaba como muerta a fuerza de tanto sentir... Después no ha habido un triunfo tuyo que no presencié, o al que no me haya asociado, al menos con la ilusión... Tú no sabes lo que yo he gozado al ver cómo siempre te imponías, ni lo que he sufrido al pensar que todo aquello te alejaba más de mí...

—Yo, en cambio, veía empañada la satisfacción de todos mis éxitos con la constante obsesión de tener a mi lado. ¡Si yo estuviera ahora con Matilde — pensaba siempre, — qué felices seríamos los dos! Tú has vivido con el eterno dolor de tener que vestir la máscara de la alegría, y yo he sentido la amargura de no tener con quién compartir las mías.

—Y lo peor de todo, es que nuestro mal no tiene ya remedio.

—¿Por qué no ha de tenerlo?...

—¿Acaso no podemos curarlo nosotros mismos?

—¿Cómo lo íbamos a evitar?

—Querándonos como antes.

—Eso no es posible.

—¿Acaso tú no serías capaz de resucitar tu amor?

—Yo no tendría que resucitarlo, porque no ha muerto...; pero, ¿y tú?

—¿Crees que he dejado de quererte?

—Quizá en este momento pienses que no; pero, al cabo del tiempo, te cansarías de mí; nunca podrías prescindir de la clase de mujer que soy...; constituiría un capricho más de tu vida, y eso no quiero que me suceda contigo...

—¿No tienes confianza en mí?

—No puedo tenerla, y, sin ella, sería inútil todo intento de reconciliación... Porque tú no creíste en mí, nos separamos una vez; ahora soy yo la que no creo, y esta es la única razón que nos impide unirnos de nuevo...

—¿Pero por qué no me crees?... Eso es únicamente falta de amor...

—Quizá se me haya endurecido el corazón a fuerza de tanto sufrir...; pero ya estoy acostumbrada a mirar a los hombres en un solo aspecto, y a ti no te quiero ver de esa manera... Si yo me decidiera a materializar nuestro cariño, sufriría la mayor de las decepciones... Me he hecho a la idea de verte siempre de lejos, muy por encima de mí, y sería un gran desencanto que descendieras a mi nivel.

—¿Crees que es eso lo que yo busco en tu amor?

—Ya sé que no; si lo hubiera pensado un solo momento, no te hubiese escuchado o te habría hablado de otra manera. Me horroriza la idea de ofrecerte a ti como a los demás hombres...

—Si yo no quiero eso...

—Quizá no pueda prescindir de mi pasado; para ti seré siempre la Matilde de mis días de desgraciada honradez; sólo de esa manera podría tratarte...; y aquella Matilde ha muerto para siempre...

—Seremos lo que tú quieras...

¿Deseas borrar el recuerdo de estos años? Lo borraremos... Volveremos a ser novios...; nos trataremos lo mismo que entonces, y, cuando llegue el momento oportuno, serás mía como si nada hubiese sucedido.

—Eso no; seré siempre tu amiga, tu hermana; tu amante, jamás.

—Pero si puedes serlo todo...

—Podría serlo unos días, unos meses, quizá unos años; pero, al cabo del tiempo, la realidad vendría a clavarnos su aguijón. Yo no sería para ti la mujer que entrega su corazón virgen al único hombre que supo hacerle latir, sino la vendedora de placeres que buscó su salvación en el refugio de un amor más noble que los que hasta entonces se le ofrecieron; tú no serías para mí el hombre que va tras de un cariño sincero, sino el desesperado que trata de ahogar su dolor en el vicio de una pasión material... Sigue tú queriendo a aquella Matilde de otros tiempos, y yo seguiré adorando a aquel Carlos que conocí en los únicos días en que sentía la ilusión de vivir.

—Pero si somos los mismos de entonces...

—Hemos cambiado mucho; nos hemos rozado demasiado con el mun-

Si quiere surtirse con facilidades de pago en la mejor casa de Sud América, llene y remita hoy mismo esta

Solicitud de Crédito

Buenos Aires de de 19
1-2-3-4

Casa A. CABEZAS:

SARMIENTO esq. SAN MARTIN — Buenos Aires

Deseando adquirir mercaderías de esa casa hasta un valor de pesos m/n. de c/legal
(\$ m/n.) solicito un crédito por dicha cantidad con amortizaciones del 10 o/o mensual y propongo de co-deudor al Sr. de profesión domiciliado

FIRMA DEL CO-DEUDOR
En prueba de conf. y para cotejo

Domicilios

Comercial

Particular

Rogamos dar datos exactos para facilitar el pronto despacho.

FIRMA DEL SOLICITANTE

Domicilio particular

Donde está empleado

Esc. u Of.

Nom. y apel. comp. del solicitante

La Casa más conveniente para compras
A. CABEZAS

EL CHICO SUENA

Ha venido de la calle con los ojos más raros que nunca, como poblados de extravagantes perfiles que se abrazan y se desenlazan, confundiendo y divagando a la manera de girones de humo. Tiene en esos ojos pardos, que son los ojos de los argentinos, el tesoro impalpable de las visiones de esta tarde. En la mesa misma ha dejado caer la cabeza con la guirnalda de los rizos, sobre los brazos, que así como están, arqueados, parecen los bordes de una cuna. Y el chico sueña. Ha sido una tarde de domingo con toda su gente de rostros cansados y trajes nuevos, una de esas tardes grises que al anochecer dejan la cabeza llena de ruidos, de pensamientos indefinidos y de deseos insatisfechos. El chico vuelve a ver, pero ahora un poco vagamente como figuras moviéndose detrás de muselinas, a niñitas con vestidos blancos y ramos de flores, paseándose de brazo por las veredas anchas y claras de las avenidas suburbanas; alza los ojos al cielo, y ve, agitando entre los hilos del teléfono, un globo rojo; ve también turroneos envueltos en papel de plata y puertas cerradas; y siente una música de triunfo y de regimiento, la música a la entrada del circo; y mirando otra vez al cielo, los barriletes como hojas secas que se han quedado inmóviles en la altura, y por fin cuando el día se ha hecho de un color rosado, allí al final de la calle, los primeros faroles encendidos, y avanzando, los dos ojos de oro de los coches... Todo eso ve y tiene la cabeza dolorida de sensación muy honda, de vida profunda, todo eso que a nosotros nos deja el aburrimiento de las cosas siempre iguales y fastidiosamente frívolas y el sentimiento amargador de un día perdido... El chico sueña; la luz de la lámpara con delicadeza alada se lleva la forma de su cabeza inclinada para dejarla en la pared blanca, donde parece una paloma muy grande con las alas un poco abiertas.

Enrique BANCHS.

do, para no sentirnos manchados con sus miserias... El Carlos y la Matilde de antes, pudieron amarse siempre: los de ahora son demasiado humanos para poder alimentar eternamente una pasión...

—¿De modo que no hay solución posible?

—Lo digo con todo el dolor de mi alma; con la misma amargura que presencié tu abandono de la otra vez; con la misma tristeza que, seguramente, sentiste tú al dejarme...

—¿Ni siquiera volveremos a vernos?

—Sería peor; no haríamos más que reproducir esta escena dolorosa para los dos, o acabaría por fallarme las fuerzas para defenderme...

—Déjame que vaya a verte alguna vez.

—No, Carlos; y, después de lo que te he dicho, mucho menos. Si los dos tuviéramos voluntad para callar, no habría el menor inconveniente; pero sé que ninguno sabríamos contenernos...

—Como quieras, Matilde...

—¿No me guardarás rencor?

—Aunque quisiera no podría... Te he querido demasiado para odiarte.

Salieron del restaurante. En la puerta se despidieron.

Ella tomó un coche; al entrar en él se llevó el pañuelo a los ojos para secar sus lágrimas... Carlos se dirigió a pie hacia su casa... Empezaba a amanecer... El autor predilecto del público, el hombre adorado por las mujeres, envidiaba a todos cuantos encontraba por su camino: a los que marchaban a recogerse, porque los veía volver de una noche de orgía y de fiesta que los había hecho felices durante unas horas; a los que iban en busca de trabajo, porque pensaba en la felicidad que les aguardaba al volver para compartir con la amante compañera el fruto de su esfuerzo... Todos eran dichosos, todos gozaban en la vida de algún momento de placer...; todos menos él, que caminaba por el mundo envuelto en la falsa aureola de la gloria, pero con el corazón destrozado.

Los peces subterráneos

No se creía ni se pensaba que existieran animales vivos en las capas de agua situadas a grandes profundidades. La apertura de pozos artesianos en Argelia ha permitido darse cuenta de lo contrario.

En los pozos artesianos de Ouriana y de Majer (Olgesa), que tienen una profundidad de unos 70 metros, y donde el agua tiene una temperatura de unos 27 centígrados, se han hallado animales vivos, entre ellos un pez de la familia de los Trómidas.

Es digno de tenerse en cuenta que éstos viven igualmente en Palestina, en los diversos lagos de la región. Pero los de los pozos son ciegos.

De una manera general, esta especie vive en las aguas salobres del Sahara.

Es, pues, innegable que estos cangrejos viven en el agua, sin excavar la galería para sustraerse a la acción de ella.

Tampoco pueden negarse que existen en las capas de agua subterránea del Sahara una cantidad considerable de peces.

Dados los prestigios que ha alcanzado este hombre de letras, a pesar de su juventud y teniendo en cuenta la posición que ocupa en nuestro medio intelectual, como poeta, escritor y crítico de "La Nación"; y sabiendo, además, que posee un amplio conocimiento sobre los autores más en boga que escriben aquende o allende los mares, nos decidimos a hacerle una visita al autor de "El Hilo de Oro" aprovechando estos feriados de carnaval.

Queríamos obtener de Pedro Miguel Obligado, que es a quien nos venimos refiriendo, su opinión respecto a los jóvenes escritores de esta generación, como también saber lo que piensa de sus obras.

Sus interesantes y bellos libros en prosa y en verso, publicados unos tras otros con éxitos que le valieron una envidiable reputación, hacen que su nombre sea ya discutido por algunos y ensalzado por los más.

Al enterarse de que "FRAY MOCHO" quería entrevistarle, el poeta Obligado accedió cortésmente a nuestro pedido.

—¿Qué opinión le merece las nuevas tendencias? — fué la primera pregunta que le hicimos, no bien nos invitó a sentarnos.

—Ante todo — nos dijo, — la característica es que son viejas. Ha pasado con estas tendencias, lo mismo que con el clasicismo, el romanticismo y el decadentismo, que llegaron a América 25 años después de estar en boga en Europa. Vea Vd. lo que ha ocurrido con Marinetti; aquí se le ha considerado un espectáculo pasatista. Nuestros mismos innovadores lo han tachado de tal.

Lo cierto es que lo que está de moda, como ha dicho un gran pensador, es lo que se empieza a no usar. De ahí la falta de originalidad de muchos de nuestros poetas novísimos. Y al decir esto da a sus palabras un dejo de melancolía. Han pasado algunos segundos.

—¿Qué escuela literaria es la que predomina actualmente? — le inquirimos luego.

—No hay ninguna escuela y reina una absoluta anarquía.

—¿Cree usted que Leopoldo Lugones, influya en la actual poesía de nuestro país?

—Como en ninguna época — nos contestó rápidamente; — nunca se le ha ofendido tanto, nunca se le ha envidiado más. Cuanto rimador de arrabal escribe un folletito, se cree con derechos para arrojar el barro que le rodea sobre la personalidad del poeta. Como es natural, sin perjuicio de imitarle impudicamente. El lector más superficial, advierte la influencia "lugarona" en el uso de las metáforas, en la variedad de los ritmos y en la inspiración funambulesca de los detractores. El mismo Lugones — afirma el poeta Obligado — lo sabe y se sonríe.

—¿Qué diferencia señala Vd. entre la poesía española y la poesía americana?

—Tal vez lo que más las distingue es la influencia del paisaje, que en la poesía americana adquiere una mayor importancia. Desde nuestros poetas gauchescos hasta nuestros días, la emoción del paisaje ha sido la fuente más honrada de creación lírica.

—¿Qué escuela prefiere usted?

—Todas las escuelas, son malas — respondió sin vacilar — porque esclavizan a los temperamentos. Vea usted lo que nos pasa con los

CON EL POETA

Pedro Miguel Obligado

INTERESANTES DECLARACIONES QUE HAN DE SER MUY COMENTADAS EN NUESTROS CIRCULOS LITERARIOS



El poeta, doctor Pedro Miguel Obligado, (a la izquierda), conversando con nuestro redactor señor José Mauricio Peixoto.

grandes poetas del pasado. Lo que perdura de ellos, es lo que tenían de característico y todo lo que es-

cribieron dominados por su sectarismo estético, es letra muerta en las solitarias bibliotecas.

OBSCURIDAD

Esta noche es un río celeste que murmura;
los árboles se inclinan bajo un extraño peso;
y la voz de los campos habla con tal dulzura,
que suena como un beso.

Vaga por los senderos una perdida copla
que enredan en sus ramas los sauces taciturnos.
Sobre el azul del cielo la brisa tuerce y sopla
la flor de los molinos, girasoles nocturnos.

Y vienen los recuerdos que deshojó la ausencia,
en el canto del aire que un nombre suave, nombra,
el olor de jazmines que es una confidencia,
y la emoción de ensueño que palpita en la sombra.

Voces que me insinúan: — "Yo fui tu amor primero."
— "Yo tu dicha más grande" — "Yo tu hermosa ilusión."
¿Todo es tan pasajero?
¡Una fragancia apenas, un vuelo, una canción!

Amores que al cegarse, formaron mi esperanza
y que hoy viéndome triste, me quieren consolar;
recuerdos que el olvido juntó en la obscura danza
de las cosas caídas, condenadas a andar...

Alma mía, ¿qué hiciste que te han dejado sola?:
Como la llama, darse; como el humo, subir.
Aprende a ser sumisa cual la débil corola
que saluda, al morir.

Hermosura del mundo que en darnos fe, te empeñas,
¿para qué nos prometes lo que no puede ser?
¿Son acaso, los astros, recuerdos con que sueñas
cuando por tus caminos empieza a anochecer?

Ya a la orilla del mundo llega el mar de la aurora.
Una vez más la noche se tiene que marchar;
íntimamente adentro de los cálices llora
y calla, que es el modo más intenso de amar.

Pedro Miguel OBLIGADO

—¿Qué es lo que usted busca más en la poesía?

—El canto, la melodía que nos transporta a una región desconocida; que nos sugiere con la promesa de una hermosura inefable. Es decir, la música y el sentimiento; dos palabras de ese misterio que llamamos belleza.

—¿Qué opina de la mujer que escribe versos? — le preguntamos.

—En general, no tiene una verdadera vocación estética; casi siempre, no es sino el balbuceo de su temperamento; el deseo de ser amada.

De la producción femenina de los últimos tiempos, sólo algunos ejemplares y algunos nombres se salvan de esta deficiencia. Es en verdad antipoético — agrega — y de mal gusto, que una niña hermosa y delicada, exhiba francamente sus desatadas pasiones y sus humanos deseos, a través de sus versos.

—¿Cuál es para usted la mejor poetisa americana?

—La más inspirada, la más excepcional — aquí alza la voz y, nos mira serio — es para mí María Eugenia Vaz Ferreira. Ella ha sido, en realidad, la primera que expresó en poesía, sus sentimientos femeninos y sus esperanzas de mujer superior.

Entre nosotros — continúa — leo con gran interés los libros de Margarita Abella Caprille y Alfonsina Storni. Esta última, parece inclinarse equivocadamente a un verso que no tiene de tal, sino la disposición tipográfica.

—¿Y cuál, o cuáles son los valores del momento poético, en la literatura francesa?

—Contra lo que generalmente se cree, la literatura europea cuenta con extraordinarios talentos poéticos. Aparte de Maeterlinck, D'Annunzio, Romain Rolland, etc., existen escritores todavía jóvenes que se hallan en plena producción. Así, por ejemplo — prosigue, — Paul Claudel, Porché, Valéry, Francis Jammes y la condesa de Noailles, quienes han influido grandemente en varias de nuestras poetisas. El sensualismo vibrante y el amor a la naturaleza de algunas de nuestras escritoras, vienen directamente de dicha condesa.

Por último — nos dice el poeta Obligado, — debo citar a Paul Fort, príncipe de los poetas franceses, que creó durante la gran guerra, poemas de una maravillosa fantasía y de un profundo dolor humano. En su famosa "Oda a la Catedral de Reims", expresó la indignación de todo el mundo, por la destrucción de aquella joya arquitectónica.

—¿Piensa usted publicar próximamente alguna obra?

—Daré a la imprenta — contestó, — dentro de unos días un libro de verso que acabo de terminar y además haré representar un poema fantástico, titulado "El jardín de Ofelia", cuya acción se desarrolla en el umbral del Paraíso y que está inspirado en uno de los poemas en prosa de "El Canto Perdido", obra de la que nuestro entrevistado es autor.

—¿Qué título va a llevar su otro libro?

—Posiblemente "El Puente"; nombre simbólico, que une dos orillas...

En verdad — dijimos nosotros, ya solos, en la calle: — las orillas del corazón y el cerebro, unidas por el puente del amor.

José Mauricio PEIXOTO

De los envidiosos

Estos seres lo envidian todo, y algunas veces, al virtuoso; jamás la virtud. En vuestras obras sólo ven el aplauso; no perciben vuestro trabajo ni vuestro dolor. Si les indicáis la senda seguida, os miran con gesto de duda; atribuyen vuestro éxito a la fortuna. Ellos son más desventurados, pero valen más. Eso dicen ellos. Vosotros les ofendáis, en la copa de vuestros labios, la gracia aristocrática y exquisita de la sonrisa, que transparenta los espíritus en la gloria. ¿Qué importa que no lo entiendan? Vos habéis sido compasivo y vos sois para vos mismo. El envidioso no sale del asombro: vos, dando, sois más rico que el recogiendo. ¿Que misterio es el de vuestro tesoro?

¿Cómo lo hacéis inagotable? Ignoran que lleváis acumulado en vuestra alma todo el dolor, y que el dolor es energía que se transforma en luz de virtud. Seguid el camino alumbrado con vuestro dolor; guiadlos, que no podrán andar sin vuestra luz. Si no fuera por vuestra piedad, se perderían irremisiblemente. Guiadlos; así, muchos se salvarán. Gritaban en la sombra cuando habéis pasado con vuestra luz, y sus ojos fulguraron.

Se hubieran muerto, y los habéis salvado. No esperéis gratitud; os abominarán por la gloria de vuestro espíritu. ¿Qué les importa a los bienaventurados? La sorpresa del sol les daña la vista. ¿Necesitaré repetiros que vivían en la sombra?

Alguien os aconseja que llevéis la fusta, pues que cabalgáis; os dirán que salen perros al camino. No es esa mi filosofía, ni es tal mi consejo. Arrojad la fusta muy lejos. Si algún perro os desgarras las carnes, no hallaréis mejor remedio que el propio dolor; hacedlo vuestro médico. No os irritéis; veréis cómo los canes se acercan, humildemente rendidos. Ya tenéis al envidioso vencido. Basta un poco de sufrimiento, que no es la muerte, sino la vida; pero hay que poseer el arte y el secreto del arte: en eso está la aristocracia. Convertido todo a vosotros. Un día será todo vuestro y no habrá nada fuera. Si nada exista fuera, nada existe que pueda dañaros. Matah así a los enemigos: matándoos a vosotros mismos. Vuestro calvario es la redención propia y la de ellos; trabajad porque el sentimiento reine y su reinado se consolide. Llevad luz a las sombras, y vuestra vista se recreará en horizontes infinitos. Pero nadie cuenta llegar al fin sin pasar por el medio. El camino es el dolor de vivir. Es necesario recorrer el sendero para llegar a las cumbres y contemplar el firmamento. No arranquéis las malas hierbas del camino. Si extirpáis las dificultades, ¿qué méritos habrá en subir? Es necesario llagarse los pies para conocer el misterio.

La mujer

La imagen del hombre que cabalga con una mujer en brazos bordeando un peligroso abismo con la bestia desbocada, y mientras en el semblante del hombre se refleja el espanto en los labios de la mujer asoma la sonrisa, es exacta y además trascendental. El espíritu femenino es como el espíritu de los niños: les gusta ver lo que las cosas tienen dentro. Y, como los chicos, las dejan destrozadas. Estas curiosas serían muy buenas clientas para los filósofos: les ayudarían a romper las cosas... Para construir acaso no sirven; porque ellas tienen terreno, pero no buenos arados que se hinquen profundamente; así que al hombre toca explotar. Creedme que es una buena mina. Todo intelectual debe poseer el espíritu de una mujer como quien posee un huerto que produce una renta. Esto constituye una diferencia, porque los hombres vulgares tienen la mujer como una finca de recreo.

Yo, muchas veces, me he parado ante un dicho de una mujer, y ella seguía andando. Esto

prueba que en su jardín duerme casi siempre el jardinero. Cuando el hombre afirma una idea interesante, que todo él bajo el dominio de la idea interesante. La mujer, no; se ríe cuando dice algo trascendental. Lo activo en ella es la necesidad de algo activo. Busca el agente: esto es clarísimo. La calidad del terreno es excelente; pero la semilla tiene que venir de otra parte.

En general, las mujeres todavía no se conocen, no viven su mundo interior. Ignoran su misterio. El día que sean hembras en el espíritu, como lo son ahora en el cuerpo, ese día verán la profundidad de su destino. Pero las espirituales de hoy son vírgenes todavía. Ese

es el error. La mayoría no han aprendido a ser madres con el alma.

Dice un filósofo que "el fin de la mujer es siempre el hijo". Y para mí ellas no se han percatado de esto. Más que en el hijo, piensan aun demasiado en el vestido del hijo.

Gran cosa es sentir el aguijón del misterio y anhelar el secreto de un espíritu, ya que todos los dolores y todas las angustias se ofrecen de continua en el altar de la que "adoramos"; pero si el encanto de la "vida interior" no acompaña a nuestras esposas, el paisaje vulgarísimo del hogar helará los ánimos con hielo de muerte.

V. GARCIA MARTI



Es buena todo el año...

pero en Verano es más buena aún

A cada estío la Malta Palermo obtiene una nueva y mayor reafirmación de sus bondades. Especialmente las personas delicadas — que por lo general son quienes más sienten la influencia de los fuertes calores — le acuerdan su predilección porque hallan en ella un elemento ideal: ni simple refresco ni tampoco una medicina, pero que sin embargo reúne cualidades de ambos sin dejar de ser una bebida puramente natural.

Pues a sus notables efectos sedantes sobre los nervios une, no sólo sus propiedades digestivas asimilativas, sino también tónicas, y en muy alto grado.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVEERIA PALERMO S. A. — Bs. As.



Malta
PALERMO

Publ. PA Weber

Amarte hasta morir.

Llegaste a mí cual pájaro perdido,
te di el perfume de mi amor en flor...
¡Oh, tienes tanto frío...! Estás rendido;
estás falto de aliento y de calor...

En el refugio de mi amor sagrado
nadie vendrá tu dicha a importunar;
quiero con mis caricias, dulce amado,
que de tus luchas puedas descansar.

Yo he soñado, feliz en mi ternura,
ofrecerte las rosas del rosal
de mis sueños de amor y de ventura,
cual dulce y tenue claridad astral.

Y quisiera ser luz en el oscuro
abismo de tu vida... Amarte así...
y saber que mi amor, ingenuo y puro,
hace otro mundo nuevo para tí...

Amado: quiero para tu alma enferma
tejer castas guirnaldas de azahar;
que en mis arrullos tu neurosis duerma
como ante una santidad de altar.

Cual Julieta gentil, heroína siendo
de una historia de amor jamás soñada,
amarte hasta morir... pero muriendo
bajo el rayo de luz de tu mirada...

Bajo el oscuro manto de la noche...

Estoy muy sola. De la noche escucho
bramar el viento en sus cansables sonos.
También los celos en el alma rugen
cual una caravana de dolores...!

Vago por la penumbra de mis sueños,
la mente, de pensar, se amustia y cansa;
¡oh, qué oscura es la noche, tan oscura
como las densas sombras de mi alma!

Parece que se hermana su tristeza
con mis acongojados pensamientos,
y en su seno se mecen mis pesares,
y mi dolor aduérmese a su beso...

Bésame, oh, noche, y deja que en tus brazos,
mitigando un instante mis desvelos,
conozca tus secretos ignorados,
conozca tus arcanos y misterios...

¿Por qué mi psiquis sin cesar se queja
y errabunda vacila en cada paso?
¿Por qué ahogar la verdad de los impulsos
con las falsas virtudes del engaño?

¿Por qué no puede el alma dolorida
demostrar, como tú, sus tempestades?
¿Para qué — me dirás — la carcajada
apóstrofe ha de ser de tus pesares!...

Por eso, marcharé sin que comprendan
de mi amargo gemir los tristes sonos,
cruzaré por la vida, solitaria,
con esta caravana de dolores...

Aprenderé a confiarle mis torturas
a las sombras noctivagas e inciertas:
Bajo el oscuro manto de la noche
desgranaré mis dudas y mis penas...

Policromía.

Surgir parece en mi redor la niebla
de un misterio de ensueño que enajena:
en el ambiente saturado tiembla
embriagador perfume de azucena.

Un hálito sutil y visionario
invade mi fantástico delirio;
emana la pureza de un santuario
y la fragancia virginal de un lirio

Y al cerrarse mis ojos hay cual una
música arrobadora y deliciosa:
entona bajo un rayo de la luna,
bella canción de amores una rosa.

En el éter se cierne dulce queja,
semejando romántica plegaria:
es el amor que surge y que se aleja...
deshojando una débil pasionaria.

Un como roce de alas por mi frente,
en la tenue penumbra del jardín:
¡Es su imagen que pasa, fugazmente,
y en mi alma deja éfluvios de jazmín!...

UNA POETISA CUBANA

Margot Alvarez Soler



Margot Alvarez Soler, autora del libro "Del rosál de mis sueños". (Dibujo de Mary E. G.)

En un rincón luminoso de Camagüey,
allá, en la lejanísima Cuba del trópico, ha
sonado una voz de cristal. Limpia, vibrante,
con un temblor de brisa amanecida, ella ha
hecho enmudecer a los pájaros del bosque
y se ha clavado en el silencio como un
mensaje.

¡Margot Alvarez Soler! Sus veinte años
gimen en el hilo de sus canciones. Su gran
corazón de mujer alienta toda su vida de
soñadora y de torturada. Ella está en sus
versos. Y sus versos siguen sonando en nues-
tro oído, deliciosamente, con una persisten-
cia confidencial.

Y nos sentimos alegres por el descubri-
miento, en la tarde meditativa, que ha ido
llenándose con la presencia de esta nueva
alondra, que canta y al lado de los nom-
bres de Rosario Sansores y María Enriqueta,
ponemos el suyo en nuestro corazón. Y
habremos formado el triángulo de la poe-
sía femenina de Centroamérica.

Poesía de nostalgia, de callada sensuali-
dad, de ternura infinita.

F. E. G.

Margaritas, violetas, lindas rosas,
nardos, jacintos, alfiles risueños:
Le dais tonalidades vigorosas
a mi jardín romántico de ensueños!...

¡Siento una tristeza...

Siento una tristeza, tan honda, tan honda...
¿Tú no me comprendes?... ¿No sabes, bien mío,
por qué esta tristeza sublime me ronda,
por qué mi pobre alma se muere de frío?

¿No sabes? Escucha por qué esta tristeza
por qué estos dolores invaden mi mente:
—El Sol lanza su oro sobre mi cabeza
cual si me besara tierna, dulcemente...

La tarde se aleja... ¿Me escuchas? La tarde
está que contempla mi melancolía,
parece que ríe, parece que arde...
en tanto que tiemblos... ¡Oh, pobre alma mía!

Y pienso en los días pasados. Y pienso
cuando en una noche del invierno helado
yo viera la llama de tu amor inmenso
y oyera tus frases... ¡Oh, mi dulce amado!...

¡Mañana... ¡Mañana!.. La fronda suspira;
el cielo no luce sus bellos colores;
el sol en su lecho fantástico expira
y sobre sus tallos se mueren las flores.

Flotan en el éter mil éfluvios suaves,
los aires susurran románticos deijos,

en tanto que pienso: ¡Felices las aves
que vuelan muy lejos muy lejos, muy lejos...

Bajo la verde enredadera...

Bajo la verde enredadera,
en esta inmensa soledad,
pienso en ti, amado, que estás muy lejos,
y que no sé cuando vendrás...

Los verdes juncos se entretajan,
hay una incierta claridad;
las nubes grises van corriendo...
¿Adónde irán?... ¿Adónde irán?...

Olor de otoño hay en el viento,
las hojas caen sin cesar...
Todo está triste. En la enramada
los pajarillos duermen ya.

Amado, escucha; ¡estoy tan triste
bajo esta inmensa soledad!
Bajo la verde enredadera,
siento unas ganas de llorar!...

Mientras las nubes van corriendo,
y hay una incierta claridad,
pienso en ti, amado, que estás muy lejos...
¡Oh! ¿Cuándo... cuándo volverás...?

Del sendero.

El sendero está muy triste;
marcho errante, solitaria...
Tengo miedo... ¡mucho miedo!
Amado: ¿No me acompañas?

Tú alejarás los chacales
que en el sendero nos salgan.
Yo, con flores y con sueños
iré tejiendo guirnaldas.

Si te sientes fatigado,
si la jornada es muy larga,
descansaremos... y luego,
reanudaremos la marcha.

¡Oh!, no me dejes tan sola
bajo la noche nublada:
La noche de mi destino
que llevo dentro del alma!

En el final del sendero
el ideal se levanta.
Sé tú fuerte; yo, sumisa:
¡venceremos la distancia!

Pero... el sendero está solo
¡y es tan larga la jornada!
Tengo miedo... ¡mucho miedo!
Amado: ¿No me acompañas?

Frente al mundo.

Frente a la soledad del mundo, triste,
sin creencias, sin fe, sin ilusiones,
contemplando la luna que se aleja,
me he sentado a contarte mis dolores.

Solloza el corazón, y a su gemido
no contesta tu voz... ¡Estás tan lejos!
¡Te llamo! Y sólo el aire me responde,
sin comprender mi plañidero acento:

"Eres náufraga tabla abandonada
al viento del Dolor;
va cruzando por lóbregos caminos
tu roto corazón..."

¡Todo imposible, sí, todo imposible!
No esperes a tu amor...
Escucha sólo en la callada noche,
el eco de su adiós..."

Así dicen los aires y se pierden
sin comprender mi plañidero acento;
solloza mi dolor... Y a su gemido
no contesta tu voz... ¡Estás tan lejos!...

Tan aislada me siento que me asusta
la senda porque cruzo fatigada:
Hay sólo la visión ante mis ojos,
del mundo y su funesta caravana...

Con amarga sonrisa, frente a ella,
sin creencias, sin fe, sin ilusiones,
contemplando la luna que se aleja,
me he sentado a contarte mis dolores...

Margot ALVAREZ SOLER.

Pizarro en la Isla del Gallo

Por Felipe Sassone

Francisco Pizarro abandonó su tienda y se acostó en la arena. Estaba en la solitaria Isla del Gallo, hacia el norte del Perú. Era una noche de estío, clara y tropical.

El cansancio excesivo, el hambre y la sofocación producida por el calor que emanaba de la tierra como un aliento infernal, y, sobre todo, la espera, esa espera de alucinado, sediento de oro, causaban el insomnio del valeroso español. De repente se puso en pie y aspiró a grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos, al par soñadores y enérgicos, escrutaban inútilmente ansiosos una nave amiga por la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá arriba, la luna llena, redonda, enrojecida como un extraño sol nocturno. Pizarro volvió a tenderse en la playa. Los rayos del satélite rielaban sobre el mar y un reflejo azulado irradiando sobre la coraza del conquistador, dábale en la soledad de la noche un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el gran lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso del bravo aventurero, cuya palidez de cera nimbada de luna, contrastando con el negror de la barba luenga y poblada, recortábase como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero noble en su miseria como un héroe en desgracia, la bella figura de Francisco Pizarro, todo un gran caballero anacrónicamente medioeval y fanático, parecía predecir otra figura: la de aquel gran loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes. Tendido en la arena, Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo adivinar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extremeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos primero, criado después de un monje, platero-artífice que, labrando custodias y cálices, despertó su codicia y su sed de riquezas; la tristeza de los que no fueron niños jamás habíase traducido en él un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un "nuevo mundo", por aquel entonces tan en boga, comparadas con lo miserable de su condición, sugirieronle un deseo incierto e incontenible de batalla y de oro.

Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué, a la presencia inesperada del océano Pacífico, cuando vió a Núñez de Balboa entrar en las aguas y con épico grito exclamar: "Yo me apodero de vosotras en nombre de mi señor el Rey de España", cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que iba a conquistar. Y entonces puso la suerte en su camino

a dos hombres como él, ambiciosos y decididos: Hernando de Luque y Diego Almagro, que cooperaron a la empresa, reunieron dinero, equiparon fuerzas, consiguieron la protección del gobernador de Panamá y comulgaron de una misma hostia con Pizarro, jurando por Dios llevar más allá de los mares el culto bendito y la doctrina insuperable de la cruz. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente activo y belicoso de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, con un puñado de hom-

bres hambrientos, esperaba en la Isla del Gallo un refuerzo del gobernador de Panamá. Había combatido rudamente con los indios en varios parajes; había sobrevivido a siete flechas que se clavaron en su pecho, había resistido largos días entre selvas de insectos y de miasmas mortíferos, y todo iba a perderse en una hora de desaliento, en aquella fatídica Isla del Gallo, por un refuerzo que tardaba mucho en llegar. Los soldados se negaban a seguirle; como los tripulantes de Colón amenazaban al genovés porque la tierra no aparecía, las huestes del conquistador extremeño protestaban airadas contra tanto sufrir por unas dudosas baratijas de oro. ¡Ah, pero él resistiría, él debía resistir, porque era un caballero español, esforzado y fanático, y porque había emprendido la conquista en el nombre de Dios. Y pensando las frases con que arengar a sus soldados, Pizarro se amodorró bajo el

aliento de aquella noche estival de los trópicos, clara y ardiente.

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el rostro demacrado del conquistador español. Francisco Pizarro se puso en pie. En el agua del mar trató en vano de refrescar sus sienes calenturientas, y luego interrogó una vez más el horizonte con la mano en la frente, a guisa de pantalla. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la arena, el océano y el aire, tenían a la vez una diáfana y áurea coloración. Mejor dicho, no tenían color: era todo luz blanca. De pronto el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen a nosotros!

De las tiendas que albeaban en la llanura amarilla salieron cien soldados, macilentos, con débil paso y con crujiente son. Sus armaduras incompletas brillaban todavía. Allá lejos, en el cielo luminoso, se recortaban las velas de dos

-Nuestro "Excelentísimo Señor Doctor"

No, no es el Presidente de la República — dice Pepita. Es nuestro médico, el Dr. Pedro Calvo. El título se lo dió papá, pues dice que "es el médico y el amigo más "excelentísimo" del mundo. Y él se ríe, porque le encantan las bromas. El otro día me salió con esta: "Oye, Pepita, ¿sabes que cuando yo llegue al cielo, me voy a ver en apuros? — ¿Por qué, Dr.? Porque cuando San Pedro pregunte: "¿quién es?" y yo le conteste: "soy yo, Pedro Calvo," va a creer que me estoy burlando de él."



SU campo de acción no está en las clínicas lujosas, ni en las solemnes salas de cirugía; su campo son los hogares. Por ellos pasa a diario distribuyendo alivio y consuelo con el esmero y cuidado de un padre. El enemigo con que más frecuentemente tiene que luchar allí es el dolor físico. Pero siempre sale vencedor, porque tiene una preciosa aliada, la

CAFIASPIRINA

Con ella no sólo da alivio rápido, sino que regulariza la circulación y levanta las fuerzas, sin peligro alguno para sus delicados pacientes.

Y siempre dice, con su benévola sonrisa retozando bajo el mostacho gris: "A medianoche es cuando vienen las brujas y los dolores. Y a medianoche las boticas están cerradas. Por eso hay que tener siempre en casa, agua bendita para las brujas y un tubo de Cafiaspirina para los dolores."

La CAFIASPIRINA es el analgésico del hogar. Todos pueden tomarla con absoluta confianza para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; las consecuencias de las tranochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RIÑONES.



La próxima vez, PEPITA le presentará a usted el gran cariño de su vida, el gran "amor de sus amores": "SU NANA." Es la más humilde pero la más encantadora de la casa. ¡No deje de conocerla!

galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Todos se agolparon en la playa. Pizarro animaba a su tropa con sonora voz:

—¿Véis? ¡Resurja en nuestras ánimos la esperanza; ya viene el refuerzo: nuestra será la gloria; nuestra religión redimirá a los bárbaros y nuestro será el oro del Perú!

Pero la esperanza se desvaneció pronto. Arribados los dos buques y desembarcados los viajeros, pronto se vió que no venían a prestar ayuda, sino a echar por tierra todos sus esfuerzos. El caballero Tafur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse a Pizarro en tono de reproche zumbón. Era hombre pequeño y ventruado, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus finos labios, astutos y descoloridos, había una expresión fría de malicia y de perversidad.

—Vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura cura, y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tafur—respondióle Pizarro, en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada bajo el arco magnífico de las cejas. —No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré; no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no se salva mi empresa.

—Bueno, bueno; todas esas altiveces, seor Pizarro, a don Pedro de los Ríos, al ilustrísimo gobernador de Panamá y no a mí, pues él me envía.

Del tropel de soldados salió un grito ansioso:

—¡Loado el señor gobernador, que manda por nosotros!

—¡Callad — rugió Pizarro; — dejad que nos entendamos el caballero y yo!

—Pues, sí — prosiguió Tafur; — han llegado al gobernador noticias de vuestros mismos soldados, que se quejan de las penalidades y miserias que sufren en esta quimérica expedición en pos de un quimérico mundo de sueños y de fábula, y ordena que todos volváis a Panamá.

—Todos, no — exclamó Pizarro, — que en mi libre albedrío nadie manda y he de quedarme a morir con mi locura o a triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y bajo la voz iracunda, la gran barba de Cristo bizantino tembló en belicoso vibrar.

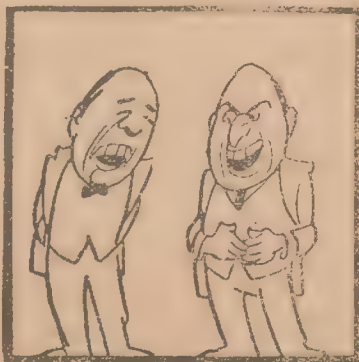
—Eso, al gobernador — murmuró, con su helada sonrisa, Tafur.

—¡Y a vos, grandísimo bellaco! — rugió Pizarro. — ¡A vos, emisario de la cobardía y de la desconfianza, que no os avergonzáis de venir a sobornar a un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos!

—Reportaos, seor Pizarro, y no hagáis que se convierta en misión de sangre ésta de paz con que a vosotros vengo.

—¡Ira de Dios! — gritó fuera de sí el conquistador. — ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza! ¡Venid que os muestre cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey Nuestro Señor!

Los soldados ya se agitaban como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposu hueste de



—¡Qué manera de festejar las fiestas! ¡Qué abundancia de platos! Fiambrés, ravióles, estofado, puchero, pavo...



...empanadas, pan dulce, almendras, turrónes, castañas...
—¡Qué bárbaro! ¿Cómo pudieron comer tanto?



—Muy sencillamente. Tomando una copa del reconfortante Hierro Quima Bisleri.

Pizarro salió el piloto Ruiz a apaciguar los ánimos.

—¡Calma, hermanos! Caballero Tafur, seguid a don Francisco a su tienda y entendedes allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis a los soldados!

El emisario de Pedro de los Ríos explicó al conquistador que se había recibido dentro de un ovillo de algodón de los que fueron enviados como muestra de la riqueza del nuevo mundo, una carta del soldado Sarabia, quejándose de lo infructuoso de la empresa. Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tafur se la leyó, con la copla sangrienta que le servía de estribillo:

Pues, señor gobernador, mírelo bien por entero, que allá va el recogedor y aquí queda el carnicero.

Inútiles fueron todas las súplicas; inútiles las protestas de que era evidente la existencia de un reino suntuoso, 'El Dorado', a pocas leguas.

—Dejadnos un buque, dejadnos provisiones — suplicaba Pizarro, — y yo os respondo del éxito. Asociáis a mí; seréis rico, os cubriréis de gloria...

—Comprendo que la ambición os ciega, y admiro vuestro valor; pero he de cumplir las órdenes recibidas. Salgamos, pues, embarcáos con vuestros soldados. Estáis viejo ya para tales andanzas.

—El corazón no envejece, caballero Tafur; que los soldados decidan; pero yo no me voy.

Al caer la tarde, reunidos todos, Pizarro los arengó con un resto de esperanza:

—Oídme, Ha habido entre vosotros un Judas, que ha escrito al gobernador don Pedro de los Ríos quejándose de mí y de lo alocado de la empresa. ¿Qué hice yo para merecerlo? ¿No fué mi pecho el primer blanco que se ofreció a las flechas de los indios? ¿No he padecido con vosotros el hambre y la sed? ¿No he recibido siete heridas? ¿No he sido para vosotros, más que capitán, enfermero y hermano? Injusto y cobarde ha sido, pero yo le perdono al Judas con tal de seguir...

Una voz de entre los soldados salió a interrumpir el discurso:

—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro.

Y un gran clamor — unánime agregó:

—¡A Panamá! A Panamá! ¡A Panamá!

—Y a Panamá iréis, tened calma — aseguró Tafur.

Entonces Pizarro desenvainó su espada, y rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán, trazó en la arena una línea de oriente a occidente (1). Sus ojos brillaban con fulgor de poseídos, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí — dijo señalando al norte — se va a Panamá, a la pobreza, y a la vergüenza; por allá — agregó, señalando al sur — se va al Perú, a ser ricos y a llevar la religión verdadera del verdadero Dios. Ahora, escoja el que sea buen castellano, lo que mejor le

(1) Y no de Norte a Sur, como dicen equivocadamente algunos historiadores.

estuviese. —Y erguido, con majestuoso continente, el esforzado y noble y fanático caballero, pasó la raya. El griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu de los héroes homéricos, la pasó también y luego el piloto Ruiz, y luego diez más, vencidos por el ejemplo de su capitán. Este habló entonces entre el reducido grupo que le rodeaba, inmóvil y fiero, como esperando a un escultor que copiara la grandiosa apostura.

—Ya lo véis, caballero Tafur, pocos somos, trece tan sólo; pero como tenemos fe para cruzar las montañas que nos separan del Perú, nosotros creceremos como gigantes. Regocijáos, amigos y fieles soldados del Rey Nuestro Señor, porque aun que perezcais en la demanda, siempre habréis cumplido la más grande de las victorias: vencer a la muerte y al olvido.

Sobre la espada de Pizarro, doce espadas más cayeron, formando doce cruces en una sola.

—Por la cruz de nuestra espada — dijo el griego — juramos todos correr la misma suerte...

—Y esa cruz — terminó Pizarro — será el símbolo que triunfará en el nuevo mundo.

Resueltos ya a permanecer y a llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese a Panamá a dar cuenta a Luque y a Almagro de los acontecimientos y a exhortarlos que no desmayaran en prestarles ayuda.

La despedida fué conmovedora. Los que partían, confusos y apenados, veían con lágrimas en los ojos a los doce restantes, a quienes consideraban víctimas de su osadía y de su obstinación.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles parte de sus provisiones, y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el lejano horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor. En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol enrojecido se hundió tras el océano como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

LIBERTAD

El señor feudal, más encolerizado que en los momentos en que solía imponer los más atroces castigos, anunció a sus esclavos que ellos eran libres y que él quería verlos irse inmediatamente de su finca, pues jamás se averdría a tratarles como a iguales.

Los esclavos se quedaron tanatizados de perplejidad.

Luego, uno pudo exclamar:

—Señor, ¿por qué nos echas de tu lado? ¡Si hemos incurrido en falta, castíganos, pero no nos desampares!

Como un coro de suplicantes, todos repitieron:

—¡Señor, no nos desampares!

Sin embargo, el amo, con la diestra imperativa, señalaba la puerta de la finca: allí, un heraldo anunciaba la abolición de la esclavitud.

Entonces, los esclavos traspusieron la puerta de la finca, escucharon al heraldo, y, al callar éste, le preguntó uno:

—¿Dónde comeremos? ¿Dónde dormiremos?

Y otro:

—¿Qué haremos ahora?

—¡Vengarnos! — repuso el más joven de ellos mismos.

Los demás admitieron tal respuesta, pues se lanzaron contra el heraldo, le descuartizaron, y huyeron sin saber hacia dónde...

EL DESTINO

Por A. Hernández Catá

La conversación había languidecido como suele suceder cuando se oponen ideas abstractas ante un auditorio heterogéneo. Más que conversación, fué una serie de monólogos en torno del libre albedrío que concluyeron polarizándose en el juez y el canónigo, los dos discutidores más apasionados de la tertulia. Las señoras bostezaban resignadamente, y algunas parecían esperar la menor palabra frívola para lanzarse sobre ella y multiplicarla. Fué entonces, cuando el doctor Rovira intervino:

—Yo no me atrevo a consumir un turno para explicar nuevas teorías — dijo. — Así como San Marcos pretendió trazar todas las cosas por parábolas, yo gusto de tratarlas por anécdotas, y creo, por tendencia profesional, que hasta esas cuestiones de índole filosófica han de resolverse, si se resuelven alguna vez, de un modo científico, merced a múltiples experimentos a innumerables "fichas"... Dictados del temperamento, direcciones transmitidas por esa fuerza misteriosa y caprichosa de la herencia, orientaciones engendradas por la máquina orgánica al funcionar mejor o peor, encierran en sí gran parte de ese libre albedrío que nos hace, mientras vamos de la vida a la muerte, ser buenos o malos. Pero hay también en nuestro destino algo independiente de nosotros, algo que nos supedita a una voluntad inesperada, poderosa e irónica cuando no cruel. Y se llama "ananké", o buena estrella, providencia, casualidad, o Dios — si Dios procede según la Biblia, dice y el filósofo Leibnitz niega, por designios particulares, — esa potencia es la que establece, sobre todo, la relación de tiempo necesaria para que la fortuna o la desventura ocasionada por la tangencia de dos o más seres, se efectúe.

—¿Va usted a defraudar el crédito de curiosidad que todas le hemos abierto, con otra conferencia u otro sermón? — dijo una de las damas. — Eso no vale.

El doctor se sonrió, se detuvo un instante para mirar los hondos ojos oscuros que brillaban entre las dos perlas negras de los pendientes, y repuso:

—Ese crédito abierto a mi favor después de una conversación tan... trascendental, constituye ya en sí un argumento para demostrar la injusticia de los destinos. En fin, procuraré merecerlo, mostrándoles la ofrecida ficha, y seré sobrio para resarcirlos de la lentitud del preámbulo...

La anécdota se reduce a un hecho, a la vez baladí y terrible: mas como todo hecho, puede amplificarse su significación ideológica, según sea la inteligencia o el sentimiento de quien lo examine. El suceso escueto es este: Hace algunos años, en el balneario de Guardamar, me llamó la atención un grupo compuesto por una señora y un caballero que llevaban de la mano a un niño, que andaba con inseguro paso. El contraste de las indudables huellas de dolor impresas en las dos caras, con la alegría de la playa, con los gozosos gritos de los bañistas, con la tibieza del ambiente, fué, sin duda, lo que me movió a preguntar por ellos. Un veraneante se sentó junto a mí y, bajo la sombrilla inmensa que tendía sobre el húmedo oro de la arena un pligono de sombra, me contó la historia.

Casados desde hacía algunos años, el caballero y la señora, sólo necesitaban para no envidiar nada, un hijo. Ricos, con generosidad y gustos finos, de esos que amplifican la riqueza, tenían también, para llenar las treguas entre los días exaltados de pasión, la riqueza moral de un mutuo respeto, la afección profunda y casi sexual, sola base capaz de sustentar sin peligros las uniones duraderas. La esperanza del hijo era para los dos algo constante: la necesidad de dar al amor una nueva forma para poner ella, al pasar la juventud, la brasa del cariño purificada por la falta total del

meros pasos, encauzaron los primeros destellos de la atención hacia las cosas bellas y útiles; el mundo adquirió para los dos un sentido más estrecho, pero más intenso. En todos los minutos rivalizaban en dar a aquella esencia de su vida los elementos óptimos para la materia y el alma. El le enseñó a leer, ella le enseñó a mantener su cuerpo elástico y limpio: él se afanaba, a pesar de su riqueza, en trabajar para dar al hijo ejemplo de la ley del hombre; ella afinó su ternura y le enseñó la satisfacción de hacer bien y el milagro de convertir la labor en recreo. Cada acto era en-



egoísmo. Y como si la Providencia quisiera darles en sazón el fruto, el niño vino cuando ambos dejaban detrás esa edad en la cual nos sentimos protagonistas de la vida, en que todos los deleites del mundo nos parecen hechos para nuestros sentidos, y en la cual poseemos tal plenitud vital, que nuestra piel se nos antoja los límites de un mundo importante. Fué, pues, casi en el otoño de sus existencias, y al mediar la primavera de un año, cuando aquel amor fructificó en un ser rosado, gemebundo, inerme y lleno de oscuros destinos. Los dos esposos debieron inclinarse más de una vez sobre la cuna, en ese ademán en que tan bien se expresan un cariño infinito y una infinita incertidumbre. Las manos femeninas, tan ávidas de maternidad que aun a los veintisiete años habían vuelto a jugar con muñecas, cuidaron con esmero al hijo, guiaron sus pri-

señanza, cada hora, fruto de conciencia. No era posible verlos sin admirarlos, sin ponerlos de modelo después. Si se hablaba de ser felices, en seguida se les nombraba, y casi nadie dejaba de añadir: "Son dichosos y merecen serlo". Hasta los desconocidos se volvían complacidamente para verlos pasar: constituían una lección viva y risueña, una meta moral; y, poco a poco, según crecía, el niño iba pareciéndose a los dos en lo mejor de ambos... Este es el lado inefable de la historia, el anverso de la medalla; ahora miren ustedes el reverso.

Un día, el nene amaneció malito. ¿Sonríen? ¿Ven ya la viruela, la difteria o la meningitis terrible interviniendo? Harán mal en anticiparse... No fué ninguna de esas enfermedades que diezman la infancia. La dicha debía seguir radiante para ellos, sin descender por el plano inclinado de las

zozobras, de las noches en vela junto a una cuna, del alma íntegra puesta en la mirada del médico para descifrar el diagnóstico impenetrable. El niño amaneció con los ojos congestionados solamente; pero el cariño paterno sintió sobresalto. El caudal de tranquilidad almacenado para las grandes dolencias evitadas, volcóse íntegro sobre el accidente pueril que un poco de agua boratada habría bastado a curar, y en seguida decidieron llevar al niño a un oculista. Hasta aquí siguen ustedes encontrando no sólo anodina mi narración — ¿verdad? — sino por completo inadecuada para servir de alegoría a una conversación sobre el azar, sobre los idus, sobre el "digitus Dei". Nada notan aún en ella que justifique mi preámbulo... Y, sin embargo... Fíjense ahora, pues en un segundo se ilumina el sentido de la historia al obscurarse la vida de los protagonistas: en un momento cuanto hay de terriblemente absurdo o de lógica también terrible y arcana en el destino, se aclara. Los padres deciden llevar a su hijo a un especialista y buscan entre los más célebres. Inclutados sobre la agenda transformada por formidable taumaturgia en oráculo, van recorriendo nombres; al fin parecen fluctuar entre dos: uno de ellos es el de un doctor viejo, lleno de experiencia y propenso a no dar importancia a las cosas; el otro, más joven, tiene fama de áspero, de extravagante, pero se cuentan de él curas sorprendentes... La duda sólo dura un segundo: como si la misma mano encadenase las voluntades paternas, se deciden al mismo tiempo por el último. Ha sido elegido uno solo: apenas si conocían de él algo más que su nombre un día antes: el niño lo ignoraba por completo, y el médico ignoraba también al niño. Son dos vidas que van a tener unos cuantos minutos de tangencia y a seguir sus órbitas, a olvidarse, a... Eso debe ser, eso es en infinitos casos, pero... La voluntad, oculta tras todas las aparentes casualidades no lo quiere así: los padres escogen un hombre y no llevan al niño a la clínica sino a la casa particular del médico, donde les dicen que está desde hace varios días, delicado, y que no recibe. ¿Por qué no bajan las escaleras y van a ver en seguida al otro, al buen viejo que no da importancia a las cosas? ¿Por qué una voz tutelar no aconseja a sus almas? "¡No llaméis! ¡No insistáis; deteneos ante el providencial obstáculo!" Misterio angustioso, misterio del destino. Ellos insisten, ruegan, logran al cabo entrar, y no se sorprenden de ver un rostro hurafío, ni de la brusquedad con que el oculista lleva al nene a una habitación próxima... Y de súbito, oyen un grito, un grito horrendo, uno de esos gritos que penetran por los oídos hasta las entrañas... Y ese grito era de su hijo.

Cuando entraron, el pobre ser nacido para la dicha, estaba exánime; dos heridas rojas y blancuzcas ocupaban el lugar de sus claros ojos azules, que el médico acababa de apagar para siempre con unas tijeras, en un ataque de locura incurable y furiosa, cuya primera acción se manifestaba en aquel segundo, precisamente, en aquel segundo, ni antes ni después...

LA OCASION

En la vida de todo hombre llega un momento supremo, un día, una noche, una mañana, una tarde, una hora decisiva, un instante oportuno, una rendija a cuyo través vislumbra sublimes hazañas; un gramo en la balanza cuyos platillos son el "demasiado tarde" y el "demasiado pronto". Feliz quien sabe esperar y al propio tiempo acecha y trabaja y está alerta en la nave de la vida, de pie en la proa, para aprovechar el momento en que la ocasión tienta su mano y en el reloj del destino suene el "ahora".

M. TOWASEND.

Uno de nuestros condiscípulos del Pórtico a venido a disculparse porque no podrá concurrir a nuestra congregación hoy día, lunes cinco del mes de marzo.

—¿Estarás de casamiento? —le preguntamos.

—Ya sabéis que soy célibe, como el doctor Alfredo L. Palacios, para conservar así mi libertad de acción y pensamiento.

—¿Será, por lo menos, el día de tu santo?

—Habéis andado cerca. Hoy se festeja a San Eusebio y San Esiquio y bien sabéis que no son mis patronímicos. Lo que yo celebro en esta fecha es el tránsito de San Focas.

El Pórtico rodea al condiscípulo y le ruega que se explique.

—No os he contado nunca que una vez, siendo niño, curé milagrosamente de la picadura de una serpiente en un sendero de espinillos de la selva de Montiel? Pues si leéis el Año Cristiano que escribió el padre Croisset con la explicación del misterio o la vida del santo de cada día y que tradujo del francés el padre Isla, de la Compañía de Jesús, encontraréis en el martirologio de este día la siguiente anotación: "El tránsito de San Focas, mártir en Antioquía, el cual, después de padecer muchas injurias por el nombre del Redentor, triunfó tan gloriosamente de la serpiente antigua, que, en señal de esta victoria, cualquiera que es mordido de alguna serpiente, luego que con fé toca la puerta de la basilica de este mártir, perdiendo el veneno su actividad, queda milagrosamente sano".

—¿Y crees té,—le preguntamos,—que la serpiente de cuya picadura salvaste, tenga alguna vinculación de parentesco con aquella de que triunfó San Focas tan gloriosamente?

—¿Quién lo duda? ¡No pertenecen todas a la familia de los ofidios, del orden de los reptiles?

—Así es en efecto, tratándose de las que conocemos por los nombres de boas, culebras, pitones, hajes y cascabeles; pero San Focas triunfó de la serpiente "antigua" y esta designación bien puede ser la de un mito de la biblia o de la angelología cristiana.

Nuestro condiscípulo se puso luego pensativo.

Entonces nos dimos a recordar entre todos los diversos antecedentes de que disponíamos respecto al mito del dragón o la serpiente.

Uno recordó que Apolo, vencedor del monstruo de ese nombre, es, entre los griegos, el mito de la Tempestad.

Otro nos recitó, de acuerdo con este antecedente, unos versos que dijo haber leído en "Las Metamorfosis" de Ovidio, en los que espantándose el poeta del enorme espacio de monte ocupado por la serpiente Pitón cuenta que el rubio dios Apolo la traspasó con mil saetas y que aunque su arco y su flecha habían sido ejercitados en las cabras monteses, el ruido que produjeron al matar la serpiente sonó del uno al otro polo, en memoria de lo cual tomaron su nombre los juegos píticos.

Otro nos refirió haber leído en un libro de Ferrière, publicado por la Biblioteca Científica Filosófica, una teoría según la cual la suprema transformación del mito de la tempestad habría pasado al judaísmo después de la cautividad de Babilonia, convirtiéndose la lucha entre Ormuz y Arimán en la de Jehová contra Satán y que por fin habría emigrado del judaísmo al

cristianismo, de modo que San Miguel, arrojando a tierra al Dragón, reproduciría el mito de Thraetona arrojando a tierra a la serpiente demonio.

—En cuanto a Apolo, citado anteriormente,—dijo otro,—nuestro condiscípulo ha olvidado decir algo que se le quedó a Ovidio en el tintero y es que la piel de la serpiente Pitón se utilizó para cubrir el trípode de la Pitonisa y que Júpiter, en pago de la hazaña, lo reconoció como hijo suyo y elevándolo al rango de los dioses mayores le puso

por la teosofía,—y veo que en el capítulo XIV se habla de los castigos contra el que mata a la Hidra, una Hidra persa que vive en el agua y desciende de mil perros y mil perras. Os los voy a leer. Debe cargarse con diez mil haces de leña bien dura y seca, matar diez mil serpientes, diez mil lagartos, diez mil tortugas, diez mil hormigas, diez mil ratones, diez mil moscas. Debe cavar diez mil surcos de terreno estéril y hacer donación de todos los objetos necesarios a un sacerdote.

VIEJA INSCRIPCION

Dichosos los amantes se pasean,
Bajo frondosos árboles se hablan,
Y entre besos y risas en el tronco
Dejan sus iniciales enlazadas.

Apasionada historia escrita queda
En la corteza endurecida y áspera
Que una implacable lámina de acero
Nerviosamente graba.

Huellas perennes de dos almas juntas,
Unión visible de pasión sagrada...
Crecerá el árbol, volará la vida
Y seguirán las letras enlazadas!...

Y corre el tiempo.. y del amor cansados,
Muerta la risa y lejos la esperanza,
Los amantes de antaño junto al tronco
Sin ver el signo indiferentes pasan.

Las amorosas letras no se borran;
Muda elocuencia son que no se cambia...
El árbol vive, el corazón palpita,
¡Y la alegría del amor se apaga!

Luis REYNA ALMANDOS.

por sobrenombre Febo, o sea rey de la luz.

—Todo eso no significa sino que San Focas tuvo los mejores antecedentes de familia,—dijo nuestro condiscípulo el cristiano.

—Y tiene aún más condigna ejecutoria,—dijo otro de los compañeros. Entre los doce trabajos que debió realizar Hércules para obtener el derecho de ser colocado entre los dioses, el segundo y no menor de los que llevó a feliz término fué el de matar la hidra que vivía en el cenagoso pantano de Lerna, en Argólida. Este monstruo, que tenía cien cabezas de serpiente, se entretenía en robar hombres y animales y si le cortaban una cabeza le renacían instantáneamente dos, hasta que Hércules la destruyó con su clava y dejó reducida su descendencia al insignificante pólipo habitante actual de nuestras aguas dulces. Hércules, que era una especie de San Miguel del paganismo, era, pues, además, pariente lejano de San Focas.

—Yo llevo bajo el brazo un libro de Zoroastro que se llama el "Zend-Avesta",—dijo otro de nuestros compañeros a quien le suele dar

—Eso tiene un valor simbólico que no nos es dado conocer por ahora a los del Pórtico,—dijimos.

—Yo sé que San Jerónimo,—arguyó el devoto de San Focas,—en la carta que escribió a Paulino, varón docto, que aun era mancebo y después fué obispo de Nola, le aconsejaba tener simplicidad de palabra para no andar armando lazos a nadie y junto con esto tener astucia de serpiente para que no lo derriben los otros con sus acechanzas.

—Por eso la astucia, en los primeros días del Paraíso, tomó la forma de una serpiente,—añadió al quien que había permanecido callado hasta entonces. Del gusto de simbolizar las pasiones por ciertos animales nació la idea de la metamorfosis, ha dicho algún autor. Dicen que los pieles rojas de América a los jefes que se destacan por su sabiduría les dan el nombre de Gran Serpiente. La Biblioteca antes nombrada ha publicado una obra de Moreau de Jonnés titulada "Los tiempos mitológicos" y en ella se estudia, breve y acabadamente el símbolo de la serpiente entre los

noruegos, los suecos y en las regiones del Báltico, Lituania, Túnez, Atenas, Macedonia, Guinea, los romanos, los epirotas, los lanuvianos, egipcios y judíos.

—Debemos estar profundamente agradecidos a la serpiente,—interrumpió uno de esos calaveras que logran infiltrarse hasta en congregaciones tan juiciosas como la del Pórtico. A no haber sido por ella, Eva estaría todavía con los ojos cerrados y nosotros huyendo de la presencia del Señor por entre las marañas del Eden.

—Según lo cuenta el capítulo II del Génesis,—siguió el devoto de San Focas,—había plantado el señor Dios un paraíso de deleite desde el principio de la creación, en el que puso al hombre. Y produjo el señor Dios de la tierra todo árbol hermoso a la vista y suave para comer. En el medio mismo del jardín puso el árbol de la vida y próximo a él el árbol de la ciencia del bien y del mal. Cuando la serpiente, que al decir de Moisés era más astuta que todos los otros animales, tentó a nuestra madre Eva a que comiera del árbol de la vida, cuyo fruto Dios le había prohibido, una vez que la pareja se hubo desayunado sintieron sus ojos tan súbitamente abiertos que corrieron a hacerse delantales con una hojas de higuera. Y Jehová Dios condenó a la serpiente a andar sobre su pecho y a comer tierra todos los días de su vida, a lo cual la serpiente sigue desobedeciendo, pues le agrada alimentarse con peces, crustáceos, pájaros, ranas y otros platos más delicados que la tierra.

—El día veintinueve de Setiembre,—agregó el teósofo,—celebra la santa Iglesia una fiesta particular que, según el Año Cristiano antes referido, no es sólo en reverencia del arcángel San Miguel sino en honor de todos los santos ángeles y a este respecto escribe un verdadero tratado de angelología o mitología cristiana que es de todo punto curioso conocer. Parece que San Miguel era reconocido como el jefe de toda la milicia celestial, formada por estas tres jerarquías: primera, la de los serafines, querubines y tronos; segunda, la de las dominaciones, virtudes y potestades; y tercera, la de los principados, arcángeles y ángeles. Principio grande se le llama en el libro de Daniel. San Judas, en su epístola, lo hace figurar en un episodio anterior, pues dice que venció al demonio en la lucha por el cuerpo, recién muerto, de Moisés; y aun cuando este episodio no se refiere en otra parte alguna de las escrituras, entiende el obispo de Segovia que San Judas pudo conocerlo por el Espíritu Santo y aun por la tradición, lo que no me parece más difícil de aceptar que el poder milagroso atribuido a la iglesia de San Focas. Este San Miguel, que mató al dragón o la serpiente, bien puede ser el Apolo hebreo, príncipe de la luz, como Febo, luchando y venciendo a Satanás, príncipe de las tinieblas, o sea el día de los persas, simbolizado en Ormuz, luchando contra la noche, simbolizada en Arimán.

—Sí, querido, repusimos todos, dirigiéndonos al devoto del santo mártir San Focas. Debe ser otra serpiente. La que San Focas venció era una serpiente "antigua", es decir, un mito, y lo que a ti te picó en la senda de espinillos de Montiel debe haber sido un yarará.

H. LARTIGAU LESPADA.

Durante la Guerra Grande, el Cerro de Montevideo fué celosamente custodiado por la guarnición troyana; —y para guardarlo, eran enviados por vía marítima, destacamentos que se relevaban de tiempo en tiempo.

Cierto día de los de la epopeya, el coronel Francisco Tajés se encontraba con su ayudante y compañero de aventuras guerreras, capitán don Pedro Zás al frente de una pequeña fuerza en la falda del Cerro, cuando fueron sorprendidos por los disparos que les hacía una columna oribista, con nutrido fuego de fusilería.

Los agresores, tentaban así la acometividad impetuosa de aquellos dos militares, adiestrados a fuerza de práctica en los lances de caballería.

—¿Vamos a cargarlos a lanza y sable?, — invitó el coronel Tajés.

—Vamos, coronel, — respondióle su ayudante.

En muy pocos instantes, se organizó el escuadrón para el ataque; y tras brevísima arenga, un soplo gaucho alborotó las crines de los caballos excitados por la nerviosidad de los jinetes; quienes, como dinamizados por los gritos de combate de aquellos dos hombres aguerridos, atropellaron ciegamente al enemigo.

Sables y lanzas remolineaban ya sobre las cabezas, antes de penetrar en las carnes de los elegidos como víctimas.

¡Qué elegir!... ¡Los fierros penetraban en el primer montón humano que se les oponía...!

—La impetuosidad de la gente de Tajés fué como una tormenta sangrienta.

Relampagueaban al sol los aceeros de las lanzas de palometa y de media luna, y de las afiladas hojas de los corvos de caballería; y por doquiera que uno dirigiera la vista, veía heridas que manaban sangre.

Y sobre la pedregosa tierra de la falda del Cerro, retumbaba el chocar de los cascos de la caballería en su loco correr....

No fué chica la sorpresa de los agresores que no esperaban acometividad semejante; — y de sus filas caían descabalgados los jinetes. Ello no obstante, se defendían los valientes, sabían morir, se inmolaban al orgullo varonil, porque, orientales al fin, eran de raza valerosa.

Ante la inutilidad de tanto sacrificio, los sitiadores sobrevivientes iniciaron la dispersión fugitiva, perseguidos y hostigados sin vacilaciones, por los troyanos. Al frente de los perseguidores, en primera línea, siempre en punta, — como baqueanos del triunfo, iban Tajés y su ayudante repartiendo mandobles a diestra y siniestra, a la vez que con gritos, estimulaban a sus soldados para que no se desmayaran en la persecución.

—¡Carguen, muchachos, que ya disparan esos flojos!...

Las lanzas de los dos jefes parecían alargarse hacia adelante como queriendo sacar la delantera a la cabeza de los caballos que montaban en desenfrenado correr, a la caza de los enemigos. Y, paralelas, tendidas hacia la misma Meta, parecían dos rieles de la Muerte. La de Tajés ya iba cosquilleando la espalda de un enemigo que, cada vez, en el ansia de escapar, más y más se echaba sobre el cuello del caballo que debatía

¡No me mates, "Mensura"!

Por Rómulo F. Rossi

(DEL LIBRO EN PRENSA "HOMBRES Y ANÉCDOTAS")

sus remos en el máximo de la carrera que le daban sus fuerzas. Un segundo más, un envión más, y la media luna del Bayardo Oriental — así le llamaban a Tajés — arrojaría por sobre la cabeza del bruto en plena fuga, el cuerpo de un hombre en sus últimos estertores.

para pedir clemencia sin amenazar el desenfrenado correr de su caballo, imploró:

—¡No me mates "Mensura"!...

¿Qué pasó por el alma del jefe colorado al oír semejante pedido?

Rápidamente, con una celeridad inverosímil, la lanza de Tajés des-

Ante ese llamado afectivo, pronunciado en momentos en que el corazón no responde más que a un sentimiento atávico, a un ansia de venganza. Tajés volvió a ser el Tajés de los días de paz; y sintió que quién lo llamaba así, como a un hermano, tenía que ser por fuerza un compañero de la infancia; y fué por ello, precisamente, que la súplica detuvo el golpe amenazante.

Reconocido el prisionero resultó ser, en efecto, un camarada de los Tajés de los lejanos días en que se sazonaban los afectos al calor de los bancos escolares; — y gozoso por el feliz hallazgo, feliz por haber vuelto a oír en momentos en que no se escuchaba más que blasfemias y frases llenas de odio y de venganza, el apodo al cual había respondido en los momentos de juego e invocado tan oportunamente, Tajés entregó al prisionero a un grupo de sus soldados con la expresa recomendación de que se le respetara.

—Vuelvo en seguida, hermano, — dijo al prisionero a la vez que tendía nuevamente a la carrera a su corcel, para proseguir la persecución de los fuerzas de los del Cerro.

Pasaron algunas horas y el Bayardo Oriental volvió a su campamento después de llevar la persecución hasta donde fué posible llevarla, ansioso de ver a su cautivo con el cual, refrescado ya el ardor de la pelea por la dulce cordialidad de los recuerdos de los días idos, pasaría uno de las mejores ratos de su vida.

—¿En dónde está el prisionero, que les entregué?, preguntó a un grupo de sus soldados, sin desmontar del caballo.

Y un silencio profundo, de mal agüero, fué la respuesta.

—¿En dónde está el prisionero que les entregué? — volvió a insistir con marcadas muestras de impaciencia.

—Lo mató el indio Manuel, — contestó alguien.

—¿Y en dónde está ese miserable asesino? — inquirió ansioso, mirando amenazante, trémulo de coraje, hacia todos lados?

—En seguida de matarlo, huyó.

—¡Ah, bandido, miserable! ¡Hay que tratar de que no se escape! ¡Pronto! ¡A ver!... ¡Salgan varias comisiones en su persecución!

El corazón de Tajés, templado a todos los sinsabores, hondamente conmovido, hizo subir a sus ojos lágrimas de dolor y de ternura, al mismo tiempo que su boca pronunciaba palabras iracundas contra el prófugo asesino.

Y antes de dejarse ver por sus soldados en hondo llanto como lo pudo haber hecho el "Mensura" de los bancos del colegio, porque volvió a sentirse niño, cerró piernas a su caballo alejándose del grupo que formaban sus compañeros de armas, con el fin de buscar en la soledad de su alojamiento, un poco de tranquilidad para su cuerpo y para su espíritu, tan hondamente sacudido en ese aciago día.

Montevideo, febrero de 1928.

APOLOGO DEL ARREPENTIMIENTO

(Del libro "HUMO Y HUMAREDA", recientemente aparecido).

—Es, padre, con rubor que lo confieso:

Al salir de la iglesia el otro día,
Un joven que hace tiempo me seguía,
No sé cómo explicarlo... me dió un beso

—¿No ha habido en realidad nada más? — Eso os lo juro en el nombre de María.
Pues, hija, tu ruin coquetería
Ha de ser la culpable del exceso.

—¿Exceso? padre, no seáis severo:
Pensad que más que un beso, fué un suspiro
Que mis labios rozó, tibio y ligero... —

—Mucho, hija, mucho por tu bien recelo
Mucho, hija, mucho de tu mal me admiro,
¡Ese beso, tal vez, te cueste el cielo!

II

—El cielo, padre, me asustáis, empero
No soy la culpable del suceso...
—Has osado excusarlo y también eso
Como falta muy grave considero.

Por mi parte, cerrado está el "proceso"
Y aunque nunca me gusta ser severo,
Para escarmiento, castigarte quiero;
Diez "salves" y diez "credos" por el beso.

Pero es cuestión muy grave de conciencia,
Por esta te absuelvo del pecado
Mas, no vuelvas a escuchar tales agravios...

Levantóse la niña, sin enfado
Y al ir a murmurar su penitencia
Se agolpaban los besos a sus labios.

Domingo SASSO

La de Zás dejó de trazar la línea paralela para convertirse en convergente en la vertiginosidad de la persecución, como celosa y ansiosa a la vez de participar de aquella presa que quería exigir a la fatalidad de la tragedia.

Los extremos de ambas lanzas se tocaban ya sobre la espalda del prófugo; y en el preciso momento en que los dos fierros, furiosos y con ansias de morder se recogían con ímpetu para dar el golpe decisivo, el acosado jinete volviendo la cara y perfilando el cuerpo

vió la de su ayudante Zás que iba a hundirse en la espalda del prófugo, a la vez que aquel gritaba:
—¡Rendite, que no te mato!!

"Mensura" era el apodo infantil el mote colegial con el cual, sus compañeros de juego de épocas más felices, llamaban a Tajés, debido sin duda alguna a la circunstancia de que el padre de este jefe era agrimensor o se dedicaba por lo menos a la medición de terrenos.

Los románticos

Por Margarita Astray Reguera

¿Fué aquello un capricho?

Liria, la burguesita pálida de verdes ojos, seguía anhelante los triunfos de Octavio, aquel poeta lírico que tan bien rimaba las horas de ensueño, y a cuyo recuerdo teñíanse sus mejillas de virgencita blanca con tintes de rosa terneja. ¿Le amaría acaso?

Por lo menos, intrigábale con afán muy hondo su vida bohemia, sin familia ni brisas de amores. Evocaba su mismo destino, y eran sus vidas tan frías, tan blancas, tan solas, flores de sepulcro, sin matiz ni aromas.

Pasaban los días; el recuerdo del poeta doliente no la abandonaba.

—¿Le amaré? — decía, entornando sus ojos de náyade, medio adormecida por los trinos de los pajarillos que la saludaban, y al anocheecer, en su hora de grato recuerdo, filtrábase la discreta luz de la luna a través de las enredaderas, de las madreselvas y blancos jazmines...

La imagen de Octavio venía a su mente, y en la fantasía de su cabecita forjábala Liria muy alto, muy pálido, con largos cabellos y los ojos verdes, profundos y adormecedores, como evocación de ensueños de Hoffmann...

Así imaginaba la ideal enferma al poeta doliente que rimaba amores de místico ensueño...

Una noche clara..., una noche de enero, muy fría, muy blanca, cual sudario que envuelve la muerte...

En el cielo brillaban millones de estrellas como almas errantes.

Decidióse por fin esa noche, después de mil luchas y vacilaciones; Liria decidióse y envolvió su gentil figura en amplio capuchón celeste, que nudos de cinta sujetaban al talle; diminuto y gracioso antifaz cubrió su rostro, aquel rostro mate, y con ansias de enferma neurótica, dirigióse al baile.

—Al Real — ordenó al chauffeur.

Penetró en el salón... Murmullos de amores, franeas carcajadas, un ambiente de flores y aromas produjeron en su ánimo sensaciones varias.

Acercóse a Octavio. Medio oculto, ajeno al baile, entregado a sus sueños de poeta, el espíritu errante de Octavio vagaba..., vagaba...

Vaciló la enfermita de su fantasía; fué un momento de lucha suprema. En una mirada, los ojos del poeta y de la burguesita se hablaron de amores...

—Ven — le dijo atrayéndola al palco; — brindemos en dorado néctar a través de tu negro antifaz; bastan sólo tus ojos tan verdes, que tanto he buscado, de amor y misterio...

...Y horas más tarde, Liria reclinaba su cabeza de bucles de oro en el hombro del poeta, doliente, y cual eco de canción lejana, decía muy quedo..., muy quedo:

—Te amaba..., y te adoro...; he venido tan solo por tí... No preguntes quién soy... Guarda eterno de esta noche el recuerdo para tus madrigales.

La nieve caía. Clareaba la aurora, y en un beso ardiente de un amanecer tan blanco, tan frío, dijéronse adiós...

Intrigó a la doncella el silencio de Liria.

Entró cristina silenciosamente en el dormitorio, y, ¡extraña sorpresa!

El lecho blanco, velado por colgaduras de finos encajes, veíase intacto, exhalando perfumes de Virgen en el santuario...

Impaciente, la doncella cruzó varias piezas; el cuarto de baño, el salón donde grandes retratos al óleo recordaban de la burguesita sus antepasados, y parecían, en la obscuridad, querer salirse del marco para decir algo muy grande, muy tétrico...

Y Cristina seguía anhelante, miedosa.

Llegó al boudoir bleu, entrebrió la puerta con respeto y temor y dió un grito.

En medio del gabinetito, tendida entre flores y gasas y encajes, Liria, la enfermita de su fantasía, dormía el sueño postrero, blanca, muy blanca, cual mármol de Pharos.

Un fuerte perfume de adelfas mortíferas se esparcía por la estancia...

¡Sí, soñaba el poeta... Revivía en éxtasis los amores de la noche pasada; noche de misterio de unos ojos verdes, de soñado anhelo, de promesas llenas.

Y en las espirales que formaba el humo de su cigarrillo pretendía hacerla tangible...

Se evaporó el humo...; la visión celeste de rubios cabellos también se esfumó.

Una carta lacrada de negro volvió al poeta a la realidad...

"Te adoro — decía la incógnita; — mas, roto el encanto de nuestro ideal, no debieras jamás conocerme, y anhelo morir... Guarda eterna la noche de amores para tus ensueños y tus madrigales. ¡Adiós para siempre!"

Quiso el poeta verla por última vez. ¡Y allí estaba ante ella, con sus ojos verdes, clavados en los verdes ojos de la blanca muerta, rodeada de encajes y gasas y flores!...

Y el poeta cruzó las manos, manos marfileñas, que tan sólo tuvieron caricias de algunos instantes.

Contemplóla inmóvil, y en aquel silencio volvieron a hablarse de amores sus almas... ¡Se unieron!...

La besó en la frente, y aseguran que desde aquel beso perdió la memoria de sus madrigales, y recorre el mundo buscando unos ojos... como aquellos... verdes... ¡Ojos de recuerdo!

DESALOJO

Y

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidriftalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

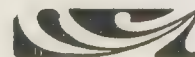
Congreso Sudamericano de Turismo



El presidente del Congreso Sudamericano de Turismo, señor Juan A. Briano, pronunciando su discurso en la sesión inaugural del Congreso, realizada en los salones de la Bolsa de Comercio.



Grupo de delegados al Congreso Sudamericano de Turismo, reunidos en el hall de la Bolsa de Comercio, antes de entrar a una de las sesiones.



Aniversario del general San Martín



Delegación de oficiales del regimiento de granaderos a caballo, rindiendo homenaje ante la tumba del general San Martín, con motivo de cumplirse el 150º aniversario del nacimiento del procer.

CLUB INDEPENDIENTE



El presidente del Club Independiente, haciendo uso de la palabra en el acto de la inauguración oficial del campo de deportes de la institución.



Concurrentes al lunch servido con motivo de la inauguración del campo de deportes del Club Independiente.

BIBLIOGRAFIA



Doctor Domingo Sasso, autor del libro "Humo y humareda" (Apólogos e historias), recientemente aparecido.



Doctor Sylla Monsegur, autor del volumen titulado: "Cavilaciones", que acaba de publicarse.

MARPLATENSES



Señora María J. Olivera de Angelini



Fresquitas y contentas



Señora Adela Lojo Salvado de Oliver



Señoritas de Martínez y Cotón



El doctor Alvear, saliendo de visitar la exposición de caricaturas del dibujante Kantor, instalada en la agencia de nuestro colega "La Razón".



Señora de Cúneo, señorita de Valdetaro y señor Machiarelo



El señor Florencio Parravicini, y el doctor Manuel María Oliver con su hijita Perla.



Señores Jorge Drago Mitre, Carlos de la Torre e ingeniero Carlos Posadas.



Señores Marcelo Baillet y Alejandro Galli.



Señores Santiago Glusberg y Manuel Kantor



Enriquito Peláez



Jorge Alberto Bruh

Fots. Bruh. Hnos



La poetisa M. Isabel Biedma, la señorita Lucrecia Moyano, el poeta F. López Merino y los señores Del Carril y Kantor.

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Angélica Meyer Arana con el señor Domingo Hargocias.



Señorita Julia Eugenia Garzolo Tello, cuyo compromiso matrimonial con el señor Pedro Juan Dufour acaba de formalizarse.



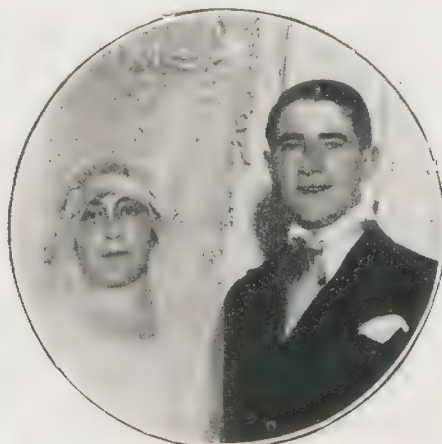
Señorita María Esther Armanasco con el señor Juan Del Tognó



Señorita Irene Josefina Herbert con el señor Luis Enrique Poucet.



Señorita María Enriqueta Viegas Roger con el señor Hugo von Bommei.



Señorita Lía Fernández Cueto con el señor Carlos Alberto Martínez.

GENTE MENUDA



Dorita C. Soler



Carlos Alberto Pietragalli



Lydia Lipnisky



Norma Ethel Crivaro Larraburu



De Canarias



Grupo de actores y actrices de la Compañía de Lola Membrives, posando para FRAY MOCHO, después de representar, en el teatro Cuyas, de Las Palmas, la obra "Cancionera" de los hermanos Alvarez Quintero, como un acto de adhesión al homenaje recientemente tributado en toda España a los prestigiosos autores sevillanos. Esta compañía dirigida por nuestra simpática compatriota y eximia actriz Lola Membrives, ha logrado repetidos éxitos artísticos desde que debutara ante el público canario.

Fot. Teodoro Maichs.



MARCELA

Por Eduardo Zamacois

DESDE el quicio de su puerta, Juan Antonio avizoraba todas las tardes a Marcela, que volvía de la fuente con el pesado cántaro sobre la cabeza, erguido el talle, las manos en los cuadriles, aumentando con su corto y menudo andar, el picante titubeo de sus caderas poderosas. Juan Antonio reía embelesado viéndola acercarse; ella pasaba indiferente, plegando los rojos labios con un depresivo mohín desdenoso, como si las sonrisas y las ardientes miradas y todo el apasionado embobamiento del mozo no fuesen otras tantas pruebas de amor quemadas, a guisa de incienso, en honor de su perfecta gentileza y bizarría; y cuando se alejaba orgullosa, inaccesible, pisando corto, y diciendo "no, no..." con las caderas, los ojos de Juan Antonio chispeaban de rencor, un estremecimiento doloroso mordía su carne, y el pliegue trágico de las venganzas cortaba su frente.

Una tarde, Juan Antonio, no pudiendo dominar las furiosas acometidas de su pasión, salió del pueblo y fué a sentarse junto a unos bardales por donde Marcela solía pasar de vuelta de la fuente. La conversación fué breve, decisiva, como las conversaciones que preparan los duelos a muerte. Ella empezó diciendo que no le quería y que jamás podría traicionar a Fermín, su esposo, a quien estaba unida por los vínculos del cariño y del deber; Fermín era su Dios, su rey; a él se lo debía todo: la casa que habitaba, las ropas que cubrían su cuerpo...

Y agregó:
—¿Y ahora quíes deshacer el lecho que yo toas las mañanas tiendo y mullo pa él? ¿Y quíes gozar del cuerpo que él viste y alimenta y agasaja con tóo lo que tiene?... ¡Vamos, Juan Antonio, que no me conoces!... No sólo no te quiero, sino que te odio... ¡ya ves!... Que eres mu chico, mu ruin... ¿sabes?... y que tiés el alma mu fría, cuando no entiendes lo que digo...

Poco a poco, a tropezones, sofocado por la pasión que lo estrangulaba, Juan Antonio procuró explicar sus celos y los tormentos de aquellas luchas íntimas que fueron enajenándole hasta obligarle a exigir de Marcela una explicación definitiva. El no era malo, ni ruin, ni tenía aquella frialdad de corazón que ella tan injustamente le reprochaba.

—Mi única desgracia consiste — dijo — en haberte conocido mu tarde, cuando tu libertad y tu corazón y tu cuerpo amadísimos, eran de otro...

Ella le escuchaba impasible, frunciendo el sobrecejo con aire aburrido. Luego repuso, dando media vuelta y poniéndose otra vez en jarras, dispuesta a marchar.

—Tóo es inútil, Juan Antonio; yo no quiero, y no hay poderes en el mundo, capaces de torcer mi voluntad... Y no me persigas, no me aburras; porque si la gente advierte tu cariño y da en murmurar, soy ca-

paz de contárselo tóo a Fermín, pues antes que deshonrar, quieo verlo andando camino de la horca o del presidio. No digas más.

Las primeras horas de aquella noche las pasó Juan Antonio entre los matorrales de un altozano, desde donde se atalayaba un extenso paisaje. La luna trepaba hacia el cenit, anegando las silenciosas desnues siderales con los efluvios de su luz plateada; una paz augusta descendía del cielo sobre los campos dormidos; en el valle blanqueaban las casas del pueblo, con sus paredes irregulares y sus ventanas, por algunas de las cuales se filtraba un hilillo de luz; varios caminos recuadrados les seguían direcciones diversas, retorciéndose como sarmientos a través de los campos de labranza, subiendo, bajando, según los altibajos del terreno; y cerrando el horizonte, casi perdidos en las sombras de la noche, ondulaba una larga serie de cerros, con sus panzas enormes y sus altísimas crestas, semejantes a abortos monstruosos de una quimera geológica.

Juan Antonio, casi echado en el suelo, no apartaba los ojos de la casa de Marcela, situada mucho más allá, junto al río. Un proyecto diabólico le había conducido allí. Fermín, que era guardabosque, salía de ojeo todas las noches entre doce y una de la madrugada, y aquella ocasión era la por Juan Antonio espiada para deslizarse sin peligro hasta Marcela; las consecuencias anexas al logro de sus propósitos, no le interesaban. Durante largo rato permaneció inmóvil, mirando, mirando... con la mirada angustiosa y fija de los que murieron ahogándose. Luego se estremeció, oyendo resonar en la serena extensión de los campos las doce campanadas de un reloj lejano.

Entretanto Fermín, sentado sobre un viejo taburete, se calzaba sus recias botas de campo, disponiéndose a salir.

Marcela le observaba desde el lecho con ojos que el sueño ya cerrando.

—¿Te vas? — preguntó.

—Sí.

—No tardes mucho... la noche está fría.

—Ya lo sé. No haré más que llegar al cementerio y volver.

Se había ceñido la cartuchera; después embozóse en una manta, se caló su ancho sombrero de guardabosque y salió terciándose el fusil a la bandolera. La llave de su hogar la dejó, según costumbre, junto al quicio, debajo de la puerta, en previsión de que Marcela quisiera

salir hallándose él ausente; y esta circunstancia era la que había de facilitar a Juan Antonio el triunfo de sus deseos.

Marcela se había quedado profundamente dormida; de pronto sintió que abrían la puerta y entre sueños supuso que era su marido quien volvía; luego oyó unos pasos quedos que se acercaban y entreabrió los párpados; la obscuridad era completa y tornó a cerrar los ojos.

—Fermín... murmuró.

El lecho crujía; Marcela, medio despierta, repitió balbuceando sin miedo.

—Eres... tú?...

Al sentir que unos brazos la estrechaban por el talle, agregó:

—¿Qué frío vienes!...

El repetido contacto de unos labios que oprimían los suyos y la presión de unas manos que la sobajaban con ansia brutal, concluyeron de despertarla.

—Fermín, Fermín!...

Entonces sintió que la dejaban; alguien saltó del lecho y resonaron los pasos precipitados, inseguros, de un hombre que huía. Marcela se incorporó en la cama impulsada por un presentimiento horrible.

—¿Juan Antonio! — gritó.

Y se ratificó en esta creencia al oír que el fugitivo deslizaba suavemente la llave bajo la puerta, como para borrar, con aquella precaución, el rastro de su delito.

Largo rato Marcela permaneció alelada, temblando de rabia y de miedo; después sintió que abrían la puerta.

—Fermín... ¿eres tú? — preguntó.

—Sí, soy yo...

Mientras él se desnudaba, ella añadió:

—¿Has venido antes?

—¿Cuándo?

—Después de marcharte.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada; me había parecido...

Al día siguiente, domingo, Marcela y Juan Antonio se encontraron en la iglesia, junto a la pila del agua bendita: ella le miró de hito en hito, los ojos retadores, como desafiándole a hablar; él se acercó con aire insolente y satisfecho, murmurando:

—¿Me encontraste frío anoche?...

Marcela no pudo responderle y se marchó llorando. Aquel día y los

sucesivos los pasó acongojadísima, no sabiendo si devorar su humillación o pedir a su esposo el justo castigo de tamaña ofensa; unas veces pensaba vengarse por sí misma, dando la muerte, como ella había recibido la deshonra: a traición; otras temía que lenguas extrañas enterasen de lo ocurrido a Fermín, y que éste, interpretando mal el silencio de su mujer, juzgase criminal complacencia lo que fué sorpresa y forzamiento...

Al fin optó por confesarse a su marido, refiriéndoselo todo... ¡todo!... Pues como ella decía: "antes que en ridículo, quieo verle andando camino de la horca o del presidio..."

Aquella tarde Fermín y Juan Antonio se vieron en un claro del bosque.

—Estaba esperándote — dijo Fermín.

—¿Pa qué?

—¿No lo presumes? ¿No está diciéndotelo ese corazón que quieo arrancarte a mordiscos?...

Fermín era ágil, fuerte y más alto que su enemigo, pero Juan Antonio era recio de cuerpo y tenía hombros cuadrados y brazos membrudos. Los dos hombres se miraron fríamente, midiéndose con los ojos, buscando un sitio en donde herir; luego, simultáneamente, sin detenerse a sobreexcitar su enojo con vanas palabras, se arremetieron. Durante algunos momentos lucharon rabiosamente, sin que las piernas de ninguno de ellos flaqueasen; luego se separaron y antes de que Juan Antonio pudiese hurtar el golpe, Fermín se abalanzaba sobre él, traspasándole el cuello con un cuchillo. El mozo giró sobre sí mismo, dió algunos pasos vacilantes, y cayó al suelo de bruces, muerto...

Fermín, fuera de sí, echó a correr hacia su casa: Marcela; al verle entrar demudado y con las manos teñidas de sangre, lanzó un grito y corrió a su encuentro, mirándole con ojos donde había una pregunta desesperada.

—Sí — repuso el guardabosque: — lo he matao.

Y añadió extendiendo el brazo con gesto trágico:

—Allí está; allí le tienes, frío... ¡Más frío que nunca!... ¡Frio pa siempre!...

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Mary Philbin, Ivan Masjoukine y Miguel de Brulier en "Rendición", film Super Jewel con el cual abrirá su temporada la Universal el 15 del corriente.



Gloria Swanson y el director Raoul Walsh, en un paréntesis de la filmación de "Sadie Thompson", que Artistas Unidos nos ofrecerá este año.



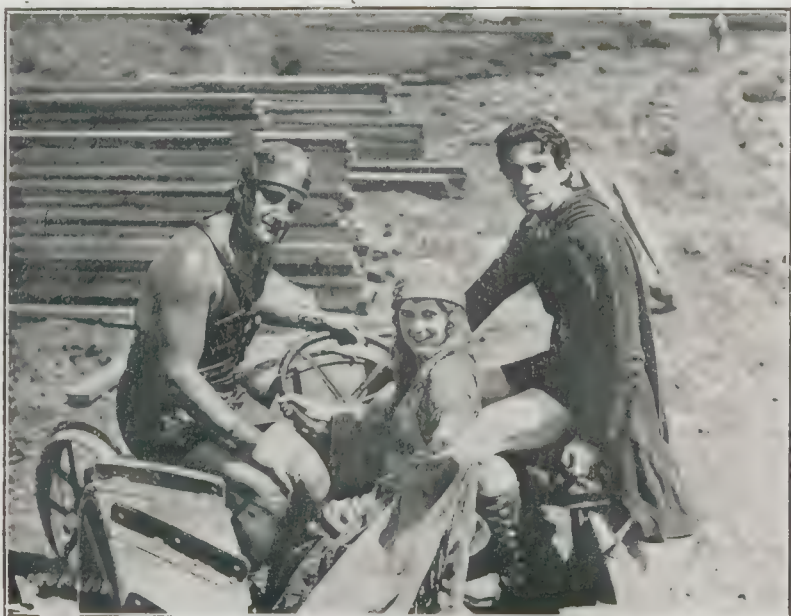
Francesca Bertini y Jean Angelo en "El final de Monte Carlo", film extraordinario con el cual el 15 de marzo comenzará su temporada la New York Film Exchange.



Dorothy Revier secundada por Jack Holt en "La tigresa", que Glücksmann exhibe desde el sábado último.



Tom Mix en "Nada de tiros", que la Fox exhibirá el jueves próximo.



Francis X. Bushman, May McAvoy y Ramón Novarro, durante la filmación de "Ben Hur", la gran producción que en breve dará a conocer la Metro-Goldwyn-Mayer.



John Barrymore y Dolores Costello en una escena culminante de "Los amores de Manón", primera Ajuría especial que la General estrenará el 8 de abril.

DE ALTA GRACIA



Señorita María Isabel Piñero y hermano



Doctor Benito Soria, senador Américo Aguilera, señores Raúl Levy Durañona, Luis Ceballos García, Plutarco Carceglia y doctor Manuel Luis Ordóñez.



Señorita Elena Seeber Madero



Señoritas Matilde y Elena Seeber Madero



Señora Lola E. de Salas Molina y su nena Lolita

Concurso atlético infantil en el Parque Avellaneda



Equipo de la colonia Saavedra que obtuvo el primer premio en el torneo atlético realizado en el Parque Avellaneda con motivo de finalizar las vacaciones de las colonias para niños débiles.



Juan Carlos Amor y Vicenta Oliveros, ganadores de las carreras por eliminación.

Vida policial



Comisario don Héctor Martínez, recientemente ascendido a un alto puesto de la División Central del Departamento de Policía.

FIESTA CAMPESTRE



Grupo de comerciantes pertenecientes al gremio de abastecedores de cerdos, que realizaron una fiesta campestre en las playas de San Fernando.

Nota estudiantil



Alfonso Quinci, joven estudiante que terminó sobresalientemente el bachillerato, rindiendo en seguida, con igual éxito, examen de ingreso a la Facultad de Medicina.

Por las playas montevidéanas



Señorita Zulema Osborn



Arte y belleza



Niña Raquel Blanco



Señorita Leonor Lanzavechia



Señora de Frangini y señoritas Detomasi y Díez



Señoritas de Detomasi y Clusellas en la isla de Mercedes



Señoritas Mary y María Luisa Spotorno, señor Pérez Carrasco y niña de Pérez



Señora María Esther A. de Robledo y señorita María Laura Pedragosa



¡Qué descansada vida!



Señorita Haydée L. B. Allende



Señora de Blanco Muñiz



Señoritas Dora Lía Southam y Delia Echezarreta



Señora de Souza y su hijito, señorita Leonor Lanzavechia y niño Atilio S. Lanzavechia.



Niña M. Blanco

Fots. José E. Maique.

El asesino frustrado

Por José María Salaverría

El duque de Palinovsky tuvo tiempo de recorrer toda la escala dramática que por su estirpe le correspondía, antes de llegar demasiado cerca de la vejez. Ahora tenía cuarenta y tres años, y estaba más pobre que una rata. Pero en su juventud había sido rico, de la manera espléndida que se usaba en la dichosa época de los zares, y no solamente rico, sino gallardo, alegre, rumboso, amigo de las fiestas, gran jugador y buen discípulo de Don Juan. En fin, era uno de los duques que en la Corte de San Petersburgo sabían cumplir más dignamente con las obligaciones que impone un insigne nacimiento.

La familia imperial le distinguía con su estimación, y él, por su parte, procuraba hacerse merecedor de tan alta estima. Era coronel de la guardia de a caballo, y todos convenían en que, en efecto, resultaba un espectáculo insuperable al verle cruzar por la explanada al frente de su escuadrón. Un espectáculo magnífico de virilidad y nobleza que las mujeres, mejor que nadie, sabían comprender en todo su mérito. Por lo mismo, no produjo ninguna sorpresa aquel casamiento repentino que le aportó al duque, además de una esposa joven y bella, una de las fortunas más grandes de Rusia.

La revolución sorprendió al duque de Palinovsky en la grata faena de ir derrochando la enorme fortuna de su mujer, puesto que de la suya propia, bastante considerable, ya no había nada que contar, como no fueran joviales recuerdos de tempestuosas orgías solteriles. Además, la revolución le sorprendió con una suerte de teorías tan estupefacientes como esta: que él, duque de Palinovsky y coronel de la guardia del zar, tenía precisión de escapar como pudiera, si no quería morir asesinado como un perro en la calle, en una plaza o en el fondo de un calabozo.

Entonces fué cuando el duque de Palinovsky recorrió el segundo tramo de la escala dramática que por su estirpe le correspondía. Anduvo algún tiempo entre Niza y Montecarlo, en la sociedad de los emigrados rusos, y cooperó como cualquier otro a la inútil tarea de organizar una contrarrevolución imposible. Las alhajas, vendidas de mala manera, se agotaron, claro es, muy pronto, y no tardó también en agotarse el recurso de los préstamos a cuenta. ¿A cuenta de qué? El duque de Palinovsky vió asombrado, por la primera vez en su vida, que su calidad de personaje principalísimo en la poderosa Rusia no le servía ni para tomar en préstamo un billete de cinco francos. Bajó más todavía. Pidió unas monedas para comer... y un día se encontró con la siguiente oferta, que su destino le brindaba: o robar o morir de hambre. Fué entonces cuando el duque de Palinovsky aceptó una plaza de camarero que un amigo le ofrecía:

La *Taverné Ruse* era un restaurante nuevo de la calle de Richelieu, próximo al bulevar, y su clientela, no obstante el título algo presuntuoso, se nutría principalmente de una sólida masa burguesa. Era lo que deseaba el dueño. El dueño aceptó complacido aquel camarero aristocrático, elegante y "auténtico príncipe ruso" que se le ofrecía, y confiaba en poderlo utilizar como reclamo de gran fuerza para su flamante establecimiento. Por lo

pronto, le hizo vestir el frac reglamentario, le puso una servilleta al brazo y le señaló, un poco al fondo de la sala, las cuatro mesas que le correspondían.

El duque de Palinovsky vió avanzar a un señor grueso, bajo de estatura y encarnado de rostro, el cual escogió la mesa más cómoda y aparte, como quien viene a comer de veras y a su gusto. Estreño... El duque salió a su encuentro con toda su magnífica estatura desplegada, con su semblante de una integral nobleza y aquel aire de rara

dad y glotonería. Y envidia. En la mirada lenta que le dirigió al camarero pudo leerse claramente el rencor del hombre que ha comprendido que allí los puestos estaban equivocados; que el camarero había nacido para que le sirvieran personas precisamente como él, como el grueso y colorado burgués que se colgaba al cuello la servilleta para comer más a gusto.

Por su parte, el camarero adivinó que el cliente, con la rapidez con que estas cosas se realizan, le había cobrado odio. Desde luego, la

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

elegancia que tanto hizo soñar a las mujeres de la corte de San Petersburgo, y que ahora mismo conseguía dignificar el torpe frac de munición que acababan de entregarle en la cocina.

El parroquiano le miró un buen momento con una cabal muestra de asombro, como un animal de casta inferior, un perro guarda ganado, por ejemplo, podría mirar a un ejemplar de casta selecta. El parroquiano pertenecía absolutamente a la especie de los hombres que desde los bajos rincones de la necesidad, de la brutalidad, han pegado un brinco gimnástico hasta la riqueza. Era un rico de arriba abajo. Seguramente un nuevo rico. Todo él rezumaba egoísmo, sensuali-

dad y glotonería. Y envidia. En la mirada lenta que le dirigió al camarero pudo leerse claramente el rencor del hombre que ha comprendido que allí los puestos estaban equivocados; que el camarero había nacido para que le sirvieran personas precisamente como él, como el grueso y colorado burgués que se colgaba al cuello la servilleta para comer más a gusto.

—Y pronto ¿eh? Porque no estoy para perder el tiempo.

El duque de Palinovsky, por una ironía de su desastrado destino, se puso a pensar nada menos que en la cena verdaderamente monumental que le ofrendaron sus camaradas la víspera de su casamiento. Aquella cena alcanzó proporciones que resultaron excepcionales hasta en el San Petersburgo de los bu-

los tiempos. ¿Por qué acordarse de semejante gloriosa orgía y de otros más humildes acontecimientos?

El caso es que el duque, captado por la distracción y con el alma lejos de allí, puso, sin fijarse en lo que hacía, la botella de vino blanco delante de su cliente. La botella, sin descorchar. Con una sonrisa oblicua, el parroquiano exclamó:

—Bien, ya está. Me ha traído usted la botella. Y ahora ¿quiere usted decirme, sin duda, que tengo que descorcharla yo?

—Perdón, señor...

El burgués colorado dijo:

—¿Es usted nuevo en el oficio?

—Tal vez...

De miedo de precipitarse, el duque de Palinovsky giró en redondo y se dirigió en busca del plato de ostras. Pero no le valía. No bastaba que él se propusiera ser circunspecto y desdenoso. El parroquiano le esperaba con los ojillos aviesos y el aire de quien desea aclarar cuanto antes la realidad de las respectivas posiciones. Esto es, que el señor al que había que servir era él, el hombre rico que estaba allí sentado, y que el otro, el de la majestuosa figura no era más que un pobre camarero.

Tomó el plato de ostras con las dos manos, las miró, las olió y, dejándolas más bien sobre la mesa dijo:

—Yo he pedido ostras de Marennes. Estas son portuguesas.

—Le aseguro, señor...

—¡Vaya usted en seguida y tráigame una docena de ostras de Marennes!

Cuando el camarero expuso su conflicto, el jefe de cocina, que andaba en aquel momento ocupadísimo, borboteó como un energúmeno:

—¡Dígale usted a ese cliente que no sea idiota! Estas ostras son de Marennes por todo lo que resta de día; así está convenido. Conque ya lo sabe usted.

—Pero ¿qué hago?...

—¿Qué hace usted? Ponerlas en otro plato, añadirles unos nuevos trozos de limón y contarle a ese imbécil cualquier historia. Mentir. ¿No sabe usted su oficio?

¡Mentir! El duque de Palinovsky había mentido a lo largo de la vida tantas veces, por lo menos, como los demás individuos de su clase. Se miente a la amada, y hay en esta mentira como un acto de piedad. Se miente al usurero. Se simula un estado febril cuando el general le pide a uno cuenta de la guardia que no ha sido cumplida. Pero mentir a un miserable, y mentirle para que nos perdone...

El parroquiano volvió a tomar el plato con ambas manos, las miró atentamente, las olió como antes, y declaró, con un acento de voz que cortaba:

—Perfectamente. Son las mismas ostras que me había usted presentado hace un instante.

—Le aseguro, señor...

—No asegure usted nada. Yo entiendo de estas cosas bastante más que usted. ¡Son las mismas ostras de antes! Ahora bien: como, por lo visto, no hay en el establecimiento ostras de Marennes, tendré que resignarme a tomar éstas, aunque sean portuguesas.

—Permítame que insista, señor.

El parroquiano no le dejó continuar. Se había sorbido ya, con indudable destreza, la primera ostra, y dijo sencillamente, con la boca

llena del fruto mucilaginoso.

—Para decir mentiras, querido amigo, hace falta un poco más de talento que el que demuestra usted.

El duque de Palinovsky recibió el ultraje como en cierta ocasión, siendo muy joven, recibió en una escaramuza de la guerra japonesa un golpe de metralla en pleno cráneo. Ahora también, como entonces, quedó inmóvil, aturdido, con una nube extraña sobre los ojos y una fría palidez que parecía absorberle toda la sangre de la cara. Se retiró unos pasos de la mesa y permaneció quieto, como ensimismado. Poco a poco, desvanecido el aturdimiento, volvieron a su mente las ideas, pero con una velocidad y una lucidez extraordinarias. Se puso a mirar al grueso parroquiano que estaba sacando su codicia de ostras, y observó con asombro que el cerebro del burgués se le aparecía como si en realidad estuviese construido de una materia transparente. Al mismo tiempo se veía su propio cerebro, tan transparente y accesible como estaba viendo al otro. Y vio que en las dos mentes no existía en aquel instante ninguna idea que no fuese común. Cada uno de los dos hombres no pensaba más que en el otro. Para aborrecerse. El duque leía claramente el odio en el alma del grueso burgués que estaba engulléndose las ostras, y veía agrandarse ese odio, hacerse macizo y duro, y astuto y refinado. Un odio inteligente y de un gran poder vengativo. ¿Por qué? Después de todo, por nada. Así habría pensado la generalidad de la gente. Pero el motivo era mucho más grave que todo eso.

El caso es que aquel hombre rico, aquel hombre que hubo de empezar de mozo de cochera, o cosa semejante, para ascender al puesto de millonario, por primera vez en su vida se encontraba pero de qué modo tan integral, enfrente de la cuestión difícil. Resultaba, pues, que el dinero no pronunciaba la última palabra en la vida. Poder, mando, dominio, sensualidades; esto lo daba el dinero, y, sin embargo, no lo daba todo.

Había otras cosas más contra las cuales el dinero era impotente. Aquel hombre rico sintió alguna otra vez la impotencia del dinero, como cuando asistía a una conferencia filosófica, a una exposición privada de pintura moderna o algo, en suma, que se refiriese a la inteligencia. Y ahora se encontraba con esta nueva limitación. La aristocracia. La nobleza. La casta. La distinción íntima y formal, absoluta, recóndita, inexorable, que hacía que en aquel momento pareciera que el camarero estuviese representando el papel de príncipe que accede a servir la comida a un mendigo en el día de contricción del Jueves Santo. En efecto, esta idea insidiosa pasó como un relámpago por la mente del grueso burgués, al mismo tiempo que el duque de Palinovsky recordaba que su padre, en el día de Jueves Santo, le obligaba, efectivamente, a lavar los pies y servir la comida a uno de los siervos de su casa.

Las doce ostras completas, una por una estaban ya en el vientre poderoso del parroquiano. Se limpió parsimoniosamente la boca con la servilleta, bebió un vaso cumplido de vino y señaló el plato con un gesto grosero.

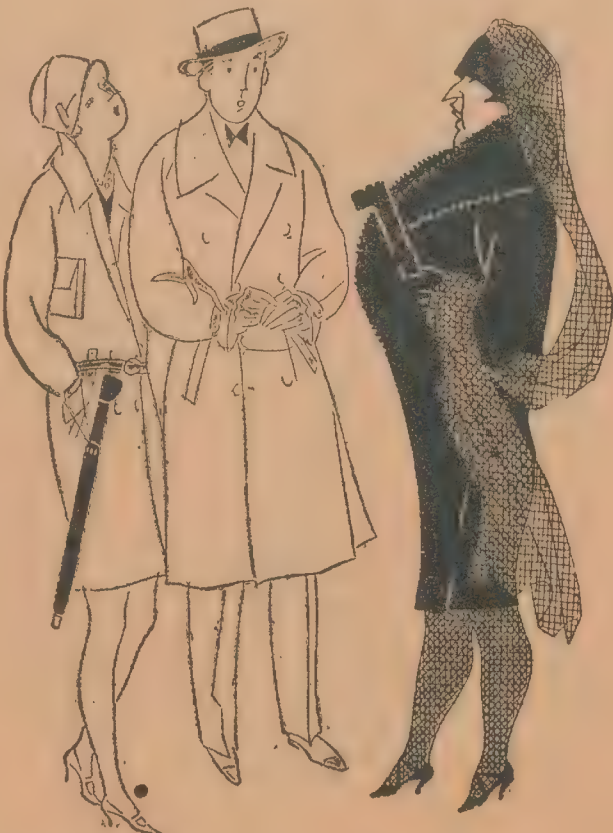
—Lleve esto.

Sacó del bolsillo su pañuelo de

seda y lo dejó caer. No hizo el menor ademán de querer levantarlo. Miró, al contrario, al camarero, como si le recordase su obligación y le dijese: ¡Hum! ¡Hate! ¡Agáchate hasta el suelo!

El duque encorvó su majestuosa estatura y recogió el pañuelo. Al entregarlo, las miradas de los dos hombres, próximas, casi tocándose en un cuerpo a cuerpo, se cru-

a la mesa, hubiese llegado humeante. Allí sólo se trataba de apurar el placer insensato de producir vilipendio, de descargar el odio turbio desde la impunidad de aquella silla en la que triunfaba el gordo millonario. La decisión fue repentina y en cierto modo inspirada. No bien puso el camarero el medio pollo sobre el mantel, tanteándolo



—¿Y hacía mucho tiempo que sufría su pobre esposo?

—Desde el día en que me conocí.

zaron hasta rechinar, no como espadas, sino como dos cuchillos.

—Y ahora trálgame a escape ese medio pollo. — Y añadió, cuando el camarero se alejaba hacia la cocina: — Pero que no le pase lo mismo que a las otras. Que no sea un pollo portugués...

Todo adquiría ya un carácter de lo inevitable. Hubiera sido igual que el pollo, en lugar de venir frío

primero con un dedo, el parroquiano dijo:

—Este es un pollo frío. Yo lo he pedido caliente.

—¿Caliente, señor?...

Ante la abrumada perplejidad del camarero, y para suprimir cualquier esperanza de capitulación, el parroquiano agregó con energía:

—Sí, caliente. Quiero un medio pollo caliente. Retire usted eso...

De nuevo se encontró el duque en la cocina con la facha bramadora del jefe, que en aquel preciso instante estaba más cargado de trabajo y con peor humor que nunca.

—¿Otra vez? — borbotó el energúmeno. — ¿Todavía no ha terminado usted con ese idiota? ¿Para qué quiere comer el pollo caliente semejante avestruz?... Bueno, ¿qué aguarda usted? ¿Quiere usted ser camarero con esa traza de atontado?... Meta usted el pollo en agua hirviendo y ¡duro con él! ¡Hágaselo tragar a ese imbécil!

También esta vez mientras el duque de Palinovsky volvía de la cocina con el medio pollo asado, tuvo un acceso de recuerdos juveniles de cuando la felicidad abría llantaba su vida victoriosa.

Se acordó del tiempo de estudiante en la Escuela Militar, y cómo en la ceremonia de final de curso, en presencia del zar, los nobles cadetes, al recibirse de oficiales, juraban con la mano en la espada portarse siempre con honor, aunque les amenazara la muerte.

El cuerpo inclinado con irreprimible elegancia, tendido el brazo con suavidad, el duque depositó sobre la mesa el medio pollo caliente. Empezaba a sentir en las sienes una viva pulsación que, al comprobarla, aumentó sus sospechas. Aquello adquiría todo el carácter de lo irreparable. Su ira contra el parroquiano, por ejemplo, pasaba al rango de un furor monstruoso e invencible. ¿Por qué no se decidía a machacarle la cara a puntapiés?...

—¿Qué me trae usted aquí? ¿El mismo pollo de antes?

—Atiéndame, señor...

—¿Por qué tengo que atenderle? ¡Esto es una porquería! ¿En qué barreño de agua sucia ha recalentado usted eso?

Y desde entonces todo sucedió precipitada y lógicamente, como obedeciendo a un impulso bien meditado y bien ordenado de la fatalidad.

—Señor, le aseguro que este pollo...

El gordo parroquiano no le permitió seguir. Estaba radiante de triunfo y más encarnado y orondo que al principio. Mas chato, más repugnante. Con una ferocidad burlesca en los ojillos vivaces. Por fin, se decidía a arrojar el ultraje definitivo:

—¡Amigo mío, lo que me está usted contando es una perfecta mentira!

El duque de Palinovsky sintió otra vez la impresión que recibiera en el cráneo al recibir el casco de metralla en la guerra contra los japoneses. Pero ahora la reacción fue rápida. La misma nube cayó sobre sus ojos; sólo que ahora la nube tenía el color de la sangre. Sobre el plato yacía un largo y puntiagudo cuchillo de trinchar. Lo empuñó rápidamente y se fue sobre el millonario. Alzó el arma...

Antes de que el brazo cayera en el impulso homicida, el duque de Palinovsky pudo contemplar todo el infinito horror de aquel rostro condenado a muerte. Era la propia imagen del espanto. Era un gran gesto desfavorido del hombre que se ha dado cuenta del instante trágico, y que comprende toda la superioridad hasta en la tragedia del enemigo que puede (que "puede") asesinarle. Y era la miseria vil, nauseabunda, del cobar-

COLOMBINA

I

¿En dónde estás, Colombina,
Con tu risa de cristal,
Envuelta en la serpentina
Del último carnaval?

Cuando pasaste triunfal
En la tarde diamantina,
Parecías la heroína
De algún poema oriental.

Al destaparse el champán,
Del brazo de otro galán
Abandonaste el salón.

Y Pierrot lloró la huida,
Cual si un puñal homicida
Hiriera su corazón.

POBRE PIERROT

II

Pobre Pierrot, que volviste
De aquella alegre reunión,
Con llanto en el corazón,
Y el alma triste, muy triste.

De Colombina tuviste
Amarga desilusión,
Y abandonando el salón
En la noche te perdiste.

Ven, y cántale a la luna,
Que tu queja es oportuna,
Dile quien fué tu rival.

Poderoso caballero
Substituyó al cancionero
Del amor sentimental.

V I C E N T E B O V E

de que teme la muerte y que suplica piedad. Que pide piedad al mismo enemigo al que cuatro segundos antes escarnece.

Hay movimientos que nadie en este mundo podrá jamás esclarecer; se hunden como misterios infinitos en el fondo de la interrogación cósmica. Así sucedió, entonces. ¿Fue la ira que se transforma en casco? ¿La violencia valerosa que tropieza con un sapo y siente, en el fracaso, deshacerse todo en una desesperada fatiga? Lo cierto fue que el cuchillo, apuntado sobre la garganta del gordo burgués quedó paralizado en el aire un segundo, para caer seguidamente sobre el pecho del propio duque...

Y el duque de Palinovsky, alto como un hermoso gigante, se desplomó en el suelo muerto.

La elección del Buda viviente.

Los tártaros budistas creen en una cantidad de Budas vivientes que offician como Grandes Lamas al frente de los monasterios más importantes. Cuando fallece uno de estos grandes Lamas, sus discípulos no se lamentan, pues están convencidos de que presto reaparecerá: ya ha nacido y es un tierno niño. La única angustia de los religiosos estriba en saber en qué lugar ha nacido.

Cualquiera que sea la forma en que se descubra el lugar de nacimiento del Buda, ya sea por su propia voluntad, como por un signo celeste, se erigen las tiendas, y los alegres peregrinos, conducidos la mayoría de las veces por los reyes o los príncipes ilustres, pónense en marcha, para recoger al Dios vivo.

Generalmente, nace en el Tibet, la tierra santa, y la caravana debe atravesar los desiertos más inhospitales antes de llegar ante el Gran Lama. Cuando se encuentra al niño, los peregrinos humillan y le adoran.

A continuación, antes de reconocerle como el Gran Lama en busca del cual han ido, se le obliga a revelar su identidad. Se le hace soportar un interrogatorio sobre el nombre del monasterio, en el cual piensa residir, sobre la distancia a que se encuentra y sobre el número de monjes que en el santo lugar pueden residir; debe describir, además, las costumbres del Gran Lama difunto y la forma en que falleció. Luego se le presenta una serie de objetos, libros de plegarias, tazas y demás útiles, de entre los cuales sacará aquellos que usó en su existencia anterior. Al cabo, en triunfal procesión, se le conduce al monasterio.

El jefe de todos los Lamas es el Dalai Lama, de Lhasa, la Roma del Tibet. Se le mira cual si fuera un dios viviente, y, en cuanto fallece, su espíritu divino e inmortal también renace en un niño.

Según ciertos relatos, la búsqueda del Dalai Lama se asemeja a la del resto de los Budas ordinarios. Otros hablan de una elección por lotería. De cualquier manera, el lugar donde nace el Lama se cubre con una abundante y lozana vegetación; florecen los árboles, alégrase el agua de las fuentes, y

VESPERTINA

En un milagroso alarde de rendición y fracaso, se desangró en el ocaso el corazón de la tarde...

Y el cielo — que se teñía de aquella púrpura todo — hízolo así de tal modo que un incendio parecía.

Pero a poco desteñía tanto subido arrebol, (que no era más que del sol reflejo de su agonía...

Pues ya la noche tendía su manto de oscuridad, y la diáfana eternidad sus lampadarios prendía).

El cielo ahora fulgía como un capilla ardiente bajo la plata caciente de tanta estrella que ardía.

Y dominaba el confin el lucero de la tarde, cual una pupila que arde fúlgida siempre, hasta el fin...

Cuando asomóse, importuna, con su belleza esplendente — por el balcón del Oriente la blanca faz de la Luna: —

Silencio en la paz astral hizo entonces profundo, y quedó dormido el mundo bajo aquel blanco fanal...

ISIDRO ALVAREZ

los favores celestes derrámanse en torno, gracias a la presencia del divino niño.

Su palacio se levanta en una altura desde la que se dominan los contornos. Desde el camino, y a la distancia, colúmbrense sus doradas torres. En 1661 o 1662, los padres Grueber y d'Orville, que regresaban

de Pekín rumbo a Europa, pasaron dos meses en Lhasa para aguardar una caravana. En su relato recuerdan que el Gran Lama era adorado cual si se tratara de un dios viviente, que recibía el título de Padre Celeste y Eterno, y que había resucitado siete veces de entre los muertos.

CAVILACIONES

(Del libro que, bajo este título, acaba de aparecer)

El número de los amigos y enemigos está en relación a la superioridad del carácter y de los principios. Lo dúctil atrae, lo sutil rechaza.

La amistad es un sentimiento interesado, obedece generalmente a la conveniencia. Cuanto más útil es el amigo tanto mayor será el número de los que aspiran a considerarse en esa categoría. Es como el alimento, satisface una necesidad, si no nutre se rechaza, se repudia o es indiferente.

Es amigo el que difiere con nuestro pensamiento o coincide, toda vez que esa contradicción o coincidencia sea razonada. Y enemigo, el que acepta nuestro criterio sin mayor fundamento, esperando astutamente la oportunidad para obtener un beneficio de nuestros errores.

Puede inspirar amistad un sujeto social, económica, política o intelectualmente superior a un ser mediocre, pero aquel sólo tendrá para éste, agradecimiento por su admiración o tolerancia por su obsecuencia. Al inferior esa vinculación lo seduce, siendo una de las tantas manifestaciones de la vanidad y le es útil, porque el superior es generoso con lo que no le conviene y de esto beneficia el amigo.

Entre personas de igual condición y calidad, existe el compañerismo que perdura mientras se mantengan equilibradas las atenciones y consideraciones recíprocas.

La amistad de la mujer y el hombre es la única que puede ser leal, porque se halla idealizada por un sentimiento fronterizo al amor.

La gran amistad como el gran amor no adula, todo lo contrario, critica, corrige severamente, anhela la perfección, evita los abismos a los que conscientemente arrastran los amigos que ignoran lo que significa ese sentimiento y los amantes que tienen una falsa idea del amor.

Las amistades y vinculaciones se adquieren y se estrechan especialmente en las mesas de juego. Las apuestas importantes aumentan la consideración y respeto de los amigos. Es un signo de distinción esa despreocupación por el dinero y revela clase. Es un bien nacido, agregan los seducidos por ese derroche de lo propio, cuando no de lo ajeno.

Modalidades de la amistad.

El amigo desinteresado que encara el sentimiento de la amistad con el culto del convencimiento, se cree obligado a revelar los comentarios que mortifiquen, a veces hirientes, que afectan hondamente, destruyendo un cariño o amargando una existencia confiada y feliz. No se conforma con tener que reservar el chisme o la especie difamatoria y menos averiguar su procedencia, es un deber hablar, lo impone la preocupación por el honor y la felicidad de su buen amigo. Así interpreta la amistad.

SYLLA MONSEGUR.



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas.

COMPANÍA ITALO ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

Los descubrimientos extraordinarios de Sir Yagadi.

En los círculos científicos de Londres se habla mucho de un nuevo y sensacional descubrimiento que ha hecho el famoso biólogo indostánico sir Yagadi Chandra Bose.

Hace algún tiempo, este eminente sabio estuvo en Londres y en París y realizó unas experiencias extraordinarias acerca de la sensibilidad de las plantas.

En la Sorbona de París probó que las plantas poseen no sólo un torrente circulatorio análogo a la circulación sanguínea de los animales, sino una sensibilidad nerviosa netamente característica.

Con la ayuda de una máquina eléctrica ingeniosísima, y cuya sensibilidad sobrepasa todo lo inventado hasta ahora en la materia, hizo una serie de experiencias con la mimosa, planta que embriagó, durmió y despertó, como si se tratara de un ser humano.

Sir Yagadi dijo en sus conferencias que tanto en el músculo del hombre como en la raíz del vegetal más humilde hay una inmensa vida nerviosa de propiedades comunes.

Y, según las revistas científicas indostánicas el gran biólogo ha probado, de una manera definitiva, que una varilla de metal, es decir, un cuerpo privado de vida, según los principios establecidos hasta ahora, está sujeto a las mismas reacciones que el hombre, el animal y la planta.

Esta varilla de metal sufre fatiga y puede caer en un profundo sueño, igual que los diversos representantes de los otros reinos de la Naturaleza.

Recientemente ha estado en el sur de África una expedición americana compuesta por los naturalistas Ernesto Cadle y Jorge Mc. Ceal, a los cuales se unieron en Cape Town A. J. Goodwin y Donald Bain, del Museo de Historia Natural de esta última población.

Después de haber atravesado el río Orange y de pasar unos días en los pueblos que se encuentran a orillas de este río, en el que tantas curiosidades se reflejan, llegaron a la tribu de Bushman, pueblo eminentemente cazador y cuyos moradores son el terror de los pueblos comarcanos.

Durante su estancia en esta tribu obtuvieron notas de gran interés.

Un bushman no se lava jamás; la primera ablución de un niño recién nacido es con grasa y cuando es mayor acostumbra a seguir untando su cuerpo con un aceite especial, preparado de modo que le inmunice contra la picadura de los insectos. No usan vestidos y únicamente suelen tapar sus desnudeces con una piel o un trozo de tela de escasas dimensiones. Habitan en tiendas de campaña, las cuales, en las épocas de lluvia, suelen cubrir con varias capas de hierba, dispuestas de modo que puedan escurrir bien las aguas por ellas.

Varias de estas tiendas forman el *werf* (conjunto de viviendas), y en él suelen habitar de tres a cuatro familias. Fuera de este atisbo de colectividad estos pueblos viven en el más feroz individualismo; ni tienen autoridades, ni leyes y cada individuo se rige sólo por su capricho.

La vida es muy dura para el bushman. La escasez de alimento, motivada por el desconocimiento de las prácticas agrícolas, hace que estos indígenas lleven una vida casi de ferocidad. El individuo más fuerte aísla al más flojo; el más joven asesina al más viejo. Las hienas, los chacales y los leopardos se encargan de consumir esta selección de los miembros de la tribu. Pocos de los niños que nacen sobreviven y son más deseadas las hembras que los varones porque a éstos no es extraño verlos desaparecer en algún *werf* de los pueblos vecinos, en tanto que las hembras se estacionan al lado de los padres a los cuales, si se casa, tiene que mantener el marido.

El casamiento entre estas gentes no es acontecimiento que lleve consigo muchas ceremonias.

Escogida la muchacha, el futuro esposo marcha a la tienda de los padres de aquélla a hablar de la cuantía de la dote. Cuando se ha convenido en esto, vuelve a su tienda, come enormemente, y cuando está ahito se duerme. Al día siguiente, con el alba, se levanta, sigue el primer rastro de gacela que encuentra y cazada ésta la lleva a los padres de su futura como testimonio de su habilidad para cazar y proveerse de alimento. Entonces toma a la muchacha y se la lleva a su tienda. Esta es toda la ceremonia.

Aficionadísimo a la caza, el bushman utiliza armas primitivas como arcos y lanzas para dedicarse a ella. En el manejo de estas armas se ejercitan desde muy niños. Una habilidad especial de es-

Una expedición al sur africano

(En la tribu de Bushman)

te pueblo es la de cubrirse el cuerpo con hierbas para parecer como formando parte del campo y así estar al acecho de las piezas que quiere cobrar. Las presas que los leones hacen, las aprovechan los bushman para alimentarse.

Por este motivo consideran al león como un auxiliar y nunca le atacan, excepto cuando parte de éste la agresión.

Las danzas con que festejan la

Las carnes las comen crudas o a medio condimentar en toscas vasijas de barro que les venden los ovambos con las cuales comercian en pieles; son muy aficionados a los tuétanos y para conseguirlos trituran fuertemente los huesos.

Sin prácticas de higiene, el pueblo bushman se ve con frecuencia diezmado por las enfermedades. Los insectos, que a bandadas pululan por aquellos lugares, hacen

ploradora, lo más que pueden lograr es que no les ataquen, que les acojan solo con recelo. Criados para la lucha, para vivir en el estado más primitivo que imaginarse puede, natural es que ese recelo se acentúe y que no vean sino enemigos por todas partes.

La expedición americana, sabedora de estas características de los bushman, lograron que los exploradores llegasen felizmente hasta aquellos. Sumamente pintoresco es el relato hecho por los expedicionarios de esta llegada. A la entrada de los caseríos, un conjunto de pequeñuelos, sucios y malolientes, se ejercitaban en tirar con arcos sobre los hitos colocados a determinada distancia. Cada blanco hecho era acogido con fuertes carcajadas y con golpecitos dados sobre la espalda del afortunado por los hombres que en grupos descansaban en animados corros.

Al llegar los americanos, los hombres apenas si dieron muestras de haberse enterado de su llegada; en cambio, los chiquillos corrieron desahoradamente a ocultarse en los "werfs".

Los ovambos, que ya habían hecho las gestiones necesarias para el buen éxito de la empresa, lograron que les dejasen alzar su tienda a las afueras del poblado, algo alejados de los "werfs", pues el mal olor era espantoso y los mosquitos se levantaban formando una espesa nube.

Provista como iba la expedición, de un gramófono y de golosinas, pronto logró atraer la atención de los niños los cuales rodeaban entusiasmados a los expedicionarios.

A poco, eran los hombres los que curiosaban también y entraban en amistad con ellos hasta el punto de permitirles acompañarles en sus expediciones cinegéticas y de dejar que fotografiasen a sus mujeres, aun cuando para esto pusieron por condición el que había de ser a las solteras, pues las casadas tenían ya su dueño y éste sufría en su prestigio si se llevaban la figura de su compañera.

Como armas defensivas del bushman figuran en primer lugar el arco, hecho de ramas toscas y de cuerdas de hierbas tejidas de un modo especial, pero utilizan también lanzas, puñales y lanzas de cobre y de hierro, trabajadas rudimentariamente.

Aun cuando el principal alimento es la carne cruda, la cual comen preferentemente de los animales en descomposición, gustan también de hacer tortas de maíz y de tubérculos, que comen crudos.

Las comidas que los expedicionarios hicieron, todas a base de conservas, les llamaron la atención sobremanera; invitados dos indígenas a comer con ellos, su asombro no tuvo límite cuando les presentaron el conjunto de platos y tenedores con que se auxiliaban, pues jamás creían que para llevar a la boca el alimento se necesitase otra cosa que las manos.

Los pequeñuelos y las mujeres no se mostraron muy enemigos de probar lo que los blancos les ofrecieron, en particular las segundas, aficionadísimas a los dulces. También se entusiasmaron con las diferentes clases de perfumes de que la expedición iba provista.

GRATIS!...

Mandamos por correo nuestro nuevo CATALOGO de

LIBROS DE TEXTO

de Enseñanza Secundaria, Normal, etc. Sus precios son los más ventajosos de plaza.

Pedirlo a la Librería J. LAJOUANE y Cía. - Bolívar, 270.

caza abundante son un remedo de las distintas fases de aquélla.

Durante ellas saltan y corren como las fieras, imitando sus acometidas o bien imitan a las aves, y quieren dar a sus movimientos la ingravidez del vuelo de éstas. Cada bailarín se identifica con un animal determinado al que procura imitar cumplidamente.

verdaderos estragos en estas gentes selváticas, que gustan de la independencia aun cuando ésta implique el vivir casi como las especies inferiores.

Estos pueblos, independientes, sin autoridad, no establecen lazos de unión con otros indígenas, y mucho menos con blancos. Si éstos llegan a los poblados en misión ex-

LA ADIVINADORA

Era del dominio público que la sonámbula señora Omega lo veía todo, y adivinaba el porvenir.

Debido a esto, su gabinete de consulta hallábase casi siempre lleno de clientes, mujeres en su mayoría. Mi esposa, en cuanto yo le indiqué que me interesaba hacerla una consulta, me animó a verla.

—Sus señas son — me dijo — calle de Biraveux... número 18. La conocerás porque tiene una nariz extraordinariamente larga.

Ogí un "taxi" y me dirigí a su domicilio; apenas puse el dedo en el timbre de la puerta, ésta se abrió como por encanto y me hallé en una especie de recibimiento con pretensiones de salón. Un loro, que se hallaba colgado en un rincón de la estancia, me envió su saludo:

—Uno, dos, tres cuatro... un caballero que trae dinero.

Y como para dar a entender que aquel loro no carecía tampoco del don de adivinar, hizo su aparición una doncellita, modestamente vestida, que me advirtió que el precio de la consulta eran cinco francos y que debían darse adelantados. Los entregué sin rechistar e inmediatamente fui conducido a presencia de la pitonisa, adivinadora y sonámbula señora Omega.

Ya delante de ella, hice una reverencia y la indiqué:

—Hace dos días que vengo re-

ribiendo anónimos bastante amenazadores. Deseo que me indique usted el nombre, o al menos, el domicilio de la persona que me los dirige.

La señora Omega se caló las gafas y me dijo:

—¡Oh! Esa pregunta no es tan fácil de contestar como parece a primera vista. Venga usted conmigo.

Y acto seguido bajamos a la calle, montamos en un "taxi" y nos encontramos al poco tiempo en el extremo opuesto de París.

—Pague al chófer — me dijo.

Entregué a éste los veinticinco francos, importe del trayecto. Después subí hasta la casa donde nos había dejado el auto.

Ya en el descansillo de la escalera, la señora Omega me dijo:

—Vamos a casa de una amiga mía que es una adivinadora formidable.

La adivinadora formidable nos recibió muy amablemente, y después de hacerme pagar diez francos, importe de la consulta, me interrogó acerca del motivo de mi visita.

—He recibido unos anónimos, y deseaba saber quién los ha escrito.

—¡Oh, eso es imposible! — me contestó. — Leo el presente y leo el porvenir; pero, aparte de que no sé leer, del pasado no adivino una palabra...

Juan B. STTIA.

UN ARTISTA JOVEN Y DE SÓLIDOS PRESTIGIOS

Esteban Serrador Mari

Como manifestación colectiva que puede testimoniar grandemente el afecto intenso que experimentamos por las cosas de España, el favor que se le dispensa en Buenos Aires al teatro español, es de una elocuencia convincente.

Nos referimos al buen teatro español, al de Benavente, Martínez Sierra, Linares Rivas, los Quintero, etc.

Anualmente con las visitas de excelentes compañías cultivadoras de este género, se repite este fenómeno halagador de llenos completos y de aplausos sinceros.

Entre los conjuntos que practican el repertorio a que hacemos referencia y que tanto agrada a nuestro público, hay uno que merece destacarse: el de Serrador-Mari.

En un número anterior, publicamos un reportaje a la interesantísima Nora Serrador, y hoy nos ocupamos de Esteban Serrador, hermano de aquélla, quien en poco tiempo ha sabido conquistar el aplauso de nuestro respetable.

Nos recibe en su residencia. Mientras esperamos breves instantes nuestra mirada recorre complacida los detalles del mobiliario de esta elegante salita íntima; adornada con tapices antiguos, marfiles, entre los que se destaca un hermoso Cristo de la Colonia, bronce, medallones, etc., testimonio claro del buen gusto de los moradores; en las paredes innumerables fotografías de artistas y autores conocidos.

Un instante después tenemos oportunidad de cambiar breves palabras con sus padres, los esposos Esteban Serrador y Josefina Mari que llegan en ese momento. ¡Simpática pareja! Ante ellos se experimenta inmediatamente una admiración respetuosa por la labor artística realizada a través de los años, y por el recuerdo de los éxitos obtenidos.

Esteban, apareciendo con su sonrisa habitual nos invita a iniciar la conversación que momentos después se troca en simpática plática de camaradas.

Charlando se llega a apreciar al hombre antes que al artista, el que da la sensación de persona exquisitamente culta, un perfecto "causanteur", que se expresa sin afectación y que habla de sí mismo con extremada modestia.

Dice, entre otras cosas, que, nacido en Chile, su vida ha sido siempre ambulante, su escenario el de todos los pueblos de América, sus estudios, de nómada también, habiendo llegado a cursar hasta el primer año de abogacía. El teatro le atrajo siempre, y siguiendo a sus padres y alentado por ellos se dedicó de lleno a este arte. Comienza a referir sus primeros pasos en la escena, diciendo:

—Debuté en Perú, hace cosa de 11 años, tenía yo en aquel entonces 14. Se me encomendaban roles de pajecillos o papeles por el estilo. Así seguí algunos años, hasta que a los 18 se me destinó a galán y sigo siéndolo hasta ahora...

—¿Proyectos para el futuro?

—Ninguno definido, y muchos por planear, tantos como ilusiones. Recorrer Europa, porque aunque no quieran creerlo, no conozco nada del viejo mundo.

—¿Cuál es su público predilecto?

—Los de Buenos Aires y Cuba.

—¿Tiene mucho aprecio por su carrera?

—Mucho... Seguiré en la escena a menos que un fracaso inesperado y grande me obligara a lo contrario.

—Y suponiendo se realizara esa probabilidad remotísima, ¿a qué se dedicaría?

—Le agradezco la confianza que me tienen, — contesta. —Ballarín

lo bueno que en España se produce. Mantengo activa correspondencia con Benavente, a quien considero el mejor autor teatral desde hace mucho tiempo, y por mucho tiempo.

—Y de la acción renovadora teatral que en Italia se viene esbozando, ¿qué opina?



ESTEBAN SERRADOR MARI

de un cabaret en París o alguna ocupación de esa índole. Pero bromas aparte, abrazaría otro arte: la música, la pintura; tengo afición por ellas también.

—A ver... Cuente sus habilidades.

—Nada de particular... Toco un poco el piano y la guitarra y pinto malamente algunos monos.

—¿Lee mucho?

—Todo lo que puedo, y, sobre todo, teatro francés, amén de todo

—La considero una realidad, pero creo que el teatro pirandelliano es solo una fase inicial de una gran transformación artística, y puedo asegurarle que Benavente está produciendo algo análogo, y que constituirá puntales importantes en los cimientos de esta escuela modernista.

—¿Qué actores y actrices prefiere?

—De los nacionales Casaux, me parece el más completo; de los es-

pañoles, Vilches. Entre las actrices argentinas Camila Quiroga, que es, indudablemente, una artista de mérito, y Pierina Dealessi, que tiene algunas caracterizaciones sencillamente formidables. De las españolas: la Xirgú.

Esteban nos ofrece un Abdulla, pero nuestros ojos tropiezan con la caja "María Guerrero", sobre el "bahut" y que habla de habanos perfumados y de azuladas volutas. Al sorprender nuestras miradas se sonríe y dice:

—No, no son puros; ojalá lo fueran; son algo peor, son "puras"... puras cartas...

—De admiradores, suponemos, pues siempre las mujeres han tenido especial predilección por la literatura epistolar.

—¿Literatura?... No; es, precisamente, lo que falta, lo mismo que la caligrafía y ortografía, ausentes por completo en la mayor parte de ellas. Pero doblemos la hoja si les parece...

—Como le plazca. ¿Recuerda alguna anécdota interesante, por ejemplo, algún accidente de la vida teatral?

—Nada, y esto es lo desesperante. Siempre mimado, he visto realizarse todas mis pequeñas ambiciones, sin obstáculo de ninguna especie. Créame que esta monotonía exitosa me enerva, necesito luchar, mi espíritu bohemio me lo exige... luchar... en fin, movilizarme.

Largo rato permanecemos aún con Esteban, hablando de diversos temas, hasta que la hora, un tanto avanzada, obliga a despedirnos llevando el cronista una impresión superior de la espiritualidad y cultura del entrevistado, junto a quien los minutos pasan veloces...

Roberto O. LANFRANCO.

Los descubrimientos de Glozel.— Nuevos hallazgos

En estos últimos días han sido encontrados en los famosos descubrimientos arqueológicos de Glozel numerosos objetos y restos de un inmenso valor para la arqueología; entre los que figuran anillos, puntas de flecha, signos ideográficos intraducibles, una placa de piedra con dos agujeros, un ladrillo recubierto de misteriosos caracteres que no se parecen a ninguno de los alfabetos actuales, una especie de amuleto, dos dibujos que representan cabezas de ciervos y algunas otras cosas curiosísimas.

Los sabios que han tomado parte en estas exploraciones están conformes en que no se trata de una superchería, pero no se han puesto de acuerdo acerca de la época a que pertenecen los objetos en cuestión.

Algunos de ellos dicen que son del período neolítico, y otros, que del período magdalense.

Sin embargo, uno de ellos, M. Julian, afirma que datan del tercer siglo de la era cristiana.

CANTO DE LOS VENCIDOS

Me ha pedido mi Señor, que mientras esté yo al lado del camino, cante la canción de la Derrota, la novia que El ama en secreto.

Ella se ha echado el velo oscuro, y esconde su cara a la multitud, mas su joya brilla en la sombra, sobre su pecho. Es la abandonada del día; pero la noche de Dios la espera con sus lámparas encendidas y sus flores empapadas de rocío.

Ella está callada, con los ojos bajos. Dejó su casa, y el viento trae el lamento de su casa; pero las estrellas están cantándole el canto del amor eterno y su cara dulce de vergüenza y de dolor.

Se ha abierto la alcoba solitaria. Han llamado. Y el corazón de la sombra late de prisa, sobrecogido por la hora, que llega, de la cita.

Rabindranath TAGORE

EL KIMANGA

(COSTUMBRES DE MADAGASCAR)

...Mi "boy" Rabezavane, temblando como un junco, vino a despertarme.

—Ven a ver — me dijo.

Hace treinta años de esto. La insurrección de los "Fahavalos", en Madagascar, estaba en todo su apogeo, y varias veces ya algunas bandadas de pillos, capitaneadas por un individuo que llevaba el mismo nombre que mi "boy"—de quien era primo, más o menos lejano, según he sabido después—había pasado no lejos del pueblo de Apaurimbé, donde yo tenía una plantación de vainilla.

...Me levanté y fui a coger mi fusil, como era natural; pero teniendo cuidado de no encender ninguna luz para no atraer la atención de los de fuera. Yo sabía dónde estaba el arma: en el lado nordeste del cuarto, cuyas dos ventanas se abrían al norte. Perdonadme la manera de señalar, pero se me ha pegado la costumbre malgacha de determinar la situación de los objetos por su orientación, en vez de decir a derecha o a izquierda" como cualquier europeo que se respeta.

Abrí una de las ventanas y salté por ella a la galería que daba vuelta a la casa, llevando los pies descalzos para no hacer ruido.

—Es allí, en el cementerio — susurró Rabezavane. — ¡Mira!

No era la tropa de bandidos que yo esperaba ver, sino una simple sombra, allá lejos, que bailaba incesantemente, con todas sus fuerzas, sobre una tumba. El caso me pareció sencillamente divertido.

—Bueno, ¿y qué? — dije yo a Rabezavane. — ¿Y para eso me despiertas?

—Es que es sobre mi tumba — dijo él sin dejar de temblar.

—¿Tu tumba?

Sí, era la suya, o, mejor dicho, la de su familia: de su padre, de su madre y de todos sus antepasados. Se halla mezclada con otras; pero él conocía muy bien su sitio y su forma: era un gran cubo muy semejante a un dolmen bretón, hecho con cuatro piedras enormes. Todos los años Rabezavane hacía abrir esa tumba para llevar un puñado de arroz a sus muertos y una botella de "betsabetsa", que es una especie de vino de caña de azúcar... Y después "mudaba" a sus muertos, quiero decir que los envolvía con una pieza de tela nueva.

Me encogí de hombros y cerré la puerta de la ventana haciendo el mayor ruido posible. Eso bastó para que el bailarín dejase el campo. Le vi a través del cristal, que corría como un gamo.

—Ya lo ves — dije yo a Rabezavane — se trata de un idiota o de un loco. No tiene importancia.

—Ni idiota ni loco — contestó él — sino un hechicero.

—¿Y qué persigue con eso?

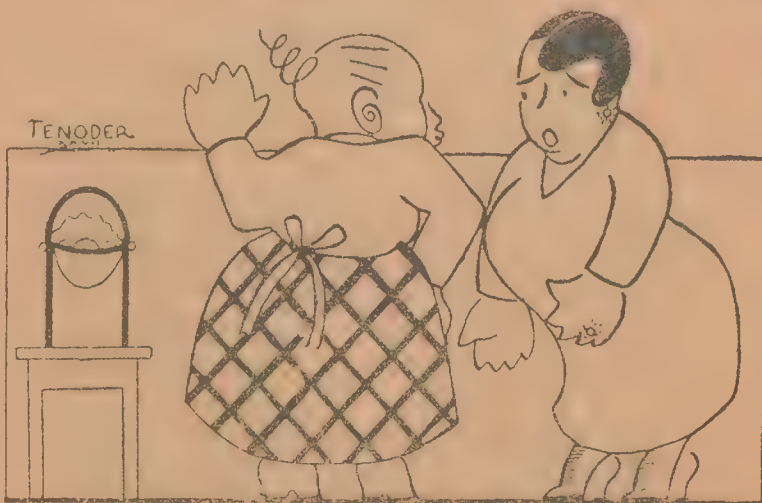
—¡Fastidiarme!

Es la traducción aproximada de la palabra malgacha. Y a continuación Rabezavane me contó una historia desconcertante... Había ocurrido que, su primo el capitán de bandidos, le había pedido que ingre-

sara en su banda o que le abriese al menos por la noche la puerta de mi casa. A lo que él se negó. Y entonces el primo se aseguró los servicios de un hechicero para que fuera a bailar sobre la tumba de la familia de Rabezavane.

—Pero, bueno ¿y para qué?

—A los muertos les disgusta eso



—¡Pero, ama! ¿Cómo pone usted la cuna del niño encima de la mesa?

—Es que así le oigo cuando se cae al suelo.

—explicó Rabezavane. — Papá y mamá no pueden estar contentos... El hechicero quema unas cosas que huelen mal y eso les molesta. Y a mí es a quién harán responsable. Moriré o me ocurrirán grandes desgracias.

—¿Y por qué no al hechicero, que es quien les molesta?

—Mis muertos son míos, nada más que míos, y yo soy quien tiene obligación con ellos.

—¡Bien! ¡Bien!... Pues, mira, si vuelve ese individuo, avísame.

El asunto, en fin de cuentas, me parecía simplemente estúpido. Pero me desagradaba que un animal de hechicero se divirtiese haciéndole perder la cabeza al imbécil que yo tenía a mi servicio... Y

así cuando volvió la sombra y reanudó el baile sobre la tumba, le envié un tiro de escopeta cargado con sal gorda. ¡En plena espalda! La sombra lanzó un grito que me demostró haber hecho blanco, y desapareció.

Rabezavane me miró de un modo en el que había tanto de temor como de admiración. La admiración era por mi temeridad. El temor, por las consecuencias que pudieran originarse. Porque parece ser que cuando un hechicero os ha echado un sortilegio hay que recurrir a otro hechicero para deshacer el sortilegio, pero no atacar al autor del hechizo. De otro modo, sobreviene algo malo.

Ya supondréis que yo no creía en esas tonterías. Pero una mañana encontré a mi mulo, un precio-



menester que le rompa el alma. Díme quién es.

Me contsetó que no lo sabía. ¡Mentira evidentemente! Y que lo mejor era — lo que me parecía contradictorio con aquella mentira — que tratase de arreglarme con el asesino del mulo, porque si no las cosas irían más lejos.

—Déjalas que vayan — le dije yo; — eso es cosa mía...

Y adrede, durante varias noches seguidas, dejé la puerta de la cocina sin char la llave y me oculté en un rincón.

Esa cocina era un pequeño pabellón separado de la casa. Las primeras noches, nada. Comenzaba ya a cansarme de hacer la guardia inútilmente. Al fin, una vez, a eso de las dos de la madrugada, sentí el pestillo de la puerta que giraba suavemente. Rabezavane — a quien yo obligaba a velar conmigo — me tocó la mano en silencio. Dejé pasar un minuto que me pareció interminable, y después encendí un fósforo. Vi entonces una forma desnuda inclinada sobre el saco de harina. En Madagascar, como todo el mundo sabe, los cocineros son muy aficionados a hacer pastelillos fritos con grasa. Di un salto y grité:

—¡Ah, bandido! ¡Ya te cogí!

Fué el mayor asombro y la mayor repugnancia que he experimentado en mi vida. El "bandido" era una mujer, una horrible vieja, desnuda como una lombriz y toda untada de aceite. Se me escurrió de las manos como una anguila. Grité a Rabezavane:

—¡Cierra la puerta con llave! ¡No la dejes huir!

¡Sí, sí! El hombre se quedó inmóvil como un poste. Creo que le faltó poco para abrir la puerta en vez de cerrarla. De todos modos, tuve tiempo suficiente para coger unas tenazas y tirárselas a la bruja con toda la fuerza de que soy capaz. Estoy seguro, absolutamente seguro, que le rompí el brazo; pero no lanzó un grito, a pesar del dolor, y si perdió el sentido sería en la obscuridad. No había nadie ni en la cocina ni en el patio ni en ninguna parte, como si yo hubiera soñado.

Pero, no: no había yo soñado: allí estaba el saco de harina. Lo vacié cuidadosamente, y por la mañana eché unos puñados a dos o tres poll@s. Los pollos murieron inmediatamente.

Hice buscar por todo el pueblo a una mujer vieja que debía tener el brazo o el hombro estropeado. Nadie había visto nada, naturalmente. No me quisieron dar ninguna noticia. Y en el pueblo no faltaba nadie. Es probable que la hechicera marchara a reunirse con la banda de los Fahavalos. ¡Buen viaje! Pero, a pesar de eso, durante mucho tiempo no pude reprimirme de sentir cierta inquietud al tomar la menor cosa, una simple taza de café. Y eso que yo mismo me hervía el agua y que, para mayor precaución, hacía tomar la primera taza a mi excelente "boy" Rabezavane.

LA ALEGRIA DEL VIVIR

El semblante jovial en que se refleja la dicha es un don indistintamente propio del pobre y del rico: del joven y del viejo. Todos pueden ostentar ese don, todos pueden complacerse en él.

Esperanza, jovialidad y alegría: Derramadlas por doquiera que vayáis, como rosas por vuestro camino. Dadlas a cambio de rencores e insidias y troncadlas por burlas y quejas. Comunicadlas por la mañana a vuestros compañeros, volved con ellas a vuestra familia. Infundidlas al enfermo y al afligido.

Si tal hacéis, vuestra existencia será plena de "la alegría del vivir".

M. BRYAN

PIERRE MILLE.

Secretos y anécdotas de juego

LA ÚNICA VEZ QUE GANABA SARA BERNHARDT ERA "LEVANTANDO UN MUERTO". — VENTUROSOS Y DESGRACIADOS; ALTOS PERSONAJES Y VILES PICAROS

Pocos reyes y príncipes hay que no sacrificuen de vez en cuando a la diosa Fortuna de una manera u otra; si no en el Casino, en el turf o en una partida de cartas.

El príncipe de Gales es partidario también de pasar en un Casino alguna noche, y yo lo he visto en los de Biarritz, Deauville y Le Touquet. Lo he visto jugar al "bacarat" con insospechada competencia. Pero el príncipe es un jugador consciente. No es un jugador afortunado, y rara vez se levanta de la mesa con ganancias que merezcan la pena.

No hay duda de que siente la emoción del "bacarat" y la ruleta; pero juega como caza, cuidadosamente, conscientemente y como hombre de "sport". Más bien es pesimista ante la mesa de juego, y yo he visto iluminársele la cara de sorpresa, rayana en asombro, cuando le he pagado en vez de retirarle la postura.

No obstante, el príncipe parece siempre fuera de lugar en un Casino. Su cara, casi infantil, contrasta fuertemente con las de la mayor parte de los empedernidos. Siempre se asemeja a un muchacho de Eton empleando de modo inconveniente la libertad de una vacación.

El príncipe se destaca siempre dondequiera que va; pero en un Casino no encaja completamente. Su temperamento y su personalidad pertenecen al deporte, al aire libre y no a la devoción por la ruleta o por la mesa de "bacarat".

Desde luego que Casino en que entra su alteza real Casino en que se produce gran movimiento de expectación, y en que la concurrencia cosmopolita lo sigue en sus movimientos de mesa a mesa con pertinacia que debe ser poco agradable si no francamente enojosa. Aunque sin duda advierte que se espía y vigila todo movimiento suyo, el príncipe de Gales despliega indiferencia asombrosa ante las punzantes miradas de los extraños se ha acostumbrado a proceder como ignorante de las inquisitivas miradas que le rodean.

Siempre que visita casinos procura mezclarse con la multitud; pero, por desgracia para él, jamás consigue ser "uno de tantos".

La llegada de la realeza a un Casino suele suponer para éste no poco, porque tan pronto como se sabe que un rey o un príncipe está presente acude a la mesa en que se encuentra infinidad de personas, muchas de las cuales apuntan sencillamente porque el príncipe apunta.

Yo he visto, cuando el príncipe de Gales estaba en una mesa, cincuenta o más jugadores seguir atentamente todos sus movimientos; apuntar como él apuntaba, y, por regla general, perder como él perdía. La multitud, cualquiera que sea su nacionalidad, tiene, después de todo, mucho de rebaño.

CON QUIEN SE IBA A CASAR LA SEÑORITA X

En el Casino de San Sebastián tuve ocasión de salvar a una linda inglesa — hija de cierto político — que estuvo muy cerca de caer en un terrible peligro. Yo la conocía de vista porque había estado en Deauville y en Montecarlo con su padre. En esta ocasión había llegado

a San Sebastián antes que sus padres, y estaba sola.

Hallándome yo una noche a la entrada de la sala, vi a esta señorita entrar del brazo de uno de los mayores sinvergüenzas de Europa, que se hacía llamar príncipe, aunque tal título fuera de origen muy dudoso. Era hombre que no se atrevía a presentarse en la mayor parte

—Mademoiselle —le dije—, he tenido el gusto de verla a usted en Montecarlo y en Deauville, quiero advertirla.

—¡Advertirme! —preguntó al tiempo que comentaba con una sonrisa la turbación de mi cara.

—Sí —continué—. Su compañero el príncipe...

—Mi compañero... ¿El príncipe qué? —repitió la joven—. Mi compañero es mi prometido.

Y pronunció un nombre que no era ciertamente el del estafador y jugador de ventaja que había entrado acompañándola.

Comprendiendo que el único modo de salvar a la muchacha era hablarle con toda rudeza, le conté todo lo que sabía del sujeto a que, según las apariencias, estaba prometida. Al principio se indignó. Yo

QUEJAS DE UN ENTRERRIANO

Ah! Tú te irás en la primer mañana
Y al ver que así quebrantas mis empeños
Desde la alcoba que al partir te mire
Atrás de ti se embarcarán mis sueños.

La voz que callo del amor que inspiras
Otros te arrullarán desde la fronda;
Pero la suavidad de mi ternura
Esa tú sabes que te sigue, y honda.

Zeta, Bayeta. Mi infantil anhelo
Deseará hallarte en la cerrada mano.
¿En dónde está? —preguntarán mis ansias.
La ausencia le dirá: Buscas en vano.

Feliz al dulce encuentro del amado
Irás, tras estos ríos y estas selvas.
Nada perturbe tu inefable encanto.
Otro adiós. Que me escribas y que vuelvas.

Paul SAGARDA TILE

de los casinos de importancia, que lo conocían por sus trampas y su desaprensión. Conforme vi a la pareja encaminarse hacia la mesa de juego me quedé considerando qué podía haber sido lo que hubiese juntado a seres tan dispares.

Teméndome alguna suerte de conjura, tomé a mi cargo vigilar a la pareja, y no me sorprendió poco oír que la muchacha le llamaba a él por su nombre de pila. Indudablemente eran muy amigos.

Pasado un rato, el hombre salió, y como la señorita quedó sola y apartada, me acerqué a ella.

ya lo esperaba. Luego le referí cómo el príncipe había sido expulsado del principado de Mónaco, se le había prohibido la entrada en la mitad de los casinos de Francia y había estado en una ocasión en manos de la policía. Se quedó entonces pensativa la joven, me dió las gracias y salió del Casino.

Dos días después llegó su padre de Londres, y como no volví a ver al seudopríncipe, supongo que lo despidieron.

Me cabe la seguridad de haber salvado a la bella inglesa de un matrimonio desastroso, o quizá al-

"EL MEJOR AMIGO ES UN BUEN LIBRO"

...Tengo amigos de agradabilísimo trato, de toda época y país, que se han distinguido igualmente en la ciudad y en el campo y merecen señalada honra por sus profundos conocimientos. Nada me cuesta ponerme al habla con ellos porque siempre están a mi servicio y los admito o despido según me place. Nunca se turban y al punto responden a mis preguntas. Unos me enseñan como he de vivir y otros como he de morir. Unos fijan el ánimo, al paso que otros fortalecen mi mente y me estimulan a reprimir mis apetitos y confiar únicamente en mí mismo. Me abren los caminos de la ciencia y artes, y por sus consejos me prevengo contra cualquier contingencia. En pago de tan valiosos servicios, sólo me piden un modesto estante donde reposar en paz, pues más les gusta la tranquilidad del retiro que el bullicio mundano.

PETRARCA

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

go peor. Un año después vi a aquel granuja en París, en un tugurio de Montmartre, destrozado por la morfina y el vicio.

ANVERSO: CITROEN. REVERSO: SARAH BERNHARDT

El nombre de André Citroën es una evocación en Montecarlo, y, por regla general, en todo casino. Si se exceptúa a De Mesa, el millonario cubano, André Citroën ha sacado de las mesas de juego más dinero que ningún otro ser viviente. Su suerte es algo increíble, y recuerdo que en una noche saltó por tres veces la banca en mi mesa y ganó más de un millón de francos.

Parece que tiene Citroën una misteriosa intuición de qué números, series o colores van a salir, y dondequiera que él apunta invariablemente acude una multitud de jugadores que lo siguen. Claro que, a veces, seguirle les cuesta caro; pero si tuvieran los recursos necesarios para seguirle durante un largo período de tiempo, acabarían compartiendo su suerte extraordinaria.

Los triunfos de Citroën en la mesa de juego tienn sus contrastes en las pérdidas inevitables de Sarah Bernhardt, la divina Sarah. Sarah Bernhardt jamás ganó en su vida un franco en ninguno de los casinos que visitó. Parecía que el demonio del desacierto la aconsejaba cuando se entregaba a su pasatiempo favorito, que era la ruleta. A Sarah Bernhardt le gusta la ruleta tanto, que tenía una suya, la cual solía llevar dondequiera que iba, y cuando no tenía nada que hacer se divertía con una partida solitaria de ruleta en que era "croupier" ella misma. Decía riendo que cuando ella daba a la ruleta salía su número siempre; pero tantas veces como apuntaba en la mesa de un casino la ruleta del "croupier", invariablemente, se llevaba la postura.

Una vez creyó que había ganado; pero cuando, desbordante de alegría, estaba recogiendo lo que creía su ganancia, me vi en la necesidad de desengañarla, indicándole que aquello era de un señor inglés, pequeño, de lentes, y que estaba a su lado; el cual estaba ya perfectamente resignado a dejar que la gran actriz se llevara las fichas antes que exhibir su derecho y con ello destruir la desbordada satisfacción de Sarah.

En otra ocasión repitió en la ruleta la misma postura un pleno treinta y nueve veces, y ni una vino el número. Esto la confirmó en su opinión de que, por lo que respectaba al juego, un sino perverso la perseguía; sin duda parecía extraordinario lo que le pasaba.

"EL HOMBRE QUE NUNCA PERDIÓ"

En Deauville había un hombre, sir Hari Singh, que conquistó el título de "El hombre que nunca perdió". No era exacto, porque sir Hari perdía algunas veces; pero, en compensación, volvía a ganar una vez y otra.

Recuerdo que una noche, en Deauville, no perdió una sola postura en siete horas de juego. Fue un "record" que, según mi noticia, no ha sido batido en aquel Casino.

En una ocasión sir Hari Singh paralizó toda la actividad de los jugadores con el asombro y curiosidad producidos por sus rachas de suerte. No se estaba quieto en una mesa, sino que iba de una en otra, y a todas le seguía la buena fortuna. Se sentó a una de las mesas, apuntó y quedó sentado recostado en la silla, con las manos en los bolsillos y mirando crecer la postura. Así estuvo mientras a cada tirada crecía y crecía el montón de fichas de marfil de varios colores; hasta que un croupier le invitó a retirar las ganancias para permitir que otros jugadores pudieran apuntar en la misma serie. Aquella noche se retiró al hotel habiendo ganado medio millón de francos.

Un día estaba sentado sir Hari Singh a la mesa en que yo actuaba, y cerca de él una chilena morena, con aspecto de española, y bellísima. Ella, durante un buen rato, siguió el juego de sir Hari, y, por excepción, sir Hari perdió varias boladas. La chilena, disgustada, cambió de táctica, y por capricho de la Fortuna sus números y colores no salían mientras sir Hari ganaba. Dejó en una postura las pocas fichas que le quedaban, salió el color contrario, y mi raqueta las arrastró a la banca.

Pero se había apoderado de ella la fiebre del juego. Se quitó del dedo una magnífica sortija de rubíes, y mirándome, dijo:

—Señor "croupier", ¿vale esto como una postura de diez mil francos?

Tales posturas están prohibidas; por más que no falten nunca en las salas de juego quienes hacen su provecho de comprar a precio de ganga las joyas de aturdidas mujeres presas en la malla del juego. Sintiendo mucho, tuve que rehusar la sortija como postura.

Ya iba la mujer a marcharse, cuando sir Hari se volvió hacia ella y le dijo:

—¿Si puedo yo complacerla, señora!...

La mujer sonrió y le alargó la sortija. Sir Hari Singh le pasó fichas por valor de diez mil francos.

La mujer apuntó y ganó. Volvió a apuntar. Volvió a ganar. Dejó las ganancias y esperó por tercera vez la suerte. Ganó por tercera vez.

Siete veces salió su número, y ya pudo aceptar el cortés ofrecimiento de Hari Singh de rescatar la sortija.

Esta mujer tuvo un fin trágico pocos días después. Se la encontró en la playa desnuda y con el rostro horriblemente desfigurado. Un dato permitió su identificación: la magnífica sortija de rubíes. Si se suicidó o se ahogó por accidente, no se sabrá nunca.

UNA COMBINACION INFALIBLE

Recuerdo un caso bastante divertido que me ocurrió en Biarritz. En mis horas de descanso andaba

por la sala de un lado para otro, esperando el momento de substituir a uno de los "croupiers" jefes. Bajé al bar a tomar un aperitivo. Había llegado a Biarritz el día antes a pedir colocación como "croupier" ayudante durante la temporada.

De repente, un hombre de esa especie tan conocida en los casinos se me acercó. Era el jugador inveterado que vive en las salas y anda siempre a la caza de unos

mesa al hombre de la combinación, el cual, tan pronto como me hubo reconocido, casi se desmayó de asombro. Apuntó y me proporcionó la satisfacción malévolamente de llevarme con la raqueta "sus francos" y verle retirarse en la situación de derrota más definitiva.

Horas después, ya a mi vez relevado, al meterme la mano en el bolsillo tropecé con el sobre que el "petardista" me había vendido. Lo

con el sobre en la mano. Lo volví. Estaba dirigido a París, a una mujer, quizá la esposa o la madre del gallofero.

Desde luego perdió los mil francos; de modo que no llegaron a la persona a quien iban consignados, fuese quien fuese. Me pesó no haberle insistido en que cursara el cheque. Seguramente hubiera sido de más provecho.

Paul de KETCHIVA

ENSEÑANZA

Por qué creer que nuestro amor, un día en odio y en dolor se trocaría; y que la dulce dicha, ya pasada, es como el humo y como el fuego: nada? Yo he comprendido ayer, junto a la fuente, en la penumbra del jardín silente, de lo infundado del temor... y río del llanto tuyo y del silencio mío.

Por qué creer — yo no lo creo ahora — lo que la fuente no nos corrobora? Cómo no ver de que el amor nos ata, si eres el agua que mi faz retrata y eres tan dócil a mi anhelo ardiente que te repliegas a él, como en la fuente?

Quien con la piedra su delito fragua, sólo una leve ondulación del agua consigue levantar; pues al momento viene la paz y cesa el movimiento. ¿Quién, pues, que todo en la maldad confía podrá robar su propiedad al día; y a la humilde fontana soñadora el don de reflejar lo que ella adora?

Podrán las hojas obscurecer su cielo, y hasta el limo ocupar todo su suelo; podrá borrar su superficie el musgo, más yo en mi pobre entendimiento juzgo, que la íntima razón de ese proceso está en la ley normal del retroceso.

Pero hay algo, mi bien, que se respeta en el azogue de esa agua quieta; y del silencio con que la circuye como un encanto misterioso fluye; que el tiempo siempre en su correr procura dar su consuelo a la vejez madura.

Si el musgo y la hojarasca se despeja, sabrás con cuánta nitidez refleja el rostro de Narciso enamorado. Yes que el limo que tanto mal le hizo, como el dolor, en su espesura quiso, hacer más bello el rostro retratado.

Ves, si tengo razón de que me ría del llanto tuyo y la creencia mía?

José Virginio CANULLO

cuantos francos con que formar el núcleo de una incalculable fortuna que jamás llega a tomar cuerpo.

—Tengo una combinación infalible, señor —dijo el perro viejo—. Con unos francos puedo hacer la fortuna de los dos.

Me había tomado por un recién llegado, párvulo en las lides del juego. No me disgustó representar este papel, y le di cincuenta francos a cambio de un sobre en que iba el sistema infalible para saltar la banca del Casino. Miré el reloj, y viendo que ya era hora de relevar al otro "croupier", acudí y ocupé el sitio. En seguida vi cerca de la

abré, y con el mayor asombro vi que contenía un cheque de mil francos. En aquel preciso momento el pícaro me vió y vino corriendo a mí:

—¡Señor, señor! —gritaba con la mayor congoja—. ¡Me he equivocado! ¡Le he dado a usted un sobre que no era!

—¡Señor!

—¡Los cincuenta francos que di por él! —dije.

Me pagó, y muy satisfecho; y yo le alargué el cheque de mil francos. En seguida corrió a la mesa de juego otra vez. Yo me había quedado

El pez-acuario y su boca-paraguas

El profesor Guillermo Beebe, famoso naturalista yanqui, encargado por cuenta de la Sociedad Zoológica de Nueva York de estudiar los bancos coralíferos de Haití, ha enviado a dicha Asociación un informe acerca del resultado de sus observaciones y de los métodos que emplea para realizarlas.

Este método es verdaderamente notable. El profesor Beebe se viste una escafandra y baja al fondo del mar en parajes cercanos a la costa. La escafandra está unida a un casco telefónico que se pone el secretario del profesor, y éste se coloca a bordo de un lancha en la superficie del mar.

El profesor le va dictando sus observaciones sobre la vida de los peces, que el secretario apunta taquígraficamente.

Beebe baja por las noches y lleva una ampolla eléctrica de 2.000 bujías. Atraídos por esta luz, los peces rodean al profesor, el cual ha podido de este modo dar detalles sobre numerosas especies desconocidas hasta ahora.

El pez más extraordinario descubierto por el profesor Beebe es el pez-acuario, que transporta en su interior, para las necesidades de su nutrición, unos 300 peces más pequeños. Está formado de una masa gelatinosa y cartilaginosa, y armado de tentáculos que rodean su enorme boca. Estos tentáculos lanzan un veneno, que matan inmediatamente a la mayor parte de los peces que pasan por las proximidades del pez-acuario, y todos van a parar al vientre del extraño animal.

Sin embargo, hay dos especies de ellos inmunizados contra el veneno del pez-acuario, y que se han convertido en los parásitos del mismo. Viven en su interior, y han hecho de él su casa y su comida. Nada más curioso, según el profesor Beebe, que ver al pez-acuario en movimiento. Abre y cierra su boca como si fuera un paraguas, y los peces inmunizados contra su veneno, que viven dentro de él, circulan entre sus tentáculos, como paseando. Pero cuando surge un pesado grande todos ellos penetran en el vientre del pez-acuario, y dejan a éste que se defienda solo.

Parentesco

Ya viudo, con dos hijos, Lucio Pocapena se casó con una viuda que también tenía dos hijos. El cielo mandó dos hijos más. Un día se oyó una gran barahunda.

—¿Qué es eso? —preguntó la mujer.

—Nada —replicó Pocapena, — nada; tus hijos y mis hijos que juegan con nuestros hijos.

I

Las tinieblas de la noche invadían ya el primer salón de estudio de la escuela pública que hace algunos años se hallaba ubicada en Montevideo, en la calle Soriano entre las de Daymán y Río Negro, según la antigua denominación.

Acababa de salir casi toda la clase en dirección al gran patio del fondo, para realizar ejercicios gimnásticos en castigo por haberlos hecho antes en medio de la mayor algazara.

Su maestra — la Srta. María Vidaor — hoy fallecida, y que en vida supo conquistar por sus dotes singulares una excelente reputación, en el magisterio nacional uruguayo, y cuyo rígido carácter inflexible en la dura tarea de imponer su autoridad, luego de las consabidas amonestaciones y ejemplos, acabó por amenazarlos con dejar a todos sin comer y hasta las diez de la noche si no los ejecutaban en su debida forma.

Nadie dudaba de lo que sería capaz, porque nunca sonreía ni prometía en balde.

El restante grupo que quedó en clase, formado por siete u ocho niños, era precisamente a quien la maestra atribuía la causa del motín.

Sus componentes se hallaban distribuidos en distintos bancos, bien separados unos de otros, bajo la vigilancia de un monitor.

Una de las puertas del salón daba al vestíbulo.

— ¡Vamos muchachos!... — gritó de pronto uno de los condiscípulos, el que se hallaba más próximo a la salida.

— ¿Quién le pone el cascabel al gato? — preguntó solapadamente el que cuidaba, tomando un aire ridículamente solemne y golpeando al mismo tiempo con la regla sobre la mesa de la directora.

Silencio embarazoso.

Todos miraron a la puerta que daba al primer patio.

Luego dijo uno.

— ¡Seré yo!...

El que así se expresaba no era otro que un "botija" de poco más de doce años, de uraño e inofensivo aspecto.

— ¡Miren el santo! ¡El santito!

— ¡Bien por "Maleza"!... ¡Bravo el muchacho! — gritaron algunos pasado el primer momento de estupor.

— ¡Bravo! Así me gusta. Ahora le harás ver a la señorita maestra y a todos que sirves para algo. Siempre te han hecho sentir su desprecio. En la clase sos un autómatas, sin derecho alguno. Nadie te hace el más mínimo caso. Si hablas, si levantas la mano en la lección, jamás te llaman, nadie te ve. No haces el menor efecto. Si, por haber estudiado o por inspiración argumentas bien, la clase toda rompe en descomunal alboroto; y, finalmente, la maestra te manda callar para hacer continuar por otro chico la lección interrumpida. Ahora te conocerán. Así te vengarás mejor de ella y de todos tus malos compañeros.

Bien; haces bien. Darás con este hecho, una prueba de tu hombría. Yo te aplaudo. Mañana verán, al volver a la clase, que tienes tanto carácter como el mejor de tus camaradas. ¡Bien por "Maleza"! Esta expresión de aplauso lo había transformado.

Oyó cómo le hablaba aquella voz interior e impelido por esta exclamación, rápido se irguió en su asiento, diciendo:

— ¡Muchachos! Yo me voy; el que quiera que me siga.

— Yo soy uno...

— Y yo...

— Y yo...

"MALEZA"

Por Freire Silvar

— Yo también.

— ¡Sigo!...

— Ahora a mí.

— Yo tampoco me quedo — dijo Enrique Casas, el monitor; y tras los siete compañeros, con los útiles bajo el brazo, se encaminó hacia la esquina próxima tal cual lo hacía todas las tardes al salir de la escuela.

Al llegar la hilera de jovencitos al paraje indicado, soltaron todos a una la más estrepitosa carcajada,

bal Colón, habría realizado su inmortal hazaña?

II

Al otro día todos fueron a la escuela menos "Maleza".

No creyó en lo que le dijo el genio interiormente y que lo impulsó a aquel acto desproporcionado de su tranquila vida escolar. "Mañana al volver a clase verán que tienes carácter..."

SOLILOQUIO

A mi distinguida amiga, doctora Isabel Creus.

¡Todo pasa, alma mía!
No te turbe el murmullo
De la fiesta que nunca
Te dió consolación.
Cual las inquietas olas
De un gran mar sin riberas,
Risas, llantos, suspiros.
A morir van en una
Suprema consunción.
¡Todo pasa, alma mía!
No llores corazón.

La mortal puñalada
Que te hiere en la sombra,
La mentida caricia
Que al sentirla te asombra;
El beso que te eleva
De la tierra hasta el cielo,
La profunda tristeza,
El no cumplido anhelo...
Todo cuanto en tí vive
Tode cuanto palpita
En tu ilusión, que acaso
Deseas infinita,
Como el agua que corre
Del humo que se esfuma
Pasará. No te turbes
Alma mía; haz la suma
Solamente de aquello
Que ganaste en lo rudo

De la ardiente batalla:
Del llanto derramado
Por un ideal bello,
Del trigo que sembraste
En el campo fecundo
Para calmar el hambre
De los pobres del mundo.
Del agua que vertiste
En los resacos labios
Del sediento y del triste,
Del dolor que callaste
Y del perdón que diste.

Esa será la copa
Que ha de abreviar un día
Tu sed de eternidades.
Copa de oro bruñido
Que misteriosa encierra
El licor no bebido
Por miles en la tierra.
Copa excelsa que vierte
Su dulzura suprema
En las horas profundas
Del dolor y la muerte.
¡Santa consolación!
Todo pasa alma mía,
No llores corazón.

María TORRES FRIAS.

Salta 1928.

comentando burlonamente la estúpida hazaña estudiantil que los ponía tan inopinadamente de patitas en la calle, libres de toda imposición.

— ¡Hurra, hurra por "Maleza"!

— ¡Viva "Maleza"!

— Desde ahora lo elegimos nuestro jefe.

— ¡Nunca lo creímos capaz de tanta hazaña!

El hombre de por sí no es valiente nunca. Los hechos lo empujan generalmente a hacerse valiente. En los más de los casos obran factores muy diversos. No es el sentimiento puro del deseo de vencer un gran obstáculo, con el consiguiente peligro personal, lo que sentimos al hacernos valientes, sino una cierta rebeldía más la clara visión fugitiva de cierto sentimiento de orgullo intuitivo, salvaje, si se nos permite, que llevamos todos, lo que nos impulsa fatalmente a resolverlo. ¡Cuántos hechos juzgados heroicos por la humanidad no han sido más que actos producidos por estados completamente opuestos al sentimiento de heroicidad!

Y sin embargo, ¿quién los discute? ¿Sin la oposición tenaz de los hechos y el destino mismo contra la visión del genio del invicto Cristó-

bal Colón, habría realizado su inmortal hazaña?

Aun no había pasado la enfermedad de "Maleza", cuando supieron en su casa lo ocurrido y que la señorita Vidaor lo había castigado a sufrir largas penitencias por ser el principal promotor, según acusaba su ausencia de la escuela.

Resolvió la familia — confirmando el empecinamiento de la maestra — cesar en mandarlo.

Las mismas voces amigas que habían alabado su proceder cuando supieron que no volvería al colegio trataron de exhumar su extraño carácter; y, moralmente, no le dejaron hueso sano.

Después, nadie osó mentarlo, lapidado por esta ola de maledicencia.

III

Trancurrieron bastantes años del acontecimiento histórico narrado.

Nuestra principal necrópolis rebotaba concurrencia de todas las clases sociales, destacándose de entre ellas lo más granado del personal docente del Uruguay.

Uno de sus miembros más conspicuos — la Srta. María Vidaor, — acababa de bajar a la tumba. Todo era comentario, reconocimiento en voz baja de las altas cualidades que adornaban a la extinta.

Después, los discursos, a cual más conmovedor, exaltando sus bellas prendas y ensalzando esas virtudes para que sirvieran de ejemplo a las generaciones presentes y venideras.

Disipada poco a poco la concurrencia, sólo quedó un guardián dando los últimos toques al sepulcro, más un joven vestido de negro; el que ostentaba en una mano su sombrero y en la otra un gran manojo de violetas.

Miró a todos lados, como sorprendido de su inopinada soledad, y sin atinar a llevar a cabo la piadosa idea que hasta allí lo había guiado, salió aturrido, llevándose otra vez en la diestra las flores y conteniendo a duras penas el raudal de lágrimas que pujaban por salir de sus ojos.

Este joven era "Maleza", que así rendía su mejor tributo.

Esposas alquiladas

La costumbre de "alquilar esposas", en Kansú (China) y Turquestán, ha llegado ya hasta las ciudades de la costa.

Se puede alquilar una esposa por precios que fluctúan entre 25, 100 y 300 pesos al mes. Durante todo el tiempo en que una esposa ha sido alquilada no puede aquella visitar ni volver a su primer hogar.

Se dan casos en que una mujer es alquilada para ser la esposa de otro individuo por dos o tres años. Si durante este tiempo nace de ella algún niño, éste es heredero del alquilador. La mujer, una vez que cumple el plazo de "su alquiler", no tienen ningún derecho sobre los hijos, a los que abandona cuando vuelve al lado de su primer esposo.

La vida de sociedad

Reglas y costumbres de buena educación en el trato de las personas

Sobre la manera de vestirse

(Continuación)

Los trajes de colores claros sólo deben usarse por la mañana o en el campo; en el centro del día la levita, o simplemente un traje negro de americana, según las obligaciones o sitios adonde el interesado deba de asistir, y por la noche el "smoking" si se ha de comer en una casa donde se observen rigurosamente las leyes de la etiqueta, y el frac si a la comida ha de seguir recepción o baile.

Los colores deben usarse con gran cuidado y precaución, o renunciar a ellos si no se confía, o en saberlos combinar sabia y artísticamente. Quien gusta de lucir colores demasiado vivos, como el rojo sangre o escarlata, el clavel, el verde, el amarillo, etc., se impone una tarea igual a la de quien doméstica pájaros o fieras: no triunfa en su arte sino al cabo de grandes esfuerzos, y rara vez al final de su tarea encuentra algo que compense sus fatigas. Son, pues, preferibles los colores suaves y discretos, porque su combinación no exige grandes estudios ni su falta de armonía es accesible a todos los ojos.

¿Es de buen gusto llevar flores en el ojal?

Los espíritus vulgares anatematizan con adjetivos malsonantes a los hombres que tienen la costumbre de llevarlas, y creen que éste es un detalle de afeminamiento; en realidad, es un reflejo del amor a lo bello que impera sobre todos los cerebros orientados hacia el arte, y si bien creemos que el hombre no debe imponerse la obligación de llevarlas siempre y a todas horas, no vemos inconveniente alguno en que las lleve, no siendo por la mañana, y siempre que su color no sea exótico, sino natural, y esté, además, combinado con el de la corbata, el chaleco, etc.

Deben preferirse las violetas en su tiempo, los nardos y los claveles rojos o blancos; de ningún modo las rosas, por su tamaño, ni las lobelias, gamarzas, eléboro y otras especies venenosas. La orquídea de Chamberlain ha alcanzado una celebridad internacional, la historia de nuestro tiempo hablará de ella seguramente.

Cuando una señora o señorita obsequia con una flor que estuvo prendida en su cabeza o en su pecho a un caballero, éste debe prenderla inmediatamente en el ojal de su americana, de su levita o su frac, y conservarla a la vista mientras dure el acto en que se encuentran, sin detenerse a mirar si por su naturaleza, tamaño, color, etcétera, ha de convenirle, y quitando previamente la que antes luciera.

EL HOGAR Y LAS INDUSTRIAS

Según algunos sociólogos que defienden y animan, aunque siempre con reservas, las tendencias feministas, la mujer de hoy puede dedicarse a los trabajos "de la calle", digámoslo así, oficinas, almacenes, Universidades, etc., porque ya no tiene nada que hacer en su casa. "La casa de los tiempos antiguos, dicen, era un conjunto de pequeñas industrias que tenía que dirigir el "ama", aquella "ama" cantada por Gabriel y Galán. En la casa se hilaba, se amasaba, se preparaban los embutidos, las carnes y las confituras para el año; se lavaba, se costía, se tejía. Ahora, la industria todo lo facilita, todo se lo da hecho al ama de la casa, que, claro está, se aburre, y en la necesidad de desplegar sus actividades, se va en busca de trabajo fuera de su casa".

Pero los que así discurren, no se han tomado la molestia de hacer cálculos, o no han sabido hacerlos. Ciertamente que todo lo necesario para la vida puede encontrarse hecho; pero por todo hay que pagar, la primera materia, la mano de obra, el tanto por ciento que el expendedor tiene que ganarse, una parte del alquiler del local en que se nos expende, una parte del sueldo del dependiente que nos atiende, una parte del coste de luces, impuestos, etc., etc. En resumen adquirir una lata de mermelada, por ejemplo, y vaciarla en una compotera, o consumirla sin vaciarla, resulta de una comodidad encantadora; pero si nos hubiéramos tomado el trabajo de comprar la fruta, el azúcar y preparar nosotros el dulce, habríamos visto que nos salía por la mitad del costo de la lata.

Y este ejemplo es aplicable a todo lo que se adquiere hecho y puede hacerse en casa. Por lo tanto, la mujer que sepa, o quiera, trabajar en casa, puede estar persuadida de que gana un sueldo.

He aquí un asunto de interés, cuya realización reporta una economía tan considerable, que es más bien una ganancia. Se trata del teñido de telas.

Ocurre con frecuencia la necesidad de teñir un traje. En este caso, nada más sencillo que enviar el vestido al tinte. El mismo teñido, hecho en casa, resulta por la décima parte de lo que cuesta en la tintorería, y no consume más de una hora de atención.

Hay tintes en frío que se obtienen disolviendo en agua bolas o pastillas que se adquieren en todas las droguerías y que

no dan más trabajo que el de remover la prenda con frecuencia para que se impregne totalmente del líquido.

Algo más complicado resulta el teñido en caliente o hervido, aunque siempre fácil y de excelentes resultados si se hace con curiosidad. Este tinte se vende en polvos, que se disuelven en una cantidad de agua proporcional, siendo conveniente poner una parte más de la que la fórmula anexa indica; cuando se trate de colores oscuros, pues poniendo sólo el agua que la fórmula marca, el azul marino, por ejemplo, y el marrón, quedan negros. Igualmente, para obtener colores pálidos hay que añadir agua "a ojo", pues ateniéndose exclusivamente a las recetas, los colores resultan excesivamente intensos.

Para estos tintes hervidos se precisa un recipiente de hierro esmaltado, dentro del cual la prenda a teñir quede totalmente sumergida en el líquido y pueda ser fácilmente removida con unos palillos de madera pulida y de extremo poco agudo para no perforar la tela.

La forma de efectuar el teñido es la siguiente: En poca cantidad de agua tibia y en un pequeño recipiente, se disuelven los polvos hasta que se forme un líquido, que se vierte en la cantidad grande de agua ya caliente, que se agita hasta que rompe a hervir. Entonces se sumerge la prenda, que antes se ha mojado y exprimido bien o lavado, si fuese preciso, y, con ayuda de los palitos, se la remueve constantemente para que tome el tinte por igual.

Los tejidos de hilo, seda o algodón fino, requieren una media hora de cocción, los de lana o de algodón grueso, de cuarenta y cinco minutos a una hora.

Cuando ha hervido el tiempo necesario, se retira el recipiente del fuego y se deja enfriar. Una vez frío el tinte, se saca la prenda, que se aclara inmediatamente en agua fría también hasta que no suelte color. Se exprime sin retorcer, y se pone a secar extendida en el suelo sobre una toalla o sábana, o encima de una mesa y por ningún concepto al sol. Si el tejido es de punto de lana o seda, no necesita ni debe ser planchado una vez seco. En cuanto a los otros, después de un hábil repaso con la plancha, quedan tan bonitos y flamantes como si acabasen de salir del telar y el ama de casa tiene la satisfacción de ahorrarse unos pesos.

Con respecto a la manera a que deben ajustar su vestido las mujeres, se tendrán presentes las reglas sentadas en los diferentes capítulos anteriormente publicados y las observaciones hechas en los párrafos presentes sobre la combinación de los colores.

Para la calle se usarán trajes sencillos, en relación con la hora del día y los sitios a donde hayan de asistir; los adornos y encajes deben reservarse para dentro de casa, en las ocasiones en que se deben recibir visitas o asistir a reuniones.

El adaptarse por completo a los preceptos de la moda, trae consigo inconvenientes gravísimos. La moda es de suyo voluble, y además tiene los defectos de todas las pautas; asesina las gallardías y las gracias, y roba personalidad a todos los detalles. Servirse continuamente de la moda es lo mismo que aprender el idioma en el diccionario; este es un libro muy útil para salir de alguna duda, pero un lenguaje en el que se colocaran todas las palabras que contiene, resultaría la cosa más áspera y molesta del mundo. En la moda se puede y se debe buscar una orientación, y nada más.

Tal es, en todos los órdenes, el complicado código cuyas leyes han de observar las personas distinguidas que deseen poseer en todas ocasiones el difícil y necesario arte de saber vivir.

J. de B.

Consejos a las mamás

En todo tiempo, y más si aún no han aprendido las prácticas de puericultura necesarias, deben tener las madres presente los consejos que damos a continuación:

Abrid de par en par el balcón o ventana, para que entre el sol.

Destruid las moscas, que llevan al niño las enfermedades que, a veces le matan.

Tened una cuna para cada niño.

Tened un lugar bien cerrado en donde se guarden, libres del polvo, sus ropas y objetos de aseo.

No metáis en su boca, ni dedos, ni chupones, ni objeto alguno. Dadles para jugar objetos ligeros, pero no permitáis que los lleve a la boca.

No le obliguéis a ponerse de pie; dejadle que él se tenga derecho cuando tenga fuerzas para ello.

No le ajustéis demasiado las ropas, pues dificultáis su respiración y circulación sanguínea. Dejad sus movimientos en libertad.

Dadle un baño por día, en las condiciones que el médico indique.

Tened siempre muy limpios, secos y bien cuidados, cuantos útiles emplee el niño.

Notas cinematográficas

"La Cabaña del Tío Tom". — Mu-
chísimas veces la inquieta imagina-
ción de un novelista no puede ima-
ginar para sus héroes las alternati-
vas de la vida que muchos padecen
en nuestras existencias reales.

Tal es el caso de James B. Lowe,
artista que interpreta el rol de Tío
Tom en la película extraordinaria
"La cabaña del Tío Tom", cuya pre-
sentación está preparando la Uni-
versal.

Lowe ha actuado durante los tres
últimos años en películas y es con-
siderado en Los Angeles el maestro
de los actores cinematográficos ne-
gros.

Este actor se educó en los mejo-
res colegios norteamericanos y sen-
tía gran inclinación por la literatu-
ra, pero la mala situación de sus
padres lo obligó a abandonar sus
estudios y a incorporarse a la ca-
ravana de los buscadores de oro.
No obtuvo éxito y desesperado de-
dicó a aprender el oficio de sas-
tre, profesión con la que pudo re-
unir algún dinero que le permitió
poner una sastrería en Los Angeles.

Cuando estalló la guerra europea,
Lowe se alistó en las filas y al
poco tiempo consiguió que por su
valor ascendiera al grado de sar-
gento, distinción obtenida solamen-
te por tres hombres de color. El ar-
misticio lo sorprendió en muy ma-
las condiciones financieras, buscó
empleo sin resultado hasta que Wal-
ter Hiers el simpático gordito actor
de la pantalla, lo tomó como capa-
taz para su sastrería que es la más
lujosa de Hollywood. La sastrería
es sumamente popular entre el ele-
mento cinematográfico y por sus
relaciones con "astros" y directores
consiguió Lowe representar algunos
roles en películas. La vida se fué
haciendo más fácil para Lowe hasta
que un empresario de un teatro de
Los Angeles lo contrató para hacer
el rol del "Emperador Jones", ha-
biendo obtenido muchísimo éxito.

Cuando Harry Pollard, director
de "La cabaña del Tío Tom", bus-
caba un actor para hacer el rol de
el Tío Tom, desfilaron por sus estu-
dios multitud de actores de color,
pero después de muchas pruebas
fue considerado Lowe como el más
eficaz para hacer el difícil papel.

"La Bohème". — Durante la pró-
xima temporada, la Metro Goldwyn
Mayer dará a conocer en la Argen-
tina una de las más grandes pro-
ducciones de la industria cinemato-
gráfica, la maravillosa película "La
Bohème", el tierno drama de Ro-
dolfo y Mimí, obra original de Hen-
ri Murger, adaptada a la música
por el célebre maestro Giacomo
Puccini. King Vidor, el famoso di-
rector de "El gran desfile", ha rea-
lizado con "La Bohème" una de sus
mejores obras, por la adaptación

fiel de la acción al ambiente y por
el profundo sentimiento dramático
que supo inspirar al conjunto en cu-
ya tarea pudo contar, desde luego,
con la inteligente colaboración de
los más grandes actores de la pan-
talla: Lillian Gish, en el papel de
Mimí; John Gilber, en el de Ro-
dolfo; Renée Adoree, en el de Mu-
sette; Roy D'Arcy, en el de Conde
Paul; George Hassell en el de Schau-
nard, además de muchos otros nom-
bres de prestigio en el arte mudo.

"La canción del ensueño". — Otra
obra maestra de la pantalla que Me-
tro Goldwyn nos tiene reservada
para este año, es la película "La
canción del ensueño", adaptación de

"Ben-Hur", adaptación cinemato-
gráfica de la famosa novela del ge-
neral Lew Wallace, ocupa entre las
más grandes obras de la pantalla
una posición especial por su alto
valor cultural como documento insu-
perable de los días en que se echaron
los cimientos de una nueva reli-
gión que hubo de cambiar la faz
del universo.

"La letra escarlata". — Esta his-
toria conmovedora de dos corazo-
nes perseguidos por el fanatismo de
los puritanos de la primera época
de la colonización Americana, cuya
versión cinematográfica será pre-
sentada durante la temporada que
se iniciará en breve, por Metro Gol-

TOMA ESTA ROSA...

— "Toma esta rosa — me dijo; —
simboliza mi afecto".
Y al dármele, de la mano
arrancósele el viento...
¡Sabio, adivino en amores,
oh, vientecillo discreto!
Una verdad me dijiste...
El amor de mi dueño,
fué solo nube que pasa,
rosa que arrastra el viento...

Maria ENRIQUETA.

la hermosa leyenda escocesa "Annie
Laurie", de los tiempos medioeva-
les en que los distintos "clans" se
hacían una guerra sin cuartel, can-
tada por los bardos al son del arpa.
Entre la heredera del jefe de uno
de los "clans" y el joven caudillo
de otro, se inicia, a pesar de la en-
carnizada lucha que divide a sus
respectivos bandos, un tierno roman-
ce de amor, cuyas incidencias, ora
dramáticas, ora alegres, suministran
la base para la acción del film, lle-
na de movimiento y de fuerte ten-
sión. Intervienen en la interpreta-
ción que, de paso sea dicho, es im-
pecable, Lillian Gish con su belleza
etérea, Norman Kerrv. Creighton
Hale, Hobart Bosworth, Patricia
Avervm, Russell Simpson, Franck
Currier y otros.

"Ben-Hur". — Esta magna produc-
ción, la más grandiosa de todos los
tiempos, que se debe a un esfuerzo
gigantesco de la Metro Goldwyn
Mayer, llegará este año también a
Buenos Aires, donde constituirá co-
mo en todos los países en que ha si-
do exhibida, la maravilla de la tem-
porada.

dwyn Mayer, es una de las más
grandes obras de la cinematografía
contemporánea. Se trata de la adap-
tación de la famosa novela de Na-
thaniel Hawthorne, autor norte-
americano de las primeras décadas
del siglo pasado, inspirada en un
sentimiento de justificada rebeldía
contra la cruel intolerancia del pu-
ritanismo, cuyas persecuciones des-
truyeron la felicidad de tantos ho-
gares. La realización dramática de
la película es una obra maestra del
arte cinematográfico, y a su com-
pleto éxito contribuyeron, al lado
del director, Víctor Seastrom, la
incomparable Lillian Gish y el actor
sueco Lars Hanson.

Notas breves de la First National.
— Harry Langdon también puso fin
a "The Chaser", comedia cómica.

"Burning Daylight", una de las
obras más vigorosas del célebre
Jack London, ofrece al viril Milton
Sills una de sus más brillantes opor-
tunidades de intérprete.

Billie Dove está trabajando acti-
vamente en "El corazón de una ba-
taclana", cuyo argumento se des-
arrolla entre bambalinas. Dirige es-
te film John Francis Dillon.

Están muy adelantados los tra-
bajos de "Lilac Time", película en
la que desempeña el papel de la
protagonista Colleen Moore, tenien-
do como "partenaire" a Gary Co-
oper.

Frances Hamilton, joven de la
principal sociedad de Pasadena, Ca-
lifornia, quien no obstante sus po-
cos años ha recorrido el mundo, ha
sido contratado por la First Na-
tional.

"The Love Mart", que se tituló
primeramente "Louisiana" y que tie-
ne a Billie Dove Noah Beery y Gil-
bert Roland como protagonistas, se
ha estrenado con gran éxito. Diri-
gió este film el conocido George
Fitzmaurice y según crónicas pe-
riódicas es esta una de sus obras
más coloridas y vigorosas.

"Man Crazy", comedia de la mo-
derna juventud con un romance sen-
timental que le sirve de eje, inter-
pretada por la popular pareja Do-
rothy MacKaill y Jack Mulhall, al
lado de quienes trabajan Edythe
Chapman, Walter McGrail y otros,
se cuenta entre los éxitos firmes
que acaba de obtener la First Na-
tional.

Revistas y periódicos londinenses
elogian calurosamente la película
"Confetti", realizada por la Defu
con Lya Mara y Ben Lyon en los
principales papeles. Render Daily,
dice: "Se trata de un film brillante,
donde aparece un maravilloso
cuadro de carnaval, de bellísima fo-
tografía y destinado a obtener gran
popularidad. Por su parte, "Bios-
cope", "Kinematograph" y "Cinema"
no escatiman elogios ni al director
ni a los intérpretes.

"Her Wild Oat", por Colleen Moo-
re, se pasaba a la salida del último
correo, en varias de las ciudades
más importantes de los Estados
Unidos. Es una de las comedias de
la graciosa actriz cómica que más
gusta.

Prosigue su éxito triunfal por los
principales teatros de Estados Uni-
dos "La vida privada de Helena de
Troya", interpretada por Maria
Corda, Ricardo Cortez, Lewis Stone
y otras eminentes figuras de la pan-
talla. Ya hemos reproducido párra-
fos de las críticas elogiosas que ha
merecido esta obra. En "Daily
News", encontramos ahora el si-
guiente juicio: "La vida privada de
Helena de Troya es el ejemplar más
afortunado de la obra de arte ci-
nematográfico de la comedia que
gusta al público.

George Sidney y Charlie Murray
los dos notables cómicos, bajo la di-
rección de Mervyn Leroy están ter-
minando "Flying Romeos", en la
que ambos interpretan papeles de
aviadores. Será una cinta de gran
comicidad y un espectáculo de avia-
ción magnífico.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428; B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre " 5.00	Semestre " 6.00	Semestre " oro 4.00
Año " 9.00	Año " 11.00	Año " oro 8.00
N.º suelto " 0.20	N.º suelto " 0.25	
N.º atrasado " 0.40	N.º atrasado " 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no so-
licitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters,
fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están pro-
vistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12 —	3.70
" " " chico	" " "	" 8. —	3. —
Tapas sueltas " " grande	" " "	" 9. —	2. —
" " " chico	" " "	" 6. —	1.50

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para escribir sobre tela.—Cuando se escribe sobre una tela que no está previamente preparada, la tinta se corre, y muchas veces se emborronan todas las letras. Para impedir esto se barniza la tela con bálsamo del Canadá disuelto en trementina; puede añadirse un poco de aceite de ricino, pero sólo unas gotas, pues si se pone mucha cantidad no se secaría nunca. El barniz no debe estar demasiado espeso; siempre conviene probar antes en un pedacito de la misma tela. El hilo fino es el tejido más a propósito para esta preparación.

Para desdorar la plata dorada.—Ahora se fabrican objetos de plata dorada con una capa de oro tan tenue que se desdoran en seguida los sitios expuestos al roce. En vez de dorar de nuevo los objetos estropeados, lo cual suele costar más de lo que valen, puede muy bien dejarse al descubierto la plata. Para ello basta poner las superficies que hayan de limpiarse, en contacto con extracto de agua de lejía, frotando todo lo posible. Si se trata de una cadena de reloj, por ejemplo, se echa con la lejía en un frasco, se tapa y se agita, y se consigue un desdorado rápido.

Sabido es que los cloruros descolorantes contienen ácido hipocloroso, compuesto muy inestable del que se desprende muy fácilmente el cloro en el estado nascente. Este cloro nascente obra sobre el oro que se pone en libertad por la acción del ácido nítrico sobre el ácido clorhídrico. Pero el agua de lejía tiene la ventaja sobre este último reactivo de ser de más fácil adquisición, menos peligrosa, más cómoda para las manipulaciones, y sobre todo ataca con menos violencia a la plata, que conviene que se disuelva lo menos posible.

Para escribir y dibujar en cristal, porcelana, metal, etc., se hacen unos lápices con cuatro partes de sebo, dos de cera y seis de óxido de plomo rojo, para el color rojo. Para el color azul se emplea iguales componentes, reemplazando el óxido de plomo por seis partes de azul de Prusia. Si se quiere color blanco, se sustituye el azul de Prusia por blanco de cerusa, conservando las mismas proporciones de las demás sustancias.

Los dibujos trazados con estos lápices se borran fácilmente.

Cola que resiste al calor para pegar y hacer incombustible el fieltro.—El mejor ingrediente para pegar el fieltro, sea a la madera o al hierro y que resista grandes calores, se hace con 16 partes de gutapercha, 4 de caucho, 2 de brea, 1 de goma laca y 2 de aceite de linaza. Se calienta la gutapercha hasta que esté líquida, y luego se van añadiendo los demás ingredientes por el orden en que se han enumerado, removiéndolo todo para mezclarlo bien. La cola de buena calidad, añadiéndole tanino hasta que se ponga muy espesa, surte el mismo efecto y resulta más barata, pero no puede re-

sistir elevadas temperaturas. Si se añade cal viva a la cola ordinaria, ésta resultará a prueba de fuego; pero no penetra el fieltro lo bastante para hacerlo también incombustible. Para obtener este último resultado, lo mejor es empapar el fieltro previamente en una solución de 6 partes de ácido bórico, 15 de sal amoníaco y 3 de bórax,

radar, se las puede atraer con lazos formados por esponjas empapadas en agua azucarada o untadas en miel. Estas esponjas, una vez llenas de hormigas se sumergen en agua hirviendo.

Pero este sistema es insuficiente, y conviene destruir el hormiguero, cuya situación se descubre observando las idas y venidas de

rax, haciendo una espuma fuerte (como la de la clara de huevo para la pastelería), y poniendo los objetos en la jofaina cubierto con dicha espuma. Transcurridos diez minutos, se sacan y se frotran con un cepillo de uñas. Si no quedan bien, repítase la operación. Cuando están limpios del todo, se aclaran con agua caliente y se secan.

Aguafuertes del Zoológico

GORRIONES SOVIETISTAS

Quién queda firme en la brecha, quién jamás se permite un vólido fuera del recinto del establecimiento, son las palomas y los gorriones, que, seguramente, cuestan a la Municipalidad, una bolsa diaria de granos y encuentran a mano todo lo que necesitan para la vida: aire, sombra, agua, alimento, ramas de bosques espesos y asoleados, cornisas de edificios para nidificar y hasta plumas de edredón y lana de vicuña para fabricarse la alcoba. Las palomas comen y no hacen mal sino con lo que al vuelo o de la punta del friso dejan caer con preferencia sobre los sombreros nuevos; viven y dejan vivir. Pero los gorriones pendencieros y egotistas, han ahuyendo completamente a los chingolos, a los jilgueros, a los mixtos, a los churrinches y no permiten a los horneros la segunda y tercera nidificación del año; por su tamaño éstos no son molestados por el gorrión; y al empezar la primavera fabrican tranquilamente su nido; pero una vez terminada la educación de los hijos y echados éstos al vuelo, la pareja se permite un paseo de ocho o diez días sin volver a su hogar. El gorrión que sabe que su nido, su propio nido es grosero y expuesto a la intemperie, se apodera del rancho de barro del hornero, y cuando la pareja después de una semana de idilio, vuelve a sentir la nostalgia del hogar donde fueron tan felices, aparece en el umbral de la puerta, terrible ahora porque sabe que tiene su espalda resguardada, el gorrión macho y sovieta.

que se ha apropiado del palacete del hornero burgués. No hay discusión posible con ese energúmeno: los propietarios se retiran resignados; y como el amor es capaz de fuertes empresas, a mediados de diciembre se resuelven a fabricarse otro pequeño hogar. Es bien sabido que la naturaleza no está de acuerdo con las resignaciones ni con la buena voluntad asistida de razones justas. . . .

Es diciembre. Con más dificultad que a fines de invierno y primavera, la pareja echa los cimientos de la nueva casucha; pero la naturaleza, a ese animalito que trata de interpretar su voluntad de que nidifique tres veces por año, hace llegar tres o cuatro días de soles agostadores y calores desesperantes que resecan la tierra e impiden amasar el barro; la obra queda interrumpida para siempre: el hornero vive a la "belle étoile" hasta fines del invierno y el gorrión goza del abrigo, de la frescura y de la impermeabilidad de la casucha en que la pareja propietaria puso todos los esfuerzos de su juventud. Esa casucha que es respetada hasta por los chiquuelos del campo, es violada por el gorrión. En las horas de la siesta, cuando el pájaro usurpador descansa en el umbral de la vehemencia batalladora de la mañana (no respeta la mujer ajena), me parece verlo tranquilo fumando su pipa. Es el comunista del reino alado y es tan amargo y coriáceo que no sirve ni para la pulenta con pajarito.

Clemente ONELLI.

en 100 partes de agua.

El calzado de charol se limpia de un modo excelente con naranja. Córtese una en un par de trozos y frótese bien el calzado; déjese secar, y luego, dándole con un cepillo suave, se quedará la piel como un espejo.

Para el calzado de color da también buen resultado frotar las botas con el interior de una cáscara de plátano, enjuagarlas y sacarlas lustre con un paño.

Destrucción de hormigas y hormigones.—Teniendo en cuenta que las hormigas son muy aficionadas a las sustancias azuca-

las hormigas. Para ello se espera a que sea de noche, a fin de que las hormigas estén recogidas, y se ahoga a toda la colonia con agua hirviendo o una emulsión de petróleo y jabón moreno, que se hace con 10 litros de agua, un kilo de jabón y un litro de petróleo.

Otro procedimiento consiste en echar en el hormiguero una sustancia venenosa que no sea volátil, como el sublimado corrosivo, el sulfato de cobre o unos trozos de cal viva mojada en agua.

Los peines y demás artículos de celuloide para el tocador, se limpian con bórax o con jabón de bó-

Para quitarse los orzuelos existe un remedio casero que siempre da buen resultado y no es molesto. Redúcese a envolver una raja de manzana asada y caliente en un trozo de muselina, y aplicárselo en forma de cataplasma sobre el párpado, sujetándola con un pañuelo.

Si se aplica este remedio por la noche se verá al día siguiente que el orzuelo se ha descargado mucho, y a veces que está curado por completo.

Barniz para objetos de bronce.—Compónese, en realidad de dos barnices de tonalidad diferente, que se mezclan en proporción adecuada para obtener el color que se desea, desde el rojo obscuro, hasta el dorado.

El primer líquido se hace con 40 gramos de goma laca pálida, en escamas de muy buena calidad; 12 gramos de laca de Florencia, en polvo; 30 gramos de goma-guta y 6 gramos de sangre de drago, en polvo, disuelto todo en 400 gramos de espíritu de vino al baño-maria y agitándolo con frecuencia. Obtenida la disolución, se decanta cuidadosamente.

El segundo líquido se compone de 24 gramos de goma-guta, disuelta en 400 de espíritu de vino.

Manchas de café.—Las manchas de café son las más difíciles de quitar, pero con un poco de cuidado puede limpiarse de ellas cualquier tejido por delicado que sea, aunque el café esté con leche. Se frota el sitio manchado con glicerina pura, se enjuaga en agua tibia y se plancha por el revés hasta que esté completamente seco. La glicerina absorbe las manchas y la grasa.

Para pegar etiquetas en frascos de cristal, se recomienda eficazmente el empleo de silicato de sosa, si bien se ha de cuidar de no aplicar esta sustancia sobre el papel, sino sobre el cristal, aplicando luego sobre éste el papel seco. Este se adherirá inmediatamente y una vez seco será imposible despegarlo. El silicato se ha de diluir ligeramente, aplicándolo después con un trapo o con un pedazo de esponja.



Sin duda pensamos en nosotros mismos, cuando circunscribimos la vida en su variedad fenoménica y espectacular en los estrechos límites en que desfallece, titánico, nuestro pensamiento. Pensamos... Y la acción del pensamiento es de suyo envolvente, produciéndose de fuera hacia adentro y vice-versa marcada ya, para siempre, por el sello de nuestra individualidad poderosa. De allí nuestro egocentrismo. Podremos llegar muy hondo en las entrañas de la vida; más nunca advertiremos que exista lo infinito hasta que haya entrado en nuestro corazón; que, muy lejos de facilitar su conocimiento, lo substraiga celosamente en inviolables reservas. Pensamos, y el solo hecho de pensar es ya equivocarse... No obstante, atentando el dogmatismo de todas las opiniones, se agita perennemente, auspiciosa mente la inquietud espiritual de los verdaderos poetas, que de todos los valores que exaltan nuestra realidad humana, son los que reciben en su corazón mayor cantidad de infinito y le continúan en la vida innumerable y profunda. Amplia es por antonomasia la visión del poeta, y son el ensueño y la nostalgia sus términos psicológicos, en cuya dirección se expande ora en la dulce melancolía del pasado, ora en la no menos dulce esperanza de un devenir profundo y ay, no menos melancólicos.

El poeta de "Mientras vas en la vida...", encierra en solo el título de su producción la cifra de ese alado miraje, flotando en el ambiente propicio de todas las auras. Hay todo un poema de íntimo y familiar desconsuelo en esa evocación del hijo que va alargando su sombra en la vida, afectuosamente compartida, con esa ligera y desprecupada, risueña confianza que es propia de su juventud. Es así como nos place ver la amable pareja, caminando embelesada en un canje de tiernas emociones, rumbo a un incierto horizonte que alternativamente vislumbra dentro y fuera de sí mismos, en el abismado paisaje de su más inviolables soñadas realidades. Han vencido el silencio y hablan... La palabra que surge como una cálida reverberación del aliento viril, es a un tiempo mismo, meditación en la tarde, reminiscencia en el alma del hombre y angustia... una dulce angustia de embaimiento en la del niño. Toda la poesía del consejo... "Hijo, mientras te lleva en su barca la vida, — cuida que tu esperanza esté siempre encendida; — "Uno de esos recogidos, adentrados crepúsculos de otoño hace más profunda la advertencia y presta al poeta su imagen luminosa, donde en más de una ocasión hallará asilo su alma, fascinada por el misterio de un no sé qué despertador y promisorio. Y prosigue completando su pensamiento: "sé bueno cual la fuente que sus aguas ofrece: — híz todo con amor que sólo esté enaltece"; — asume una significación tan vasta como la vida misma: el amor... Y es la razón que un poeta podrá ignorar muchas cosas, pero nunca, entedámoslo bien, que se resume en ella una alta obligación de inteligencia y toda la tolerancia de que en su beneficio y para mayor dignidad sea capaz el hombre. No de otro modo le ocurriera templar su concepto en el clásico ejemplo del redentor, agregando con bella oportunidad: "¡Cristo el de la tragedia bíblica ofreció al mundo — antes de con-

Glosa a "Mientras vés en la vida"

(DE "LLAMA INTERIOR", LIBRO DE FELIX B. VISILLAC)

moverlo, todo un amor profundo!" Amor que perdura en simbólico gesto en el infame madero de todas las culpas, regado con su martirio y florecido de piedad.

No basta la exhortación, encarcela al poeta diciendo, con el acento caviloso de quien se habla a sí mismo, como puede ser virtual y prácticamente cumplida. Ha de salvar un escollo la vanidad; por la cual el hombre se substituye a sus semejantes, sordo a las voces de su destino y anulando las me-

tinieblas del corazón humano, sabe como nadie que el hombre es una fuerza victoriosa a quien humilla y exacerba cualesquiera limitación de su presunta entidad, como vocación y como esfuerzo realizado. Ello, desde luego, constituye nuestra fuerza, de la que arranca el éxito con lógica indestructible; pero asimismo nuestra debilidad; y no dependiendo la importancia de sus resultados sinó de nuestra sensibilidad, previene de sentidas pesadumbres al enunciar su conmo-

LA VOZ DEL AMIGO

(A la gentil señorita Alba Lydia Zanni)

Aunque en la primavera
De la vida te encuentras tú recién,
Del "Magisterio" sigues la carrera,
Y un porvenir halagador te espera
Por tu cultura y propensión al bien.

Porque eres, Alba Lydia,
Tan sensible, gentil y espiritual,
A Dios le imploro que jamás la envidia
O el soplo enervador de la perfidia
En tu alma extingan el sublime Ideal.

R. de ITURRIAGA y LOPEZ.

jores disposiciones de su espíritu. "Si logras ser marino, no repitas: mi barca solo vence a los mares y llegó a la comarca más lejana del Orbe... Si eres cuidador — de algún jardín no pienses que tu rosar en flor — es el más aromado de todos los vergeles..." — Y continúa con reflexión amarga: "Las flores son efímeras como todas las mieles" — Si la diosa poesía deposita en tu frente — en un día cualquiera su ósculo ferviente — y de ese instante amas la belleza del verso — lago, la luz el cielo y en la trama del verso — encierras dulcemente una intensa emoción, no digas: no hay canción igual a mi canción."

Admírase la penetración y el acierto literario filosófico del poeta a través de estas líricas enumeraciones, en que su voz se reduce a la mínima expresión de la humildad, para destacar el único obstáculo que se opone al amor en la injusta apreciación de nuestras obras y nuestros sentimientos. Injusta porque implica el desconocimiento y la negación de la ajena. Y él, el poeta, que tantas veces sondeara en su propio corazón las

vido exhorto: "Hijo, es enigmático el bello panorama — que la vida te ofrece; pero aunque sufras, ama. "Vuelca en esta frase el evangelio su nectario de cristianas bondades y es humedeciendo sus labios en el melífico licor como prosigue pulsando su verdad, que parece fluir de sus ojos entornados en la contemplación plástica, se diría, de las profundas convicciones: "El Amor es la savia de todo aquel que sueña", "He aquí un verso de luz propia que sobre ser lato su sentido es impersonal, de tal modo mezclado al húsus de la vida que ya no pertenece a nadie..."

Sofiar...? no es acaso embellecer todo lo creado; y olvidaremos que el amor, según lo definiera platónicamente Lorenzo de Médicis es un apetito de belleza? Sofiar...; misión del artista...; alto y respetable ministerio ejercido en la subconciencia de cuanto más noble contribuye a la dignidad humana, porque en ella la dignidad se diseña en anticipaciones de futuro... Sofiar... "Sofiar acaso...", sospechara vidente, Hamlet, en las riberas tenebrosas del no ser.... ¿Por qué? Ah, porque los sueños

LA VIDA DEL HOMBRE

Los cuidados y ocupaciones de cada día a las que las gentes vulgares llaman inquietudes, molestias y quebraderos de cabeza, son las pesas y contrapesas del reloj del tiempo, que dan exacta oscilación al péndulo y regulado moviendo a las manecillas; pero cuando las pesas dejan de recibir la acción de las ruedas, el péndulo no oscila, las manecillas no se mueven y el reloj se para.

LONGFELLOW.

no equivalen tanto a vida transcurrida como a vida por venir... Y poetas que siguen maravillados bien que divagar sea propio de poetas que siguen maravillados los meandros de su verdad interior, restituyámonos al verso prestigioso: "El amor es la savia de todo aquel que sueña, — con amor el oleaje se acerca hasta la peña, y en el sonriente octubre, cuando ya se avecina — la ideal primavera llega la golondrina — apasionada al nido..." Todos los elementos y los seres en la sinceridad de sus impulsos naturales proclaman el amor del mundo, a cuyo conjuro los átomos unidos a los átomos forman el universo y se encendió la vida..." Hijo, el que hace sencilla — y buena la existencia, vive tranquilo y fuerte, — y el día que presiente las costas de la muerte — no teme y continúa sereno en su barquilla.

¿Acaso es menester comentar estos versos finales, donde sobre — puesta a la experiencia, habla la intuición del poeta en trance divinador? Bastaría repetirlos una y cien veces y una y cien veces ampliaría su sentido en ondas luminosas por encima de los dominios donde gime impotente el pensamiento, para llegar hasta aquellos otros más dilatados del alma, en cuya jurisdicción las verdades no se explican, pero se viven en tónicas y estimulantes asimilaciones del espíritu...

Santiago José CHIERICO

El cielo de Inglaterra es cada día menos azul

El sabio meteorólogo sir Napier Shaw, que fué hasta hace poco director de los servicios meteorológicos de la Gran Bretaña, ha opinado acerca del hecho extraño de que el cielo de la Gran Bretaña, cuando no está nublado, aparece de un azul tan pálido que casi es blanco.

Hasta en los días más puros de este verano había en la atmósfera una especie de bruma, muy ligera y transparente, que daba la sensación de que estaba el cielo nublado.

Sir Napier ha dicho a este respecto:

"Yo creo que estas brumas obedecen a erupciones volcánicas lejanas. Los vientos traen los vapores procedentes de ellas al cielo de Inglaterra.

Y a este propósito quiero recordar que lo mismo que ahora ocurrió en los años 1903 y 1904. El azul del cielo inglés palideció entonces tanto, que llamó la atención de los especialistas en Meteorología.

Estos dijeron que el fenómeno se debía a dos erupciones muy grandes registradas en las Indias occidentales.

También ocurrió una cosa muy parecida en el año 1912, que por cierto fué frío y lluvioso.

Durante él hubo una erupción en el monte Kalmá, y a causa de ella el cielo inglés estuvo semicubierto meses enteros.

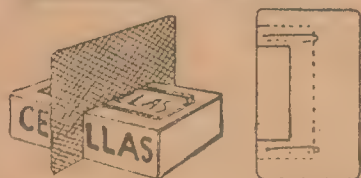
De seguro está habiendo en estos meses actividades volcánicas en remotos países, y las corrientes atmosféricas nos traen sus efectos a Europa. Inglaterra, por su posición geográfica, es la primera que los recibe, y como el sol en ella no es de gran fuerza, los vapores no se disipan."

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA CAJA DE CERILLAS

Con una simple carta de baraja, el prestidigitador corta una caja de cerillas, que antes ha sido examinada por el público. Al levantar la carta que ha servido de sierra, la caja está entera otra vez. La caja, efectivamente, no te-



nía nada, pero la carta no es tan inocente como parece.

Obsérvese que "la carta" se compone de dos cartas parcialmente encoladas, de tal manera que formen una especie de bolsillo entre ellas. Otra pieza de cartulina se adapta y puede introducirse en él, al hacer presión sobre la caja.

No. 1 — CHARADA

¿Segunda tertia prima esta gorra?

—Es algo prima tertia y además demasiado clara.

—Pues así hace juego con la todo.

No. 2 — EN TODOS TUS ASUNTOS...

Construcción
Entendimiento

No. 3 — TENIA QUE SUCEDER

ES JUEGO
DE AMOR

No. 4 — JEROGLIFICO



No. 5 — CHARADA

Prima segunda y tercera
letras en el alfabeto,
y no recibe mi todo
ningún santo sacramento.

No. 6 — ¿QUE HIZO EL TENOR?

Pedernal agudo
Ordinaria

No. 7 — JEROGLIFICO



No. 8 — CHARADA

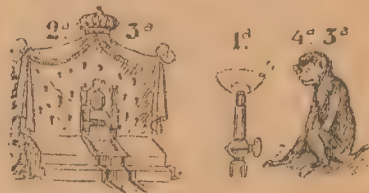
—¿Maestro, "prima segunda"?
—dice el maestro Folgado,
el chico de la herrería.
—Hazlo si sabes, muchacho.
Toda joven elegante
se encuentra muy disgustada,
cuando no va a la "dos cuatro",
que es lo que más las encanta.
Todo joven de buen gusto,
en lo que respecta a damas,
habrá dicho en ocasiones:
"¡Segunda, tercera cuarta!"
al cruzarse con alguna
hermosísima muchacha.
El "todo", lector querido
es medicina de fama.
Y aquí la charada acabo
que no vale "tercia cuarta".

No. 9 — VENCEDOR DE LOS FRANCESES

Artículo

100
a SILVÄ n

No. 10 — CHARADA EN ACCION



No. 11 — COMPRIMIDO

Letra D Metal

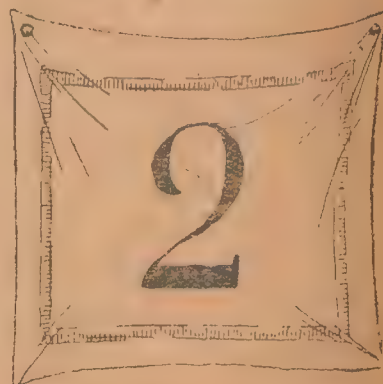
No. 12 — CHARADA

—Segunda prima si tertia
prima bien el chico.

—No lo hace muy bien, no.

—Pues llamaré al todo.

No. 13 — JEROGLIFICO



No. 14 — UNA COSA INDISPENSABLE

Lo que estás viendo,
lector,
Gaspar

No. 15 — CHARADA

Primera y cuarta, con ruedas
segunda y cuarta, una cifra,
un pronombre mi tertia
y el todo en la policía.

PENSAMIENTOS

Los que se aplican demasiado a las cosas pequeñas se hacen ordinariamente incapaces de las grandes. — LA ROCHEFOUCAULD.

La amistad sufre de la ausencia, pero vive del recuerdo. — MUSSET.

El sol y la muerte no pueden mirarse fijamente. — LA ROCHEFOUCAULD.

El que no es capaz de ser pobre no es capaz de ser libre. — VICTOR HUGO.

—La muchedumbre es como la mar, ella os lleva u os engulle, según sea la dirección que sopla el viento. — CARMEN SYLVA.

Es imposible hacer entrar en razón a los que han adoptado una opinión exclusivamente ajustada a sus intereses. — CLEMENTE XIV.

Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres. — SAN PABLO.

Por mucho cuidado que pongamos en cubrir las pasiones con apariencias de piedad y honor, se transparentan siempre a través de esos velos. — LA ROCHEFOUCAULD.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 42 — Marea.
- N.º 43 — La antepenúltima en clase.
- N.º 44 — Adocenada.
- N.º 45 — Cerámica.
- N.º 46 — Milésimos.
- N.º 47 — La sombra.
- N.º 48 — Títere.
- N.º 49 — Papel y sobre negros.
- N.º 50 — Colocada.
- N.º 51 — La docena del fraile.
- N.º 52 — Las ocho cruzadas.
- N.º 53 — Cisneros.
- N.º 54 — Asteroide.
- N.º 55 — Gallego.
- N.º 56 — Casimira.

Un hermoso libro uruguayo. —
"En la red del silencio", poe-
sías de Manuel Benavente.

En fecha cercana se pondrá fren-
te a la crítica un volumen de ver-
sos que Manuel Benavente, presti-
gioso poeta de Paysandú, ha gesta-
do, bautizándolo con el bello nom-
bre que enunciamos en el subtítulo.

Con este libro —que ya está im-
primiéndose— recibirán una verda-
dera sorpresa los que conocen a Be-
navente por sus producciones di-
fundidas en numerosas publicacio-
nes de América. Siempre fué ex-
quisito el joven sanducero. A tra-
vés de sus versos rítmicos, profun-
dos y bellos, asomó en todo momen-
to y entre la frondosidad exube-
rante de muchos de sus conceptos,
un bien templado espíritu que pug-
naba por expresarse más libremen-
te, más rudamente, podría decirse,
con una actitud más desenvuelta,
más definitiva y enteramente ayu-
na de los preceptos retóricos que
moldean el ritmo interno con un
ritmo ajeno que no siempre da la
mano a la deseada emisión del pen-
samiento.

El mismo poeta lo comprendió así
y, para encontrarse, se abandonó a
la sola voluntad de su inspiración.
Fruto de esto es un intenso y cautiva-
dor florecer de poemitas breves,
originales, cada uno de los cuales es
portador de una idea interesante
y cuya estructura, de sobriedad y
delicadeza, les acuerda una gran
fuerza expresiva. En ellos se pre-
senta desnudo el temperamento ob-
servador, profundamente armonioso
y sensible, de este artista nuestro.
Y auguramos al próximo libro
que nos ocupa, un éxito que, para
ser merecido, deberá constituir una
consagración.

Alicia Porro Freire

Montevideo, 1928.

"La creación poética y otros en-
sayos", por Arturo Marasso.
—Sosin y Toia, editores. 1927

El señor Arturo Marasso ha pu-
blicado, casi al mismo tiempo de
"Retorno", su hermoso libro de ver-
sos "La creación poética y otros en-
sayos", obra en la que reúne varios
estudios y glosas de carácter lite-
rario. Si como poeta la personali-
dad de Arturo Marasso ha llegado a
ocupar uno de los primeros pue-
stos en la lírica nacional, como pro-
sista y como erudito su consagra-
ción ha sido también rotunda. En
el libro que nos ocupa, a más de
los capítulos dedicados a Joaquín
V. González y Ripa Alberdi, valiosí-
simos ambos, y de apreciaciones so-
bre nuestra lengua, hay una serie de
diálogos filosóficos que unen al en-
canto de un estilo impecable, el
prestigio de su contenido idealista,
presente en todas las páginas del
libro.

Es que, aunque escrito en prosa,
este volumen es la obra de un poe-
ta. De un poeta que para solaz de
sus lectores, nunca deja de serlo.

"Ideas e Combates", por Syl-
vio Julio.

Entre los jóvenes escritores brasi-
leños que de poco tiempo a esta
parte han empezado a estudiar a fon-
do la evolución de la literatura es-
pañola e hispano-americana, Sylvio
Julio ocupa un lugar de excepción.
Poeta, crítico, historiador y pole-
mista, su copiosa obra le ha valido
ya la consideración de sus compa-
triotas y del extranjero.

En "Ideas e Combates", su último
libro, agrupa un conjunto de ensa-
yos interesantísimos sobre escrito-
res americanos, destacándose entre
ellos los que consagra a Juana de
Ibarbourn, Delfina Agustini, José

PAPEL Y TINTA

Hernández, José Santos Chocano y
Fermín Estrella Gutiérrez. Obra es-
crita con profundo criterio y en un
estilo siempre elegante, ella consti-
tuye un simpático aporte al conoci-
miento de la actual literatura de
América.

"La verdad sobre la enfiteusis
de Rivadavia", por Emilio A.
Coni.

Entre las numerosas y trascen-
dentes iniciativas de Rivadavia,
todos nuestros historiadores han es-
tado de acuerdo en juzgar la enfi-
teusis como una de las más impor-
tantes. Don Andrés Lamas y don

trata de un volumen de doscientas
páginas lujosamente impreso e ilus-
trado en el cual el heroico subofi-
cial de la Armada nacional, Juan
Santororo, cuya brillante actuación
en la memorable catástrofe del va-
por italiano "Principessa Mafalda"
es de todos conocida, relata minu-
ciosamente los detalles de la horri-
ble tragedia y agrega declaraciones
verdaderamente sensacionales refe-
rentes a los motivos que produje-
ron el drama. No hay para qué de-
cir que en el extenso relato no se
registra ninguno de los numerosos
y contradictorios detalles que por
aquellos momentos publicaron los
diarios y que el narrador se ha cir-
cunscripto a una órbita de obser-

de hecho descontado si se tiene en
cuenta que ningún trabajo podría
resultar tan atrayente como éste,
referente a aquel naufragio, pue-
sto que lleva implícita la responsa-
bilidad de un marino de la nación,
la consagración de héroe con que
lo glorificó el pueblo y su honrada
conciencia de hombre testimoniada
en el soberbio acto de arrojo y de
bravura que puso al servicio de sus
semejantes en la jornada dolorosa
y tremenda.

"Casquijos", por I. C. Alvarez
Alonso.

De Coronel Dorrego, provincia de
Buenos Aires, nos llega este opúscu-
lo, cuyo título sirve de epígrafe a
estas líneas. Contienen sus páginas
trabajos en prosa y verso que, es-
critos en formas burlescas unos y
satíricos los más, alcanzan a intere-
sar al lector.

El señor Alvarez Alonso, autor
de "Casquijos", parece ser un tras-
plantado a aquel ambiente lugare-
ño, pues los asuntos que toca su
pluma, son tratados de un modo ri-
sueño, o ya acerbamente criticados.

Sus prosas tienen mucho de espa-
ñol, pero de ese español arcaico, hoy
en desuso; ciertos giros y la cons-
trucción de sus períodos, en parte,
así nos lo recuerda.

Sus versos, no participan de esta
tendencia apuntada; son por el con-
trario, modernos; no exceptos de un
fondo honradamente satírico, has-
ta llegar a la burla sin atenuantes.

Por lo que dejamos dicho, "Cas-
quijos" es un librito que ha de ser
comentado entre el círculo donde
actúa su autor, pues, los temas de
que éste se sirve, los proporciona el
mismo ambiente de Coronel Do-
rego.

"El triunfo del ideal", por el
doctor Pedro César Dominici.
— Editorial La Facultad. —
Buenos Aires.

El autor de "Dionysos" y de "Tro-
nos Vacantes" y de "El Cóndor",
que auna sus deberes diplomáticos,
representando a Venezuela ante
nuestro país, con sus entusiasmos
literarios, ha hecho reimprimir su
novela "El triunfo del ideal", que
es el primer libro que escribiera en
sus años mozos y que tuvo tan ex-
traordinaria acogida que agotó la
edición hecha en París por la casa
Bouret.

"El triunfo del ideal" aunque no-
vela de juventud, parece novela de
literato consagrado. El doctor Do-
minici supo volcar en las páginas
de su libro sus amplios conoci-
mientos literarios, su dominio del léxico,
al propio tiempo que ponía en la
trama una emoción inmensa y una
realidad absoluta.

Y al venir la reimpresión de esta
novela podemos considerarla casi co-
mo una primera edición, puesto que
agotada desde hace 25 años, pocas
son los lectores de hoy que conocen
el libro del doctor Dominici.

"La Quincena Social".

Esta importante publicación quin-
cenal que se edita en la provincia
de Mendoza, acaba de dar a luz
un número extraordinario, dedica-
do a la República de Chile.

El ejemplar que tenemos a la
vista, es una brillante muestra del
esfuerzo desplegado por su direc-
ción; al lado de una selecta infor-
mación gráfica y material de lec-
tura, trae también una copiosa co-
secha en prosa y verso, que subs-
criben prestigiosos hombres de
nuestro mundo intelectual.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear

Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmo-
lógico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Pren-
sa y Director del Servicio Médico del
Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.

U. T. Chacrita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta,
nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Seblleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y
viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital
Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Nicolás Avellaneda, que tan a fon-
do estudiaran la obra del gran re-
público, eran de esa opinión.

Sin embargo, a fines del año pa-
sado apareció un grueso volumen
del crítico e historiador Emilio A.
Coni, demostrando, entre otras co-
sas, estas dos fundamentales: a) que
la ley de la enfiteusis no es
propia de Rivadavia, sino que
fué consecuencia de un proceso his-
tórico en el que intervinieron mu-
chos hombres públicos; b) que la en-
fiteusis llevada a la práctica adole-
ció de gravísimos defectos.

La obra del ingeniero Coni, es-
crita con criterio moderno y profun-
damente documentada, es, hoy por
hoy, una de las más valiosas contri-
buciones que han hecho a la solu-
ción de importantes problemas de
nuestra historia.

"La catástrofe del Mafalda vis-
ta por Santororo".

Editado por la conocida editorial
"La Facultad" de la Capital Fede-
ral, acaba de publicarse un intere-
sante libro que está considerado
con toda razón el libro del año. Se

vacación propia de la que emana un
alto interés y una admirable fuerza
de sugestión.

Puede asegurarse asimismo que
hasta ahora no se ha escrito nada
tan completo y tan documentado so-
bre este asunto, desde que uno de
los principales actores y especta-
dores de la tragedia que lo fué San-
tororo, observando la discreción que
por lógica debía guardar cuando
los acontecimientos estaban todavía
recientes, en virtud de su carácter
de marino en servicio y de otros
motivos fácilmente atendibles, no
hizo a los periodistas las revelacio-
nes que ahora, pasada la pasión po-
pular, hace con toda serenidad en
este libro.

Necesariamente tenía que resultar
así este interesantísimo relato, des-
de que Santororo al formularlo y
su colaborador el señor Espigares
Moreno, al escribirlo, no ha con-
templado sino el propósito de docu-
mentar con la mayor veracidad po-
sible el acontecimiento, saturándolo
de colorido, de impresión emotiva y
de riqueza descriptiva.

Todo otro comentario que se pu-
diera hacer en este sentido queda

ENTRANDO EN FUEGO

Ya se alzó ante numerosa concurrencia, síntoma halagüeño, el primer telón de la temporada. Como podía menos de ocurrir, ha correspondido la iniciación a un teatro, a un conjunto y a una pieza que representan una expresión característica de nuestro teatro. Arata, en un sainete de Vacarezza, encarnando un tipo popular, es un espectáculo genuinamente porteño y al que no falta nunca un auditorio numeroso y un aplauso efusivo.

No pretendemos que de un año a otro se modifique la psicología del público ni que cambie la frondosa razón social de los proveedores teatrales. Sin embargo, aún dejando al azar el acto nada solemne del comienzo de una temporada, hubiéramos preferido el augurio grato de que una compañía nueva de actores desconocidos, se hubiese precipitado a asumir el pequeño honor de abrir el año escénico estrenando una comedia grande, todo lo más grande posible en la extensión y en la profundidad, arrancándola del anonimato de un repertorio inédito.

No es razonable combatir sistemáticamente el teatro por horas y su fácil fruto, el popular sainetón criollo. De todo ha de haber en la viña del Señor. El sainete, como la revista, difícilmente pueden ser amputados del gusto público, porque es un teatro de risa y pasatiempo en el que se encuentra cómodamente todos los espectadores desde el que gusta por curiosidad un plato fuerte hasta el que no le encuentra sabor más que a esos platos. Quede, pues, en los carteles el género chico, pero que no destierre ni malogre otras expresiones más altas del teatro. Hasta él mismo ganaría compartiendo la atención de las gentes con espectáculos de otra clase. Comedia, sainete y batallón en amistoso consorcio, cada uno en su teatro y con sus intérpretes, constituyen un sólido tripode de Talía, mas si uno de los tres pies sigue fallando como hasta ahora el de la comedia, sobre el baldón que se arroja a la musa de la escena, habrá que lamentar la retracción del público, un poco aburrido ya de tanta risa. Y sin embargo, esperamos siempre.

MERCEDES DIAZ Y ARSENIO PERDIGUERO

Tras larga ausencia, como se dice en el famoso coro de los repatriados, vuelven a actuar en un escenario porteño los prestigiosos artistas que dan nombre a la compañía que se presentará en el Avenida el 8 del actual.

Mucho bueno esperamos de esta temporada de comedia española y lo mismo ha de ocurrirle al público, que ya ha demostrado en otras oportunidades su simpatía por los actores nombrados.

Acompañan a los mismos las siguientes figuras: Margarita Díaz, Ana Díaz Plana, María Cabrera, Lola Cotello, Clotilde Chico, Gloria Fortuni, Josefina Meliá, Asunción Puente, Trinidad Jiménez, Alfonso Tudela, José Latorre, Guillermo Amodeo, Manuel Amorós, Antonio Burgos, Luis de Córdoba, Salvador Ferrer, Fernando Figueras y Jesús Maella.

EL 9 EN EL SMART

Ha sido fijada la fecha del 9 de marzo para la presentación de la

TEATROS

compañía nacional de seinetes que encabeza el actor Marcelo Ruggero.

Los éxitos alcanzados por este artista en su temporada anterior del Cómic, junto a Arata, le han dado ánimos para asumir la responsabilidad principal de un conjunto que ha de actuar en teatro de tanta capacidad y tan céntrico como el Smart.

No cabe negar a Ruggero una gran vis cómica y temperamento artístico de evidente eficacia, pero será muy conveniente para él y para el éxito de su temporada, un poco de moderación en sus caracterizaciones y desenvoltura, para mantenerse dentro de los límites del buen gusto. Ruggero puede hacerlo y creemos que lo hará, pese a las exigencias de cierto público que tal vez no sea afortunadamente tan numeroso como parece.

Las piezas elegidas para el debut del elenco son, como ya dijimos en otra oportunidad, el sainete "Puntiagudo" de Florencio Chiarello y la pochade en tres actos de Edmundo Bianchi titulada "El mago de Nueva Pompeya".

En esta última se dará a conocer el tango "Chingolito" de Scatso que será cantado por el actor Ernesto Famá.

Figuran en esta compañía elementos muy valiosos que han de secundar a Ruggero en su labor muy eficazmente. Citaremos entre ellos a artistas tan bien reputados como Lea Conti, Amelia Senisterra, Libertad Lamarque, Viviana Díaz de Mendoza, Sara Prósperi, Juan Bono, Juan Fernández, Mario Fernández y Adolfo Calcaño.

Este conjunto actuará bajo la dirección artística de Alberto Balletrini.

PARECE QUE SIGUEN LAS REVISTAS

Este año amenaza otra vez el aluvión de las revistas. Por de pronto el Sarmiento se apresta a exprimir un poco más este género tan explotado y ya cuenta con una jazz numerosa. Reconocemos que con una jazz se puede hacer mucho ruido, pero no olviden los del Sarmiento que para una revista se necesita algo más.

DEL FENIX AL MARCONI

En estos días debe pasar del teatro Fénix al Marconi la compañía de comedia española que dirige la prestigiosa actriz Concepción Oloña.

Este conjunto cuenta con un repertorio interesantísimo de novedades y exclusivas que han de dar a su temporada un alto significado artístico.

Citaremos como exclusivas "El demonio que fué angel" de Jacinto Benavente, gran éxito en España, a la que hay que agregar otras de Felipe Sassone, Alcira Olivé, Luca de Tena, etc.

DOS EN UNA

Refundidas en una, debutarán el 7 en la Comedia las compañías Rivera - De Rosas y Evita Franco con el siguiente elenco:

Actrices: Leonor Alvarez, Amalia Franco, Evita Franco, Herminia Franco, Pilar Gómez, Adela Mariegas, Elsa Martínez, Raquel Martínez, Carlota Rossi y Matilde Rivera.

Actores: Francisco Allende, Car-

los Bellucci, Carlos Bustos, Enrique De Rosas, José Franco, S. Gómez Cou, Diego Martínez, Miguel Mileo, Adolfo Pissano.

SE ENSAYA EN EL LICEO

Desde el jueves último se está trabajando en el Liceo para la preparación minuciosa de los dos estrenos con que se presentará al público el conjunto nacional que encabezan Pierina Dealessi y Pepe Ratti.

Como se anunció anteriormente las piezas del debut serán dos: "Mi tía está chiflada", de Julio F. Escobar y "Yo tengo plata" de Arnaldo Malfatti.

Sin duda ha de ser la del teatro de la plaza del Congreso una buena temporada por las grandes simpatías con que cuentan entre el público las dos primeras figuras del elenco.

LA PRESENTACION DE MUIÑO

Ya que hemos dicho que la compañía del popular actor Enrique Muño abrirá las puertas del Buenos Aires para comenzar su temporada oficial de 1928, el 8 del actual.

Ya se ha fijado con carácter definitivo el programa inicial y constará del estreno de una pieza de Alberto Vacarezza titulada "El cabo Rivero" y la reposición de "Zánganos" de los señores Retta y Dumont y "El sobretodo de Céspedes" de los señores E. Marsili y F. de Madrid.

Se recordará que el famoso sobretodo constituyó uno de los éxitos más sostenidos durante la anterior temporada de Muño y por lo visto quedó todavía en buen uso o tal vez sus autores le hayan dado vuelta. Lo cierto es que seguirá ocupando el cartel del Buenos Aires.

Se anuncia como segundo estreno el sainete en tres cuadros "El conservatorio Beethoven", que firma Enrique Crosa.

EL DOBLETE DE VACCAREZA

No hay que hacerle. Vacarezza sigue siempre en primera fila y sus obras son la esperanza de todas las empresas de género chico. Vacarezza no decae o por lo menos no decae la fe de los que la tienen en Vacarezza. Y así inicia la temporada con su doblete del Cómic y el Apolo, por ahora, con un record que no será batido por nadie.

ARATA EN PUNTA

La primera compañía nacional que se ha lanzado este año a la aventura de la temporada teatral, ha sido la del popular actor Luis Arata. Se inician así las actividades de la escena, con una compañía de género chico, que ha de tener sin duda mucho éxito, continuando la labor de años anteriores entre los aplausos de un público de adictos incondicionales.

Según se anunciaba, debieron estrenarse el día de la presentación el sainete de Alberto Vacarezza titulado "Una vez en el boliche" y una pieza de Botta y Ossorio bajo el rubro de "Yo nunca voy muerto". En el próximo número nos ocu-

paremos detalladamente de las piezas y de los intérpretes.

PARA SE PREPARA

El más popular de nuestros primeros actores tiene ya listo el elenco de su compañía para la próxima temporada. Comenzará ésta el 4 de abril próximo, es decir, con cierto retraso muy propio de un concejal que se estima. Vale decir que, a juzgar por las fechas exclusivamente, el señor Parravicini va a llegar este año a las tablas con una puntualidad edilicia, pero en lo demás ha de ser el chispeante actor de siempre.

Como las obras que estrena Parra son éxitos seguros y más aún si se trata de una pieza de debut, son tan numerosas las que aspiran a tan señalada distinción, como las ciudades griegas que se disputan la cuna de Homero. Circulan los nombres de los principales autores y se sabe que don Florencio tiene ya muchos manuscritos en cartera. García Velloso, Ricardo Hicken, Roberto J. Payró... Ultimamente le fué leída por Alberto Novión una comedia en tres actos titulada "Mazamorra con leche". La incógnita no ha de tardar en despejarse.

El elenco de la compañía está constituido así:

Actrices: Peregrina Durán, Benita Puértolas, Carola Smith, Livia Caviglia, Carmen Lagomarsino, María Esther Quintela, Tinaa Reynelli, Juana Montoya y Julia Martínez.

Actores: Florencio Parravicini, Adolfo H. Fuentes, Humberto Zurlo, José Sansone, Ernesto Magdala, Francisco Carollo, Leopoldo Laina y Carlos Berenguer.

GRAND SPLENDID

El regreso de los veraneantes, iniciado ya en alta escala, ha venido a dar mayor animación a las veladas de este aristocrático coliseo que viene a ser por su prestigio artístico, la catedral del cine. Los programas responden siempre al interés y a la confianza de su numeroso público.

GLORIA

Privilegiada por su céntrica posición y preferida por la amenidad de sus exhibiciones, esta hermosa sala de la Avenida de Mayo cuenta con un público numeroso que sigue con fidelidad ininterrumpida sus veladas en verano e invierno. Sin descuidar las piezas cómicas, figuran en sus programas las más altas expresiones de la cinematografía universal.

CAPITOL

La comodidad que brinda a los espectadores esta lujosa sala, la excelente orquesta que en ella ejecuta interesantes programas y sobre todo, el acierto con que son elegidas las cintas de las más renombradas marcas, proporcionan al Capitol un núcleo de familias que asiduamente se dan cita en él, convirtiéndolo en un centro de reuniones de lo más esclarecido de nuestra sociedad.

CINE PARC

En la más popular de las salas de Palermo se ha preparado para la semana entrante la exhibición de interesantes producciones de las casas más acreditadas.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



PARA DEPORTES. — 1. Blusa de crespón marocain de seda azul ultramar con aplicaciones de hojas de paño azul claro adornado con picaduras azul ultramar. Cinturón de gamuza con hebilla de acero. — 2. Sweater de raso rubio bordado con seda negra y oro. Corbata forrada con raso negro y falda de raso también de color negro. El delantero de la falda está dispuesto para formar dos pliegues. — 3. Modelo Francis. — Conjunto compuesto de una blusa de crespón mongol beige, "madera de rosa", adornada con picaduras bordadas rojas. Cintura drapeada y sujeta con hebilla de estras. La falda y el paletó rectos, hechos con lana tono "madera de rosa" cuadrículada en marrón. El cuello del paletó, el de la blusa y los puños adornados con una tira escocés.



Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda entre comidas**, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de $\frac{1}{4}$ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi

